

Nº2

Poder y dominio

Talleres de reflexión
y discusión política

Jorge Luis Cerletti

cuadernos
tierra
socialista **ts**

Cerletti, Jorge Luis,

Poder y dominio : talleres de reflexión y discusión política /
Cerletti, Jorge Luis. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires :
Ediciones del Jinete Insomne, 2019.

140 p. ; 21 x 15 cm. - (Cuadernos de Tierra Socialista)

ISBN 978-987-4115-12-6

1. Formación Política. I. Título.

CDD 320.01



Talcahuano 256, piso 2, Ciudad de Buenos Aires, Argentina.

www.jineteinsomne.com

Corrección: Francisco Godínez Galay

Diseño y diagramación: Patricia Peralta

Índice

Preliminar	5
1. Necesidad de un nuevo pensamiento	7
2. La complejidad del poder.....	21
3. La horizontalización del poder.....	33
4. El poder, enemigo oculto de la liberación.....	45
5. La Sociedad Civil.....	57
6. Cultura: un concepto polémico	67
7. Hegemonía (quién prevalece en la dominación).....	79
8. La posverdad, los golpes blandos y la nueva derecha	89
9. Sujeto y Potencialidad Revolucionaria	99
10. La incertidumbre. Proyecto político y modelo.	113
11. Acerca del desarrollo nacional	127
12. Populismo y emancipación (diferencias y afinidades)	141

Preliminar

A cinco años de la publicación de mi anterior libro, “Estado, democracia y socialismo”, vuelve a editar el CEPPAS este nuevo libro que presentamos ahora.

Partió de una idea de Alberto Binder: darle a los escritos el carácter de artículos-taller. Vale decir, destinarlos a organizar diversos talleres de intercambio de ideas y debates para quienes se oponen a la agobiante hegemonía actual de los representantes del gran capital. Oposición que demanda una crítica profunda de semejante poder y busque construir, creativamente, nuevas sendas para la emancipación.

La penosa novedad de estos últimos años, para nosotros, fue el triunfo electoral de la derecha que se dio por primera vez en Argentina sin que medien fraudes ni proscripciones. El gobierno de Macri y los CEOs representa el poder del gran capital que capturó el Estado con su política de instaurar las mentiras como falsas verdades (la “posverdad”). Luego, asume y naturaliza la dependencia al FMI mientras genera el desmantelamiento de las conquistas populares y la devastación de los principales recursos del país, empezando por su vertiginoso endeudamiento externo.

Desde ese enfoque básico, configuré una selección de trabajos que contienen mi interpretación de la realidad y las principales ideas políticas-ideológicas que desarrollé a lo largo de más de dos décadas y media. Para ello escogí fragmentos de mis libros y diferentes artículos publicados procurando, en lo posible, eludir reiteraciones pero respetando los principales ejes de mi pensamiento.

Asimismo, para estimular los debates constructivos de los talleres, concluyo con preguntas disparadoras en cada uno de ellos.

Esta tarea convoca a la juventud como partícipe necesaria. Es que resulta imprescindible la articulación generacional de experiencias e historias que aporten a nuestra rica tradición de luchas populares. Antes como ahora, superar lo actuado constituye un deber político irrenunciable. Este nuevo desafío mueve a superar la inmediatez y las limitaciones de la política realmente existente.

Nuestras sociedades están atravesadas por relaciones de poder y de dominio que integran la subjetividad social dominante. Es preciso gestar e impulsar corrientes favorables a la emancipación que sin desconocer las exigencias actuales, vayan construyendo estrategias que trasciendan la inmediatez del corto plazo.

Jorge Luis Cerletti

Abril de 2019

1. Necesidad de un nuevo pensamiento

La necesidad

Apelar a lo nuevo requiere establecer referencias acerca del campo de ideas que se pretende innovar. En nuestro caso nos referimos al agotamiento de lo que se caracterizó como pensamiento revolucionario y que inspiró la práctica política de las principales luchas emancipadoras que se desarrollaron en el siglo XX. Es que la realidad actual expone la profunda crisis que padece dicho pensamiento ante la caída de sus principales referentes y la avasallante ofensiva que despliega el capitalismo internacional con su insaciable avidez.

Para aspirar a un nuevo pensamiento es condición necesaria, aunque no suficiente, cuestionar las “verdades” aceptadas con sus correspondientes expresiones. Dentro de estas últimas entendemos que el sectarismo y el dogmatismo fueron y son una consecuencia de la concepción del poder que los alimentó y que ahora intentamos hacer evidente en su nocividad política y también como obstáculo epistemológico.

Si este nuevo pensamiento trata de evitar ese obstáculo, tiene que prevenirse de sí mismo y asumir la impugnación del poder y las relaciones de dominio para que, en nombre de lo nuevo, no se auto-erija en su única personificación. Debemos comprender que

el carácter polémico de toda confrontación de ideas debe dejar permanentemente abierto el espacio de discusión y que las tomas de partido significan apuestas por distintas opciones. El desafío consiste en que el conflicto de intereses (políticos y/o intelectuales) no cierre ese espacio erigiendo “nuevos” patrones de la “verdad” que decidan qué y cómo se discute. Las experiencias negativas surgidas en el interior de los procesos revolucionarios son más que elocuentes como para estar alerta ante semejante riesgo.

Dichos procesos tuvieron un factor común en las diferentes vertientes ideológicas que los sustentaron: la existencia y desarrollo de relaciones de dominio internas en todas las formas organizativas que se gestaron en las luchas por el poder contra los sectores dominantes y donde la estructura piramidal resultó una réplica de la de los opresores a pesar de sus fines opuestos. Esa característica se dio desde los mismos orígenes, formó parte de la metodología de construcción y fue teorizada por Lenin quien fue uno de sus mentores más notables.

Se puede decir que la posterior simbiosis entre el partido y el Estado estuvo prefigurada en esa concepción del poder. Pero las raíces de la enfermedad congénita quedaron tapadas por el triunfo de las grandes revoluciones anticapitalistas que prestigiaron y afianzaron ese modelo mientras las objeciones del socialismo reformista nunca sobrepasaron los límites de la crítica liberal-burguesa de la cual fue contribuyente.

Es a partir del eclipse del socialismo y de los movimientos de liberación nacional que cobra relevancia y pasa a primer plano la necesidad de la gestación de un nuevo pensamiento que cuestione la hegemonía del capitalismo sin recaer en la concepción que llevó a la encrucijada actual y que fue refutada por los hechos.

Un claro ejemplo de lo no visto en el campo comunista ni entre sus precursores, es la problemática del Ecosocialismo¹, fuera de foco en esa época. Los desastres sobre la ecología del planeta y la vida humana y las especies son enormes. Además de la destrucción provocada por las guerras, la lista resulta apabullante.

Los cambios climáticos, la deforestación de grandes zonas boscosas, la fumigación sobre áreas sembradas que afectan a poblaciones aledañas, la contaminación de los ríos producto de industrias fuera de control, la desertificación generada por la minería a cielo abierto, etc., etc.

Asumir la necesidad de un nuevo pensamiento es comenzar por desconfiar de la propia inercia intelectual. Cuestionar las “verdades” aprendidas y asimiladas cotejando los enunciados e intenciones con los resultados obtenidos, lo que debía ser con lo que fue y es. Eso significa abandonar el amparo de las certezas que no resultaron ciertas y aventurarse por los impredecibles caminos que no cuentan con garantías previas.

Revisar el pasado que nos incluye sin renunciar a los legados revolucionarios y mucho menos a los objetivos que los inspiraron. Procurar entender cómo se ha llegado a una situación tan injusta como la de hoy a pesar del determinismo premonitorio en que abrevamos y que prometía el resultado inverso. Desterrar el dogmatismo inspirador de justificaciones que explican lo inexplicable al considerar los procesos como una sumatoria de errores y desviaciones ajenos al ideal y también a la teoría, como si éstos no tuvieran que confrontarse con la realidad que debían transformar.

1 Ecosocialismo: “El socialismo no vale más que el capitalismo si no cambia de herramientas.” “Es imposible evitar una catástrofe climática si no se rompe radicalmente con los métodos y la lógica económica que desde hace 150 años llevan a eso.” (André Gorz, en *Ecológica*, páginas 15 y 24). “La cuestión ecológica es... el gran desafío para una renovación del pensamiento marxista en los umbrales del siglo XXI. Exige a los marxistas una profunda revisión crítica de su concepción de las ‘fuerzas productivas’, así como una ruptura radical con la ideología del progreso lineal y con el paradigma tecnológico y económico de la civilización industrial moderna.” (Michael Löwy, en *Ecosocialismo*, pág 26).

Convencidos de la importancia que tiene encarar una nueva problemática acerca del tema del poder y las relaciones de dominio, planteamos la necesidad de un pensamiento crítico y de una búsqueda colectiva en pos de otras alternativas que impulsen la horizontalización del poder, que cuestionen la representatividad tradicional y que replanteen el papel del Estado y de las organizaciones estructuradas a su imagen y semejanza.

Esta problemática que contiene una profunda carga crítica en busca de nuevas alternativas, no se puede siquiera plantear desde la vieja concepción revolucionaria que, según creemos, ha caducado. Y mucho menos desde la visión adaptativa al sistema que pretende mejorarlo sin alterar sus bases ni su legalidad interna.

Tal postura de compromiso con el orden establecido tiende a transformar en inocuas las infinitas formas de resistencia con que los sectores desposeídos procuran defenderse de las condiciones de explotación y opresión a las que se halla sometida la gran mayoría del pueblo. Esto no significa descalificar a priori ninguna forma de lucha ni tampoco dictaminar sobre los tiempos políticos de los demás. Sencillamente cuestionamos la inteligencia y la voluntad cuando están atadas al mantenimiento de este opresivo orden vigente.

Lo posible y la justificación del orden existente

Cuando los políticos tratan de justificar la mengua de sus actos y de acotar sus gestos de rebeldía, recurren al argumento de lo posible. Veamos cuáles son sus implicancias.

La hegemonía del capitalismo en el mundo aparece tan firme que gran parte de los que se dicen de izquierda esterilizan la memoria histórica de las luchas populares y excluyen todo proyecto político que se proponga enfrentar dicha hegemonía. Por eso las rebeldías más notorias emergen de la práctica social como expresión de las contradicciones del sistema y algunos intentos innovadores

que plantean propuestas políticas cabalmente opositoras aún tienen limitado desarrollo como es el caso del EZLN en México.

En el campo de las ideas, la hegemonía parece cerrarse sobre sí misma y no dejar resquicios para cuestionamientos de fondo. Dentro de ese marco, la apelación a lo posible adquiere un valor paradigmático: no es permisible siquiera imaginar algo distinto a lo que es; o sea, discutir la supremacía del capitalismo cuya legalidad y dinámica son aceptadas como algo inmodificable. Digamos que las condiciones políticas y materiales generan sentimientos afines y fatalistas de lo dado. Pero ocurre que dichas condiciones son producto de la actividad de los hombres y las mujeres, no un fenómeno de la naturaleza tal como se desprende de los argumentos de quienes igualan lo posible a lo admitido por el régimen.

El escenario político actual permite evaluar el peso de la hegemonía por el significativo aporte que supone la asunción del discurso dominante por parte de quienes ayer fueron opositores. Esto ha desertificado el vivero del pensamiento anticapitalista. Y precisamente, bajo el amparo de lo posible se justifica el viraje que refuerza y consolida lo que se ha renunciado a combatir.

Frente a esa situación, recuperar la capacidad de pensar críticamente reconoce un primer requisito ineludible: liberarse de la tiranía de “lo dado”. Pero esto no significa fabular o inventar utopías como un ejercicio de catarsis política. Pasa por la exigencia de replantear los presupuestos que inspiraron el pensamiento anticapitalista que no resistieron la prueba de los hechos y que favorecieron el triunfo de la gran burguesía y la consolidación de su imaginario social. Luego, la oposición a esa realidad, con una perspectiva de cambio, exige cuestionar desde otro lugar la circularidad de lo posible, lo que mueve a resignificar el sentido de lo imposible.

Para nosotros, lo “imposible” subyace en la infinidad de resistencias que alberga la sociedad que se expresan en lo micro-social con su multiplicidad dinámica y desbordante en donde los puntos de articulación representan las posibilidades de cambio. Éstas

serían realizables si la dispersión de las situaciones de resistencia opuestas al sistema lograran producir las condiciones de su unidad. Emergería así un nuevo estado de agregación que podría engendrar otra instancia social ajena al orden existente.

Según esta óptica, lo imposible, entendido no como un absoluto inalcanzable, debe interpretarse como un punto ciego para el sistema del cual brotan los cuestionamientos a su existencia y de donde puede surgir un pensamiento crítico que promueva las opciones excluidas por la axiomática impuesta.

Pensamos ese no-lugar para el régimen como el afuera del sistema que no es un afuera espacio-temporal. Implica operar desde la interioridad en busca de canalizar las contradicciones y de crear otras alternativas. No supone retirarse voluntariamente de la sociedad “permitida” sino que, al contrario, las ideas y acciones no adaptativas provocan o dan pie a la exclusión en la medida que cuestionan la lógica dominante y tienden a desatar los nudos del entramado social que reproduce el sistema y garantiza su existencia.

Persistir en esa tarea que vaya generando un proceso de configuración de otro entramado cultural político, habilita un afuera en interioridad que tensiona el marco de lo posible y provoca el rechazo de los factores de poder que son los principales gestores del sentido común que descalifica el cambio.

El imposible así concebido es una apuesta formulada desde otro lugar del que regla el campo de lo posible del sistema. Implica necesariamente un pensamiento crítico que cuestiona las bases de dicho campo y que se configura al margen de él. Mientras convive con las contradicciones que engendra el sistema debe intentar profundizarlas e inscribirlas en ese “afuera” que no transige con la adaptación y con los retoques de lo existente. Se plantea así una permanente tensión entre los distintos tiempos de las luchas políticas y de lo socio-cultural y entre las exigencias del ahora y sus proyecciones.

El espectro es amplísimo porque abarca a las diversas manifestaciones de la vida social que expresan la complejidad que debe asumir la apuesta y que incluye a la diversidad como un dato necesario pero insuficiente del quehacer colectivo. De allí el carácter de apuesta que se corresponde con el reconocimiento de la multiplicidad de caminos tendientes a un proceso emancipador donde la inmediatez de las acciones debe articularse con el propósito de romper la circularidad de lo posible.

Racionalidad e irracionalidad en el capitalismo

Los sentimientos intervienen en los dictados de la razón. Freud lo enunció con claridad al afirmar: “Nuestro intelecto sólo puede laborar correctamente cuando se halla sustraído a la acción de intensos impulsos sentimentales; en el caso contrario, se conduce simplemente como un instrumento en manos de una voluntad y produce el resultado que esta última le encarga. Así, pues, los argumentos lógicos serían impotentes contra los intereses afectivos...”

El racionalismo postuló orgullosamente el primado de la razón y estuvo motivado por un fuerte sentimiento que le confirió vitalidad. En cambio, la “razón” que impusieron los círculos dominantes fue un escudo que ocultó los designios de satisfacer sus minoritarios intereses.

Verdad que aflora no bien se desnuda la “racionalidad” del régimen capitalista y se ponen en evidencia cuánto de falso encierran esa alardeada cualidad y los mentirosos fundamentos sobre los que se asientan sus principios. Esa presumida racionalidad hace aparecer como irracionalistas o utópicos a quienes niegan los supuestos que sostienen el orden existente. Luego, la única razón que admite dicho orden es su esencial convalidación.

La concepción capitalista universaliza sus particularidades y enmascara por desplazamiento lo falso de su racionalidad pues su propaganda remite a otro cuerpo que no es el suyo. Su irracionalidad

se hace patente cuando legitima el lugar que fundamenta su discurso identificando los intereses de la humanidad con los del capital.

Verbigracia, asocia el progreso con el proceso de acumulación, se atribuye la democracia, los derechos humanos y la libertad al tiempo que los violenta respondiendo a sus minoritarios y excluyentes intereses. Así, cuando se cotejan sus principios generales con las prácticas determinadas que produce, surge el abismo que la prédica hegemónica oculta o disimula enmascarando su naturaleza al presentar las manifestaciones esenciales que la ponen en evidencia como si fueran expresiones contingentes y propias de la falibilidad humana, lo cual deja intangible el ser del sistema.

Ese mecanismo encubridor que transmuta el sentido de las palabras y los hechos tiende a desviar el eje de la crítica. Por ejemplo, si se toma al deseo como la causa del consumismo en vez de desnudar la utilización mercantil del deseo que lo reduce a un instrumento manipulable para la realización de la mercancía. El sujeto deseante, característica humana insoslayable, es identificado con el deseo de posesión de la mercancía que se encarna en la máxima abstracción del valor, el dinero, como panacea universal de la posibilidad de goce y satisfacción.

Lo expuesto no significa ignorar la satisfacción que produce el acceso al mundo de las mercancías que impulsa el régimen y que resulta fortalecido cuando se lo desestima ingenuamente. Lo fundamental es desenmascarar la naturaleza del consumo capitalista con su fetiche dinero, la deshumanización que supone la cosificación del sujeto-mercancía y la instrumentación del deseo que favorece la injusticia que instaura este sistema contrario a “la igualdad de oportunidades” que predica falsamente.

O sea, no debe ser el deseo de consumir el eje de la crítica sino las relaciones sociales que transforman al consumo en un momento inescindible de la circulación del capital en vez de una condición de la existencia humana que es considerada sólo si representa un negocio. Basta tomar como ejemplo la enorme desproporción

existente entre los miles de millones de habitantes del planeta que viven sumidos en la pobreza y que no importan porque no tienen “significación económica”, frente a las reducidas elites que concentran fabulosas riquezas, generan un enorme desperdicio y pueden decidir el destino de inmensas masas según el cálculo de la ganancia que es motor y fundamento del capitalismo.

Es precisamente esa característica la que le confiere “racionalidad” interna al sistema a poco que se abandone el punto de vista de las conveniencias del conjunto de la sociedad y se lo traslade al desarrollo de las fuerzas productivas, es decir, que se desligue la producción de sus consecuencias sociales para exaltar el interés individual. La ambición por la ganancia, íntimamente ligada al poderoso Tánatos², ha demostrado una gran eficiencia en cuanto a motorizar las fuerzas productivas, generar importantes cambios tecnológicos y también originar las mayores tragedias de la historia, ilustrativas de la “civilizadora” barbarie contemporánea. Es que, a lo largo del tiempo, ha concentrado tres poderosísimas armas: el poder económico y el poder político, unidos a la sustantiva apropiación del deseo como fuente de adicción y multiplicador del componente agresivo de la condición humana.

Ahora bien, si se desliga al consumo de la realización del capital aparece la dimensión humana y social como el centro de la cuestión que el capitalismo afirma de palabra y niega de hecho. Porque el objeto de la producción debiera ser la satisfacción de las necesidades de toda la sociedad considerando que el nivel de las mismas se relaciona con el estadio histórico alcanzado. Y es aquí donde el capitalismo exhibe sus pergaminos en base a su gran capacidad productiva. Pero como la satisfacción de las necesidades es función de la distribución de los bienes materiales, siempre

2 Tánatos: Palabra griega (la muerte) utilizada en ocasiones para designar las pulsiones de muerte, por simetría con el término Eros; su empleo subraya el carácter radical del dualismo pulsional, confiriéndole una significación casi mítica. (*Diccionario de Psicoanálisis de Laplanche, Pontalis y Lagache*).

se ha empeñado en demostrar que el desarrollo de dichos bienes depende de la capacidad de sacrificio del conjunto de la sociedad borrando la frontera del privilegio y escamoteando la diferencia entre explotados y explotadores, oprimidos y opresores.

La transmutación se completa cuando el capital entroniza su derecho a la apropiación del excedente y se transforma en el árbitro y dueño de las condiciones de vida de la inmensa mayoría. El formidable poder que logró construir le ha permitido convencer a propios y extraños de que la única forma posible de desarrollo económico-social es la que se funda en sus principios que asocian el “progreso” al egoísmo de su cultura explotadora y hedonista.

La globalización, realidad hegemónica y consigna política

La implosión del campo socialista despejó el escenario mundial para el arrollador avance del capitalismo que logró consolidar políticamente su nuevo paradigma de acumulación apoyado en la revolución tecnológica que impulsó. Esta supremacía le ha permitido cooptar a la mayoría de los movimientos populares del mundo, cercar a los que aún se resisten y constreñir a la clase obrera a la casi exclusiva defensa de sus fuentes de trabajo.

La radical liberalización del tránsito de mercancías, servicios, dinero y capital ha vulnerado las barreras nacionales y subordinado la importancia del mercado interno (en especial de los países más débiles). Asimismo, corroborando las falacias liberales, se obstaculiza el desplazamiento de los asalariados para confinarlos a sus lugares de origen y mejorar las oportunidades de explotación y chantaje. Todo lo cual favorece las posibilidades del capital cuya base técnica y adelantos en el transporte le permite trasladar con facilidad sus unidades productivas. Ni qué decir respecto de la formidable movilidad del capital financiero que opera en tiempo real en todo el planeta.

Correlativamente, se produjo un salto en el nivel de desocupación en virtud de los avances tecnológicos y de la reorganización empresaria debilitando el poder de negociación de la clase obrera y en especial del sector industrial. Así, los cambios operados dentro de la unidad fabril han mejorado los mecanismos de control sobre los asalariados, de disgregación interna y de expropiación de sus saberes ocasionando un importante deterioro sobre las condiciones de la solidaridad de clase que fue uno de los pilares de sus grandes luchas.

El proceso de concentración del capital con sus mega fusiones ha aumentado exponencialmente el poder de los grandes conglomerados que no sólo se han diversificado sino que han conseguido un alto grado de flexibilidad gracias a sus conexiones en red. El poder desarrollado por el capital financiero y estos conglomerados son la base del dominio mundial de las potencias rectoras y de los organismos financieros internacionales y constituyen la fuente nutriente de las élites capitalistas que pilotean los destinos del planeta.

Luego, si traducimos sintéticamente el significado de la globalización se podría decir que, al margen de las disputas hegemónicas, ha engendrado una verdadera metástasis de dominación económica y política en la geografía mundial. Y sus efectos sociales significan la exclusión de enormes masas humanas, el empobrecimiento de otras y por contrapartida, una fabulosa concentración de riqueza en pocas manos. El gran salto tecnológico actual parece una burla macabra si se lo compara con las hambrunas de millones de personas que viven en nuestro “feliz” planeta globalizado.

Este escenario muestra variadas características en los llamados países dependientes que son los que sufren los peores efectos de la globalización. Ahora resultaría más apropiado llamarlos Estados nacionales competitivos puesto que a las formas tradicionales de dependencia se le suma la asfixia económica y sujeción política de la deuda externa y la competencia para ganar los favores de las

grandes potencias y de los organismos internacionales, FMI a la cabeza, que son quienes imponen las condiciones.

Vale decir, optimizar la valorización del gran capital que opera a nivel planetario y busca beneficiarse con el aumento de la explotación y de la desprotección social. Se afianza así la primacía de las elites económicas nativas e internacionales que usufructúan y controlan el Estado a través de los partidos afines, por ejemplo, “Cambiemos” de Macri & cia.

Asimismo, se da la complicidad de los partidos que se disputan la renta política a la caza de los puestos de gobierno que les permitan obtener su cuota parte. En esa línea se produjo un fuerte deterioro de las proclamadas democracias que, en general, surgieron desplazando el horror de las anteriores dictaduras militares.

La situación descrita engendró nuevos conflictos, revitalizado otros que estaban en estado latente originando sesgos imprevisibles a la dinámica del sistema. Como ser, la emergencia de fisuras en la opresión gestadas en ciertos momentos y situaciones favorables a los sectores populares. Tal el caso de varios gobiernos de nuestro subcontinente en la primera década y media de este siglo.

No obstante, debemos aceptar que el capitalismo ha mostrado un alto grado de adaptabilidad a los cambios y una considerable longevidad. En la adaptabilidad juegan sus propias contradicciones pues las crisis son modalidades inherentes a su desarrollo. En cuanto a su duración, resulta relevante su capacidad productiva, su experiencia para absorber las luchas populares y la vitalidad de su imaginario como usina generadora de consenso. Pero, salvo sus panegiristas, nadie se atrevería a pronosticar cuánto alberga de sobrevida.

Lo cierto es que el capitalismo ha impuesto un verdadero modelo de sociedad cuya legalidad está en tensión con la suma de acontecimientos impredecibles propios de su historia. Lógicamente, luego de producidos surgen las interpretaciones. Se diría que la “regularidad” del proceso de acumulación y concentración se

manifiesta a saltos espacio-temporales y que sus expresiones políticas configuran un azaroso y continuado espectáculo. Las luchas por la hegemonía y el desarrollo desigual son una fuente inagotable de impredecibilidad que brota de sus entrañas.

Preguntas-Taller:

- a) ¿Cuáles serían las características y alcances de un nuevo pensamiento?
- b) ¿En qué se basa “la racionalidad” del sistema capitalista? ¿Y la de su irracionalidad?

2. La complejidad del poder

El Poder en clave capitalista

Las organizaciones jerárquicas, cualquiera sea su modalidad, constituyen el lazo social a partir de una estructura piramidal que concentra poder en la cúpula y que se va escalonando hacia estratos inferiores a través de sucesivas delegaciones. Este vínculo de obediencia, internalizado en las personas, se abre en cascada hasta abarcar a toda la sociedad. Así se preservan intereses y garantizan niveles de convivencia que atenúan los conflictos originados en la diversidad de comportamientos humanos y desigualdades grupales.

El Estado, estructura jerárquica por excelencia, apareció con las llamadas civilizaciones cuyo grado de complejidad y enfrentamientos (mayor conflictividad y luchas por la supremacía y apropiación del excedente) exigían formas de organización social que permitieran controlar y someter a amplios sectores de la población a los designios de las minorías dominantes.

El análisis histórico puede explicar los distintos tipos de Estado conocidos y entender las variadas formas que asumió el lazo social. Pero dentro de la diversidad aparece una invariante: la estructuración jerárquica de la sociedad como soporte de dicho lazo social. El peso de esa realidad y su tradición cultural adquieren mayor relevancia si se observan los procesos de emancipación que no lograron modificar ese ordenamiento. Fenómeno que resalta más si

enfocamos al socialismo que desde el siglo XIX proclamó como su fin principal la liberación de la humanidad de toda forma de sojuzgamiento.

En este caso la distancia entre fines y logros adquirió un relieve imprevisible debido a la supervivencia de Estados que no se extinguieron y que, contrariamente, reprodujeron el carácter jerárquico y represivo inherente a todo aparato estatal al ir despegándose una nueva elite dirigente del resto de la población.

Es que se fue perdiendo el empuje generado por la mística revolucionaria que fue siendo sustituido por la inercia burocrática. Proceso en el que existe un mediador que actúa como aglutinante, las relaciones de dominio y la cultura del poder internalizada en los propios sujetos revolucionarios. Las llamadas vanguardias fueron tan importantes en su papel de agentes del cambio como en el de la posterior contramarcha. En el primer momento, alimentadas y permeadas por las masas populares y en el segundo, bajo un creciente distanciamiento como resultado de la concentración del poder en el partido que se arroga todas las representaciones.

Frente a las experiencias históricas **emerge la cuestión de si la única manera de asegurar el lazo social es a través de la estructuración jerárquica de la sociedad.** Ese interrogante crucial es inseparable del destino de las luchas emancipatorias. Y buscar respuestas recurriendo a las primitivas sociedades recolectoras cazadoras donde las relaciones de dominio eran irrelevantes o inexistentes, resulta un recurso poco válido pues implicaría hacer tranpolaciones respecto de sociedades urbanas enormemente más complejas. En cambio, surge como antecedente para no absolutizar la relación entre el poder y las formas de organización social, máxime si tomamos conciencia de que las civilizaciones y el Estado representan una pequeñísima fracción de la historia humana.

Llegados aquí centraremos la mirada en la sociedad capitalista contemporánea, la que con sus variadas manifestaciones, impe-
ra hoy en el planeta. Pero su universalidad está mediada por una

multiplicidad de particularidades que no deben omitirse cuando se analizan situaciones concretas a pesar del discurso dominante con que hoy se publicita la globalización. Ya hemos aprendido que arrogarse la causa de la humanidad en general ha sido una fuente de errores y distorsiones propias del imaginario progresista occidental del que, culturalmente, formamos parte. Por eso, intentar apoyarnos en algunas líneas de tendencia del desarrollo capitalista para arriesgar algunas ideas es un terreno sembrado de obstáculos. Con esa prevención, por ahora haremos abstracción de los particularismos y **reseñaremos las que entendemos como características distintivas de la etapa actual** para, desde esa valoración, poder orientar el análisis.

- a) Económicas: cambio del modelo de acumulación y de los sectores clave (auge de “la revolución tecnológica”). Subordinación semi absoluta del trabajo al capital. Fin del fordismo como sustento de la “sociedad de bienestar”. La producción masiva sustituida por la selectividad y flexibilidad de la oferta. Reorganización de la unidad productiva, influencia del toyotismo y cooptación del saber obrero. Gran desbalance de poder con sus secuelas: desempleo, flexibilización y precarización laboral. Vertiginosa aceleración de la concentración del capital, las mega-fusiones. Sus dos caras: concentración de la riqueza y distribución de la pobreza. Libre circulación internacional del capital, financiero y mercantil. Posibilidades operatorias sin límites y en tiempo real. Revolución administrativa, de las comunicaciones y del transporte. Crecimiento exponencial del poder de los grandes conglomerados y del capital financiero (con su elevado componente especulativo). Predominio de las empresas de capital tecnológico en las distintas ramas de la producción y subordinación de las de menor capacidad de innovación.
- b) Políticas: supremacía mundial del capitalismo y desaparición del campo socialista. Emergencia de la ex China comunista que le disputa la hegemonía mundial a los EE.UU. Predominio militar

yanqui. Reasignación del rol de los Estados bajo los designios del gran capital. Pérdida de soberanía de los Estados nacionales “periféricos” (del tercer mundo o como se los llame) que, en la mayoría de los casos, se subordinan a la voluntad del gran capital internacional. Reasignación del rol de los Estados bajo los designios del gran capital. Postración del movimiento obrero como agente de cambio. Vaciamiento de la representatividad real de los partidos y ficcionalización de la política. Tráfico de influencias y disputa por la renta política. Doble discurso: promesas pre-electorales a la población y simultáneas garantías a los factores de poder internos y externos. Extrañamiento del ciudadano: pasividad real y “participación” virtual. Las encuestas como índices de la efectividad “política” mediática. Importancia de los medios y saturación de la “sobreinformación” en el control e inducción de sentido. La democracia vacía como mal menor y aparato encubridor de superlativos grados de concentración de poder. Las instituciones mundiales como árbitros del destino de grandes masas humanas dirigidas por “control remoto”. Guerras de baja intensidad y disciplinamiento militar de los focos de conflicto que no se adaptan al modelo vigente.

- c) Sociales: fragmentación social y sensible incremento de la exclusión. Aumento de la importancia como consumistas de los sectores medios que también se desgranar y polarizan. Debilitamiento de la clase obrera y correlativa pérdida de influencia del proletariado industrial. Desarrollo de una plutocracia mundial. Rechazo y denigración de las migraciones emergentes de la pobreza que aumenta en el “tercer mundo” que las exporta. Gran salto en la urbanización del planeta. Complejidad y gran desigualdad en la sociedad civil. Tendencia a la privatización de la seguridad y del ámbito público. Crecimiento de la marginalidad y la delincuencia con parcelación de los habitats de los sectores pudientes: “feudalización” del espacio urbano. Sustancial aumento del tráfico de drogas en correspondencia con las angustias y las tensiones

- “civilizatorias”. Grave incremento de los desastres ecológicos, de la agresión al planeta y de las condiciones de vida en general.
- d) Culturales: meteórico ascenso del individualismo y el hedonismo en detrimento de la solidaridad. Desarrollo de la cultura “ciber-virtual” y predominio de la imagen como medio para la formación del imaginario colectivo (importante rol de la TV). Afianzamiento y expansión de los criterios mercantiles como valor supremo y regulador de la vida social que se extiende a todas las esferas del quehacer humano. Decadencia de los valores éticos y predominio de la hipocresía y el cinismo como contra-valores que posibilitan mejores oportunidades y mayores beneficios a la “inversión” en el trabajo político. Formidable desarrollo de las ciencias aplicadas y declinante papel de la formación humanística. Polarización ideológica según las pertenencias sociales: crecimiento de lo místico-religioso entre los desposeídos y del “cientificismo tecnológico” entre los sectores de mayor nivel económico-educativo.

Basados en esta caracterización del capitalismo contemporáneo reflexionaremos sobre el tema de la emancipación. De lo expuesto anteriormente resulta obvio que para nosotros el sistema capitalista es injusto, explotador y opresivo de lo cual se desprende que la emancipación debe referenciarse, en primer lugar, al capitalismo. En base a sus antecedentes históricos y dinámica propia no creemos en transformaciones profundas, relativas a la emancipación, que emerjan de mecanismos internos de auto-depuración. Si pensamos que el desarrollo alcanzado con sus fuertes contradicciones abren un abanico de posibilidades todavía inexploradas.

Hoy nos hallamos frente a una situación paradójica puesta de manifiesto por los intentos emancipatorios que han refluído a su punto de partida. El capitalismo, combatido por las grandes revoluciones contemporáneas, emergió triunfante en todo el globo y resurgió en las entrañas de sus otrora cuestionadores. Al fenómeno

del eclipse del socialismo ya nos hemos referido en otros trabajos y también algo hemos dicho aquí.

De lo que ahora se trata es de procurar aclararnos las ideas acerca del objetivo de la emancipación y, si es que cabe, de su resignificación. Para lo cual sostenemos que el punto más arduo se refiere a la problemática del poder que resultó clave en el vaciamiento de todos los procesos revolucionarios.

El Poder en clave emancipatoria

Por emancipación entendemos liberar las relaciones sociales de las distintas formas de explotación y sometimiento. Ahora bien, si consideramos las experiencias vividas y los postulados teóricos que han prevalecido hasta la fecha, nos hallamos frente a una paradoja: sin revolución de los sometidos no resultó viable la emancipación pero, a su vez, la revolución emprendida en nombre de los oprimidos también condujo a la opresión.

Nosotros creemos que esta paradoja se produjo porque la lucha contra la explotación capitalista se libró bajo el imprevisto contrabando del poder. Y si deseamos construir nuevas alternativas deberemos resolver importantes contradicciones respecto de la emancipación. Trataremos de abordarlas para lo cual señalaremos aquellas que, en nuestra opinión, son las más relevantes:

- Las relaciones de dominio resultan consustanciales al lazo social.
- La concentración de poder en las dirigencias aparece como un medio insustituible para lograr cambios políticos. Correlativamente, la representación aparece como la única forma de administrar el bien común y posibilitar el funcionamiento colectivo.
- El Estado y la ley que de él emana surgen como excluyente soporte y garantía del orden social en una sociedad compleja.
- La historia corrobora los enunciados anteriores e incluye, sin excepción, a todas las experiencias socialistas en el poder.

Todo lo anterior son fundamentos consistentes para quienes sostienen la inexorabilidad de las relaciones piramidales- jerárquicas como medio para organizar la sociedad. Y si tomamos esas formulaciones como algo inmodificable y las referenciamos a un proyecto de emancipación nos encontramos encerrados en un círculo vicioso al que llamamos **clave paradójal**. La misma presenta el siguiente dilema: cómo apostar por dicha emancipación cuando los caminos que debieran conducir a ella aparecen empedrados por lo que representa la negación del objetivo.

Antes de proseguir y para evitar malos entendidos, debemos aclarar una cuestión previa referida a **los tiempos**. Plantear una problemática a largo plazo no significa ignorar los condicionamientos de la realidad actual ni desmerecer las luchas que responden a necesidades inmediatas. Al contrario, por valorar su importancia tratamos de imaginar cursos de acción que las compatibilicen y las proyecten hacia un mejor futuro del que tuvieron las experiencias anteriores. Es que las urgencias no deben bloquear el pensamiento político ni el mismo, si es político, debe ignorar las urgencias. Son dos vías paralelas que se deben transitar si se pretende llegar a destino.

Buscamos un nuevo horizonte para la emancipación, una mirada diferente que no se deje atrapar por la inmovilidad a que nos amarra el peso del poder dominante. Pero eso supone oponerse consecuentemente a la repetición de aquello que nos condujo a la encrucijada actual. O sea, nos oponemos a repetir las mismas concepciones y procedimientos, con su correspondiente metodología, que desembocaron en la frustración de las grandes revoluciones contemporáneas. Aclarado esto, intentaremos replantearnos críticamente las ideas acerca de la emancipación con vistas a encarar la crisis de alternativas que definiéramos líneas más arriba.

Para avanzar en el análisis, haremos un breve rodeo cuestionando el valor de evidencia de algunas “verdades” consideradas indiscutibles en la realidad actual vinculándolas a la problemática

de la emancipación. Esto demandará un esfuerzo por apartarnos de la lógica con que nos atrapa el discurso dominante que pretende detener la historia absolutizando las relaciones de poder que supieron construir.

Comencemos por **la revolución tecnológica**. Sabemos que es un salto cualitativo que potencia extraordinariamente la efectividad del trabajo humano creando ilimitadas posibilidades para la vida y también, según el empleo que se haga de ella, conduce a la muerte cuya proyección más inquietante abarca al planeta.

La propaganda interesada liga el avance tecnológico con **la desocupación** como un subproducto objetivo y necesario. De ese modo la desocupación se muestra como una consecuencia del progreso y del desarrollo científico y no fruto de las relaciones sociales que lo determinan. Y así se truca la cuestión. En primer lugar, se toma al trabajo asalariado como la forma “natural” del trabajo. Asimismo, se atribuye al capital el derecho exclusivo de asignar los recursos para la producción.

En suma, se identifica el desarrollo científico-tecnológico con los dueños de sus condiciones logrando una mimetización aséptica que ampara a los beneficiarios. Pero este viejo recurso hoy tiene algo de nuevo y es el peso de su universalidad. Tanto es así que una legión planetaria de intelectuales y políticos que conocen perfectamente la distinción, pasaron “amnésicamente” a ser autorizados voceros de semejante imaginario. Ya mencionamos que este es un síntoma elocuente de la crisis de alternativas que padecemos.

Como un desplazamiento de sentido análogo se podría repensar el concepto de organización, aunque su tratamiento presenta un fuerte bloqueo debido a que la experiencia histórica muestra la efectividad de las organizaciones piramidales para estructurar la sociedad. Es lógico entonces que en este estadio parezca utópico plantearse formas de organización al margen del Estado como macro-ordenador tanto como cuestionar las relaciones jerárquicas en su carácter de referente primordial del lazo social. Pero también

sabemos que el Estado, en general, representa una garantía del dominio de las minorías y un núcleo sustantivo del ejercicio de su poder. Vale decir, que bajo esa figura, se identifican dos aspectos que parecen inescindibles: **organización y poder**.

Es más, las distintas manifestaciones macro y micro de la vida social, atravesadas por las relaciones de dominio, reproducen esa identificación de la dupla. No obstante, **deberíamos preguntarnos por la validez de tal identidad y si no resulta una forma inherente al sometimiento que impide evitarlo y cuya eficacia es comparable al modo en como funciona el encubrimiento que produce la identificación del capital con el desarrollo tecnológico**.

Considerar el ejemplo del clásico concepto del Estado nacional, ligado a las viejas cuestiones territoriales, permite también repensar la mutabilidad de las construcciones humanas junto a la dupla mencionada. Hasta hace poco tiempo tenía un firme arraigo en la cultura contemporánea y era parte sustancial en el acervo ideológico de los pueblos, pero hoy está jaqueado por las necesidades de movilidad del capital que tienen los grandes conglomerados y los centros hegemónicos. Éstos pretenden resignificar el carácter del Estado nacional tal como brotó de las entrañas del régimen capitalista para adecuarlo a las exigencias de su propia evolución.

El proceso de reacomodamiento de las relaciones mundiales surgido en la posguerra, no sólo ha reformateado el mapa geopolítico mundial sino que ha acrecentado notablemente el poder de las grandes corporaciones que controlan los organismos internacionales y en gran medida subordinan las políticas de los Estados.

La tendencia a licuar las fronteras tensiona el orden vigente. Por un lado, se acrecienta la integración político-económica del planeta pero esto es al precio de agravar los conflictos sociales debido a la profundización de las desigualdades que a su vez reavivan las diferencias étnico-culturales. Mientras crece fantásticamente la intercomunicación mundial se fragmenta la sociedad con importantes efectos locales.

La revaloración de la sociedad civil refleja oposición y resistencia al forzamiento que instaura la “globalización”. El desarrollo de los movimientos sociales, las numerosas manifestaciones populares reivindicativas, las luchas igualitarias de las mujeres, son muestras elocuentes de las reacciones que provoca, amén del descrédito que afecta a los partidos políticos tradicionales. Esta combinación de fuerzas centrípetas y centrífugas genera nuevas condiciones para replantear el tema de la organización. Y una muy nociva es la enorme gravitación de círculos cada vez más reducidos en las decisiones políticas que afectan al conjunto lo que ha ido deteriorando al sistema político minando uno de sus mayores soportes: la representación.

Un fenómeno decisivo y convergente que, desde la oposición al capitalismo, conmovió las convicciones acerca del poder, fue el deterioro de la ilusión revolucionaria fundada en la concepción leninista de la vanguardia y la representatividad de clase. La caída de los referentes dejó huérfano al modelo y, en su aspecto positivo, favoreció el surgimiento de la problemática que venimos abordando. No es casual entonces que emergiera y se expandiera la idea de red contrapuesta a la de organización vertical.

Por otra parte, el extraordinario avance en las comunicaciones también exhibe un rostro cambiante según sea como se lo mire. Sabido es el papel de formadores de “opinión” de los medios y en especial de la televisión así como la superficialidad que engendra el abusivo e indiscriminado uso de los celulares, Facebook, etc.

No obstante, estos notables recursos abren posibilidades insospechadas de interconexiones culturales y solución de problemas a poco que cambie su orientación. En ese terreno se han superado los límites técnicos, obviamente no los políticos. Internet es un ejemplo cabal de estas contradicciones. Baste considerar las páginas que el zapatismo ha abierto allí para avizorar sus posibilidades. Asimismo, el creciente desarrollo de las comunicaciones y la electrónica permite imaginar una vía de acceso casi inmediata para coordinar eventuales decisiones colectivas.

Sintetizando, podríamos decir que la extraordinaria concentración de poder que gobierna hoy al mundo no puede disimular el vacío que genera su política. Y esto, más que a las contradicciones engendradas por la nueva institucionalidad en ciernes, se refiere al vaciamiento del sistema político tradicional manifiesto en la tensión que soporta la figura de la representación que aparece cada vez más expuesta y desligada de los efectos sociales que produce.

La “razón económica” que motoriza las acciones de los núcleos dirigentes, producto de la temible simbiosis poder-explotación que administran, hoy se aleja más que nunca del interés colectivo. Se esfuman los matices y diferencias en las opciones para reducirse a un pragmatismo elitista que no tiene derecha ni izquierda, sólo un arriba. Hoy no existen contrapesos sino un peligroso desequilibrio originado por la gravitación de este sistema mundial que aplasta a buena parte de su base mientras afecta al conjunto con las angustias que produce y la mediocridad mercantil de su cultura.

Por contrapartida, el desarrollo tecnológico que impulsa suministra bases materiales aptas para la descentralización de decisiones y por lo tanto, susceptibles de emplearse en nuevas formas de organización. La tan mentada “razón científica” ofrece flancos vulnerables para los intereses de quienes se la apropian al crear recursos que facilitan el ejercicio de formas de democracia directa y de interconexión de experiencias locales que pueden integrarse a un conjunto mayor sin por ello perder su autonomía.

Ya no es necesario apelar a lo que se demostró pesado mecanismo de la centralización socialista (cuna de diferenciación social y política) para pensar en términos de racionalidad económica y distribución equitativa. Se acortaron notablemente las distancias y los tiempos en la misma medida en que creció la flexibilidad y movilidad del aparato productivo. Naturalmente nos referimos a los sectores de punta que son los que marcan la tendencia a pesar de las enormes desigualdades planetarias. Y si bien estos importantes logros que alcanzó el capitalismo pueden no significar las vísperas

de la emancipación seguramente crean nuevas posibilidades. De la creatividad y dinamismo de quienes luchan por la emancipación dependerán los niveles de concreción de dichas posibilidades.

Preguntas-Taller:

- a) ¿La única forma de garantizar el lazo social es a través de la estructuración jerárquica de la sociedad?
- b) Las relaciones de dominio, ¿constituyen una constante inmodificable de las relaciones humanas?

3. La horizontalización del poder

La red

La red como concepción y método de construcción es afín a la idea de la democracia directa. Es una apuesta original orientada en tal sentido. Porque valoriza las relaciones de la actividad social sin imposición de jerarquías privilegiadas. Porque estimula la participación de los núcleos humanos sin pérdida de su identidad. Porque ayuda a controlar externa e internamente las relaciones de dominio incrustadas en el tejido social. Porque crea expectativas que contemplan el protagonismo individual y grupal frente al desgaste, generador de indiferencia y escepticismo, de las organizaciones piramidales clásicas. De todo ello se desprende las promisorias posibilidades que se abrirían para elevar la calidad material y espiritual de vida.

Apuntar esa idea no significa desconocer las enormes dificultades provenientes de nuestros hábitos culturales incorporados. Donde prevalece, descarnadamente, el interés material individual. Amplificado notablemente por el poder que nos somete. Y también de las inéditas condiciones a crear para conseguir, en perspectiva, una eficacia capaz de oponerse al sistema con probabilidades de éxito.

Por eso, si se plantea seriamente la posibilidad de un orden social más justo y se trabaja para construir una alternativa tras ese objetivo, nadie puede desentenderse de las experiencias históricas

ni ignorar cómo se ha resuelto la cuestión del poder hasta ahora.

Por lo tanto, es imprescindible seguir indagando en las dos principales propuestas político-sociales que se dieron en el Siglo XX.

El **socialismo** nació como un régimen social liberador por excelencia, opuesto a la explotación y redistributivo de los recursos materiales en el período revolucionario. Pero su rechazo a los mecanismos de explotación fueron reintroducidos por la máquina de dominación que habitaba en sus entrañas y que funcionó independientemente de las intenciones y de los elevados ideales. Su estancamiento productivo afloró cuando la rigidez del aparato político se transformó en una traba para las iniciativas individuales y colectivas, marginadas del control del bien común que fue regenteado y usufructuado por el poder.

El **capitalismo** emergió como una máquina de explotación que en virtud de su efectividad controló el mecanismo de dominación. Lo que le permitió amplificar su capacidad explotadora. Plataforma fundamental de sus notables logros económicos y de la revolución tecnológica contemporánea.

El primero tomó el aparato del Estado desde afuera. El segundo, lo conquistó desde adentro. Los asaltos al poder que generaron las revoluciones burguesas siempre fueron precedidos por el desarrollo económico-social capitalista que creó las condiciones. Y esto fue lo determinante.

En base a estas experiencias la tradicional línea política de los sectores revolucionarios de **acumular poder** resultó un arma de doble filo. Y ya es hora de preguntarse por el significado profundo de esa idea.

¿La acumulación de poder es un fin en sí mismo o un instrumento? Y en este caso, ¿es el único medio para derrotar a la burguesía? ¿Acumular poder significa concentrar la capacidad de decisión en pocas manos? ¿Y no es esto lo que hizo la burguesía con relación a la política y a la producción? ¿Es posible concentrar suficiente energía social como para producir un cambio revolucionario multiplicando

los lugares de decisión? ¿Cómo se implementa una “*federalización*” del poder? ¿Los nuevos movimientos sociales no demuestran la imposibilidad de un curso de acción semejante? ¿Su falta de continuidad y eficacia operativa es suficiente testimonio? ¿O será que la carencia de un proyecto común favorece la dispersión? ¿Es posible acumular poder en el tejido social? ¿De qué manera?

Con relación a lo que nos estamos preguntando, existen algunos indicios dentro de la organización capitalista moderna dignos de tenerse en cuenta.

Hay una tendencia en las empresas de punta a hacer participar a nivel de decisión al personal de alta calificación técnica. Personal cuyo número ha crecido sensiblemente pero que en mucha mayor medida ha incrementado su influencia en la producción. Vía programación y operación. Se podría decir que el poder se expande a través de una red que permite mejorar el rendimiento de los nodos confiriéndoles una independencia relativa. Naturalmente confrontada a la tasa de ganancia de la empresa, que se ve favorecida por este medio mejorando su competitividad para apropiarse de la ganancia extraordinaria; la cual es directamente proporcional al saber hacer y a su correlativa productividad. Lógicamente, dentro de esta estructura, la red tiene dueños que son quienes recogen sus frutos.

Asimismo, existen diversas experiencias y ángulos de lectura posibles para abordar esta nueva modalidad. En ese sentido, consideramos un aporte el artículo “Del reloj a la red”, de Denise Najmanovich, publicado por *Página/12* el 18/9/93 y del cual extraemos los siguientes párrafos:

“Desde una concepción mecánica, con interacciones rígidas propias de la metáfora ‘piramidal’ de organización estamos asistiendo a la legitimación de otras formas de concebir lo social: las redes y las organizaciones ‘heterárquicas’. Nuevamente Von Foerster nos provee de un maravilloso ejemplo para diferenciar la concepción jerárquica (donde sólo gobierna el ‘Jefe Supremo’ y la línea de mando va únicamente de

arriba hacia abajo) del modelo heterárquico (donde el poder circula). Como ejemplo del ‘Principio de Mando Potencial’... por el cual la información es la que constituye la autoridad, ambos autores solían narrar el episodio de la Batalla de las Islas Midway. En esa contienda la flota japonesa estuvo a punto de destruir a la estadounidense. En verdad el barco insignia estadounidense fue hundido en los primeros minutos, y su flota fue abandonada a su propia organización, yendo de una jerarquía a una heterarquía. Lo que pasó entonces fue que el encargado de cada barco, grande o pequeño, tomaba el comando de toda la flota cuando se daba cuenta de que, dada su posición en ese momento, sabía mejor lo que iba a hacer. Como todos sabemos, el resultado fue la destrucción de la flota japonesa.”

*“...las redes informáticas que sustituyeron en buena parte a las gigantes computadoras que centralizaban toda la información por una red donde la misma está distribuida y es más rápida y eficientemente accesible. La metáfora de la red tiene muchas instancias donde podemos verla. Algunas son más claras y evidentes, otras más difusas, potenciales o virtuales. Toda empresa por ejemplo, tiene un organigrama que se supone representa su estructura organizacional, sin embargo existe un entramado de relaciones que excede y se diferencia enormemente del ‘organigrama’. Las teorías clásicas no podían dar cuenta de esta red de relaciones informales porque no podían ‘verla’. **Y no la veían porque no contaban con un sistema conceptual que les permitiera visualizarlas.**” (Subrayado nuestro).*

“...siempre somos parte de una red y miramos desde un lugar, por lo tanto nuestra visión nunca puede ser completa ni nuestras teorías definitivas.” (Subrayado nuestro).

Podríamos afirmar que la concepción organizativa revolucionaria basada en una estructura piramidal, con jerarquías instauradas en función de la representatividad, **no permitió “ver” el dominio que portaba**. Su campo visual estuvo determinado por la batalla del poder y el formidable enemigo que enfrentaba. La represión y la consecuente clandestinidad pusieron en foco al enemigo exterior contra el que arremetieron y al que derrotaron transitoriamente a favor de las grandes revoluciones contemporáneas. Pero reprodujeron el esquema burgués del partido adecuándolo a formas de tipo militar aptas para el combate. Y en eso también espejaron a la organización jerárquica de los ejércitos que debían enfrentar.

Las diferencias fundamentales brotaban del tejido social del que se nutrían como consecuencia de la causa popular que asumieron. Pero pasado el período de efervescencia revolucionaria se fue paulatinamente debilitando el nutriente al ir precipitando las relaciones de dominio incorporadas en el modelo. El doble movimiento de la conducción a las bases y de las bases a la conducción se fue convirtiendo en un viaje de ida solamente y cristalizó en la vieja tradición del orden y mando.

El lugar que se atribuyó el poder revolucionario fue el de representante de la totalidad. Vale decir, no relativizó su óptica permeabilizándola en la nutriente del tejido social que le confirió su legitimidad de origen. **Y desde esa totalización jerárquica del saber legisló la exclusión.**

Esto se puede apreciar no sólo como resultado de los efectos del poder que construyó. También se rastrea en la formulación del proyecto que implementó. Tras el planteo de las dos fases del proceso que culminaría en la extinción de las clases y el fin de los privilegios, se arrogó las facultades de diseñar la sociedad, prerrogativa autoconferida como factor consciente. De esa manera perdió la flexibilidad de la multiplicidad de enfoques que emanan del tejido social y lo sustituyó teórica y prácticamente por la “lucidez” de los dirigentes. La participación y el aporte colectivo se esclerosaron.

La capacidad y sensibilidad de los grandes líderes y de los mejores cuadros ocultaron por mucho tiempo los efectos devastadores de esa concepción iluminista. Y los “errores” se cargaron sobre la herencia burocrática. Ignoraron así que ésta es un efecto deformador que brota de las relaciones concretas producidas en el seno de la sociedad y que estaba indisociablemente vinculada al proyecto que pretendía eliminarla. Y otra vez se volvió a verificar ese hábito ancestral de poner en el otro lo que también es patrimonio de uno. La herencia incluía a los herederos que siguieron actuando “*en nombre del padre*”...

Al situarnos en la etapa actual, podemos comprobar la misma matriz en el pensamiento de quienes constituyen las organizaciones pretendidamente opositoras al orden establecido. Desconcertados frente al derrumbe producido por la hegemonía que se padece, no atinan a una reformulación de fondo que apunte hacia una concepción diferente. La confusión originada fundamentalmente por el eclipse del socialismo pone entre paréntesis la viabilidad de sus objetivos. Entonces muchos buscan retocarlos sin modificar los viejos métodos.

También están quienes prefieren suscribirse a variantes “*humanitarias*” y redistributivas del capitalismo desestimando el fabuloso proceso de concentración actual. Verdadera causa de los “*ajustes*” y del “*neoliberalismo*” que es su expresión política más afín. Es que al no cambiar el lugar de reflexión y al continuar regidos por los mismos parámetros mentales, no podemos “*ver*” formas distintas de actividad como no sean las tradicionales, las que estructuraron nuestras ideas y prácticas.

Es necesario comprender que hace falta revolucionar la concepción que teníamos del poder y de las organizaciones para romper el bloqueo mental y práctico en que nos hallamos sumidos.

Revolucionar el pensamiento también quiere decir hacer lo mismo con la metodología de construcción. Obviamente que esto implica el riesgo de situarnos frente a lo desconocido. Pero la evidencia de que el camino abierto por el socialismo tal y como se ensayó hasta ahora, condujo al denostado punto de origen, es tan fuerte como para desalentar intentos semejantes. Al menos de parte de quienes hemos llegado a ese convencimiento.

La limitación del horizonte precedente no es por obra de la casualidad ni un producto “*natural*” de la condición humana. La violencia opresora generó, por reacción, el abroquelamiento en células conspirativas y clandestinas estructuradas jerárquicamente que, como corolario, se ligaron verticalmente. Tanto es así, que “*descabezar al movimiento*” se transformó en la panacea de los organismos de represión.

Su principal objetivo fue copar los núcleos de conducción para poder abortar los emprendimientos revolucionarios. Éstos, simétricamente, preservaron celosamente la cúspide de la pirámide. Y cuando fue dañada la reconstituyeron con urgencia para evitar una derrota definitiva. La fluidez de los intercambios provocados por la lucha dotaron de vitalidad a la organización compensando su rigidez estructural. Pero a partir de la toma del poder, como es sabido, comenzó otra historia.

Al procesar esa experiencia negativa nace la idea de red como una forma organizativa socio-política que dificultaría la tarea represiva dada la proliferación de sus vasos comunicantes mimetizados dentro del tejido social. Dicha idea supone una propuesta de cultura política que se internalice en el sentido común, que conozca y prevenga la acechanza del dominio, y que abra un campo tan desconocido como prometedor.

Ha surgido una corriente, tanto en el primero como en el tercer mundo, que ha engendrado pautas culturales nuevas: **el movimiento ecologista**. De raigambre pacifista, ha luchado por la conservación y preservación del medio ambiente. Su rápida extensión

a las más diversas geografías político-sociales habla por sí sola. Ha tocado un punto clave de la vida humana: su relación con la naturaleza. Pero renguea en lo que hace a la comprensión profunda del régimen capitalista. Pues resulta contradictorio pensar y actuar a favor de la naturaleza y de la criatura humana sin tener claridad acerca de cuáles son sus peores enemigos. Ése es su punto vulnerable y el que lo mantiene bajo control dentro del sistema.

Ahora bien, si conocemos los motivos que condujeron al eclipse del socialismo, ¿por qué no impulsar una cultura distinta acerca del irresuelto problema- del poder? Que a su vez incorpore los aportes del ecologismo pero con una proyección diferente. Algo inédito que integraría dentro de la misma causa el respeto por la naturaleza junto a la preservación de la vida humana garantizando sus condiciones materiales y psíquicas de existencia, sin privilegios ni exclusiones. **Hombre, sociedad y naturaleza vividos desde un indisociable compromiso en busca de respuestas.**

Pero aquí volvemos a toparnos con la necesidad de resolver la problemática del poder existente que hasta ahora tuvo la capacidad de asimilar al ecologismo y a las nuevas corrientes incorporándolos como conflictivas provincias de su territorio.

Naturaleza y relaciones sociales, explotación y dominio, las dos caras del mismo enigma. En la práctica, siempre se intentaron soluciones escindidas, abocadas a uno u otro aspecto. Y ya es hora de asumir que no se deben desvincular si se pretende un orden social que se aproxime a la realización de objetivos emancipadores.

Con esa orientación, el caudal de energía humana que puede liberarse aparece como un campo abierto a la esperanza, digno de explorar. Tenemos sobradas muestras de la multiplicación de las capacidades cuando existen estímulos colectivos que destraban la potencialidad de cada persona al sentirse protagonista del bien común. La cuestión de género es un ejemplo cabal. La ancestral subordinación de la mujer al hombre hoy se está derrumbando en función del desarrollo de las luchas que libran las mujeres impulsando su justa causa.

Frente a la inmensidad del poder reinante en el mundo con sus consecuencias agobiantes sobre el género humano, se abren dos caminos: el de la resignación o el de la búsqueda de un ordenamiento social más libre y justo. El régimen imperante es tan hijo de la actividad humana como la posibilidad de cambiarlo. El futuro no está escrito ni ofrece garantías de mejoramiento. Dependerá de todos y de cada uno tomar partido y hacer su apuesta.

Ideas abiertas al debate

Con la finalidad de contribuir al debate colectivo, remarcamos y ordenamos las ideas principales expuestas en la presente problemática:

- El eclipse del socialismo hizo perder la perspectiva del cambio: ¿para qué y por qué luchar?
 - » La misma concepción elitista que inspiró los fundamentos de la organización de vanguardia de estructura piramidal, asoció el saber al partido y le atribuyó el sentido común sólo a las masas. Al desconocer, de hecho, las interrelaciones del saber social, se potenció al saber en su aspecto generador de dominio.
 - » Al producir organizaciones espejo a las creadas por el enemigo, se establecieron vasos comunicantes con aquél dado que el poder revolucionario instauró modalidades de conducción semejantes. La construcción del Estado “obrero”, erigido en su contrario, resultó la prueba más evidente.
 - » La representatividad como principio rector de la organización social, volvió a demostrar su hasta ahora inmodificado rol histórico como fuente de diferenciación política y social.
 - » Un proyecto, basado en los objetivos incumplidos del socialismo, podrá constituir un referente común en la medida que se internalice dentro del tejido social. Y que emerja de

él renovado por la participación colectiva capaz de abrir un camino inédito. Que vaya resolviendo, articulando y encadenando la multiplicidad de situaciones propias de la complejidad de lo real.

- » Lo anterior no implica desconocer la importancia del pensamiento teórico. Pero éste, referido a la esfera social, deberá asumir las limitaciones inherentes a su objeto que lo involucra, como parte interesada, dentro de los mutantes de la actividad humana penetrada por los intereses sectoriales y el sentido común de la época. Esta característica de lo social pone a la teoría en situación de apuesta y relativiza sus conclusiones. La teoría modifica las prácticas pero, al modificarlas, se ve incluida dentro de los cambios que propicia y la tiñen de incertidumbre junto a sus posibles efectos. Asimismo, al racionalizar las tendencias operantes en la sociedad y crear opciones, queda jugada dentro de los márgenes de su propia irracionalidad no controlada y bajo los efectos de las que corresponden al conjunto que pretende controlar. Por eso la teoría constituye una guía para la acción y no una garantía de lo que enuncia.
- » **La red** es una apuesta organizativa tendiente a gestar una cultura que se haga carne en el sentido común, interrelacionado dinámicamente con el pensamiento crítico, tras el objetivo de concentrar las energías sociales capaces de modificar las relaciones de explotación y dominio impuestas por el capitalismo. Es una tarea a largo plazo que deberá integrarse a la diversidad de la lucha y a los distintos momentos de la misma.
- **La horizontalización del poder** supone un lugar distinto para pensar las relaciones de dominio y la agresividad propia del ser humano. Cuyo extremo posible y más peligroso es la devastación del planeta y la autodestrucción de la especie. Peligro real que inspira la idea de convergencia entre la problemática ecologista y la de los movimientos de liberación social.

La horizontalización del poder no es una meta cercana. Pero su legítima reivindicación forma parte de las justas luchas que se libran para mejorar las penosas condiciones de vida de buena parte de la población mundial. Raramente las etapas y las coyunturas responden a los deseos de sus protagonistas. En general, son una imposición externa que exige el empleo de los recursos disponibles en cada momento poniendo en tensión la voluntad de cambio. Más, la capacidad de proyectar es también inherente y distintiva de nuestro género. Y en tal sentido debemos preguntarnos si la tremenda crisis actual no está removiendo los cimientos del pasado y creando nuevas condiciones para ampliar el horizonte humano.

Preguntas -Taller:

- a) La acumulación de poder, ¿es un fin en sí mismo o un instrumento?
- b) Dicha acumulación, ¿es el único medio para lograr una sociedad igualitaria y justa, opuesta a la dominación del capitalismo?

4. El poder, enemigo oculto de la liberación

“...volver a empezar el análisis, la crítica; no, por supuesto, el mero análisis de la llamada sociedad “capitalista”, sino el análisis del poderoso sistema social, estatal, que encontramos en los países socialistas y capitalistas. Esa es la crítica que hay que hacer.”

Michel Foucault, *El poder, una bestia magnífica*, pp. 64/65

Las luchas por una sociedad más justa e igualitaria son parte de la historia de los movimientos revolucionarios que lo intentaron. Una característica común en medio de la diversidad, señala al objetivo político determinante para lograrlo que fue y sigue siendo **tomar el poder**. En tanto, su destinatario principal remite al Estado.

La categoría de poder resulta de una importancia, complejidad y amplitud que exige abordarla en profundidad, máxime si se apunta a su cuestionamiento. Empecemos por un encuadramiento sencillo: tomar varias acepciones del diccionario de la Real Academia Española:

“Poder: Dominio, imperio, facultad y jurisdicción que uno tiene para mandar o ejecutar una cosa. // Suprema potestad rectora y reactiva del Estado. // Caer debajo del poder de uno. Estar sujeto a su dominio o voluntad. // Tener expeditas la facultad o potencia de hacer una cosa.”

Esta definición académica del poder tiene la ventaja que ofrecen las nociones, facilitan la captación inmediata de la idea pero en detrimento de su falta de profundidad que, obviamente, no se le puede exigir.

Si pretendemos analizar la problemática que implica esa palabra deberemos formular las preguntas adecuadas y disponernos a encarar un largo y azaroso trayecto crítico.

a) Los Macro Poderes (Ma.P.)

La primer cuestión a responder es qué significamos con el término “Macro Poder” (Ma.P.). Anticiparemos que lo empleamos en el sentido de establecer una diferenciación interna de la categoría de Poder que lo incluye.

El prefijo “macro” que empleamos alude a la naturaleza cuantitativa de este orden de poder. Señala la amplitud de lo que abarca: opera siempre sobre grandes núcleos humanos. Luego distinguimos el aspecto cualitativo: referente a su capacidad de control y mando. Y finalmente, el más complejo: su carácter estructural.

La primer propiedad no presenta mayores dificultades por tratarse de una evidencia fácilmente aprehensible. La complejidad del asunto viene de las otras dos y de las mediaciones que originan.

El aspecto cualitativo requiere un análisis específico de las condiciones y circunstancias que permiten ejercer el control y operar el mando. Esa particularidad nos inclina a volcamos al análisis del tercero que, entendemos, permite situar la problemática del poder de un modo más abarcador y determinante.

Aclaremos de entrada que el efecto lugar es esencial en un Ma.P. Se trate de la posición de un presidente, un dignatario eclesiástico o un director general de una gran empresa. El lugar no surge por generación espontánea ni es producto de una intervención personal maquiavélica. Es una condensación social funcional que tiene su correspondiente historia.

La investidura corresponde a lo estructural e implica los atributos de la figura que representa. Distinguimos **la investidura** como forma abstracta de dominio por su carácter genérico que articula y relaciona lo institucional con el cargo que incluye. Como ejemplo: la investidura de un ministro, un miembro de la Suprema Corte, un senador, etc. El valor de la distinción, si lo tiene, radica en el prestigio que le otorga el poder que lo sanciona. Es un recurso jurídico corriente la defensa de la investidura presidencial, ante cualquier cuestionamiento que dañe su reputación. En ese sentido vemos tres vallas defensivas del dominio que se escalonan de menor a mayor: la persona, luego el cargo y finalmente la investidura que lo recubre.

La investidura aparece indisolublemente unida al poder que conlleva. Asimismo, es una forma que expresa los dos niveles interrelacionados en que se manifiesta un Ma.P.: el institucional y el de los cargos.

Lo institucional resume los atributos de un Ma.P. Es una figura reconocida socialmente cuyos mandatos se imponen por convencimiento o por la fuerza de la ley. Designa el lugar de dominio, su función y atribuciones.

Los cargos expresan las jerarquías y definen los roles donde se encarna lo institucional a la vez que determinan las funciones de las personas. Allí se funde lo individual y lo colectivo. Por eso que el desprestigio de una función (hacer justicia, por ejemplo) se descarga por principio sobre el agente portador para resguardar la investidura.

Un funcionario puede imponer su sello al cargo pero queda supeditado a la institución a la que se pretende preservar de los avatares del ejercicio. De allí la vieja sentencia que dice “los hombres pasan y las instituciones quedan.”

El Estado, la gran estructura de dominación, es un producto histórico de la hegemonía de las clases dominantes que se imponen a la sociedad. Desde el control de dicha institución consolidan su

poder. De allí que la luchas políticas de diverso carácter e intensidad sean una constante a lo largo del tiempo y expresión de los contradictorios intereses que dirimen sus protagonistas.

Los organismos represivos del Estado son el reaseguro del orden establecido y, por consiguiente, la garantía última de la dominación. Cuando deben actuar en gran escala significa que, desbordado el orden institucional, están comprometidas las propias condiciones de explotación y dominio. Su función es restituir las modificando o adaptando el marco institucional.

Pero la verdadera funcionalidad de lo institucional, reflejada en la eficacia de un Ma.P., se infiere de su capacidad de concentrar y administrar consenso. Cuanto más indiscutible sea su vigencia y aceptadas sus expresiones, más estable será el ordenamiento que preside y mejor marcharán las relaciones de dominio que garantiza. Esta característica es inherente a todo Ma.P., se trate del Estado o de cualquier corporación.

El Ma.P. es como un gran molde que da cuerpo a la organización social donde se vuelcan infinidad de comportamientos individuales. En los períodos en que dichos comportamientos se adecuan al orden vigente, se da la consolidación de las hegemonías de clase.

En tiempos de turbulencia y cambio, la agitación desborda el orden existente. Son los momentos de discontinuidad y ruptura. En suma, **el Poder es ambiguo, evanescente y, por esencia, relacional.**

Las propiedades señaladas valorizan los aspectos menos visibles del Poder. Son los que originan su gran capacidad de penetración y por lo tanto, su mayor eficacia. Esa modalidad permite el control de las acciones ajenas imperceptiblemente. Se ganan voluntades y se eliminan o minimizan resistencias. Un sistema de dominación cuanto más evolucionado y estable es, menos evidente se hace. Aquí soslayamos el tratamiento de las formas de dominio manifiestas -producto de la vasta gama del ejercicio de la violencia directa- pues no ofrece mayores dificultades conceptuales y sobran las experiencias que hablan por sí solas.

De aquellas características emana la gran dificultad por aprehenderlo y penetrar en su intimidad. Durante el transcurso de la vida cotidiana pocas veces se piensa en él, pero se lo padece. Puesto que sus efectos suelen ser demoledores para la existencia de los individuos. Cuando corrientemente se lo nombra lo que en realidad se significa es su cosificación. En tal o cual organismo, en esta o en aquella persona. Al fetichizarlo, se pierde de vista su naturaleza y existencia subterránea interiorizada en los comportamientos, aún en los mismos que tuvieron la lucidez de enjuiciarlo.

Crear otro poder o un contrapoder fue la histórica consigna de los cuadros revolucionarios en pos de destruir sus dispensas. Quienes, a su vez, mientras construyeron el nuevo poder, descuidaron lo que portaba en sus entrañas. Omisión real que les costó la vida a muchos revolucionarios sometidos por otros que se reivindicaban como los únicos auténticos.

El concepto de ideología unido al de lucha ideológica dejó escapar ese antecedente crucial. Y el mismo obliga a pensar en interioridad las propuestas transformadoras y la condición humana. No como un fenómeno ahistórico, pero sí con la obligación de indagar a fondo los motivos de los “desvíos” en el socialismo. Término ambiguo por la referencia a la que alude al indicar un cambio de dirección respecto de una línea principal. Mas hoy se ha hecho evidente que las deformantes consecuencias de los imprevistos “desvíos”, constituyeron su imprevista ley.

Cómo explicárselos apelando sólo al concepto de lucha ideológica. ¿Es que la ideología burguesa resulta superior? O bien, ¿el modo de producción capitalista también lo es y pone en situación de ventaja a su ideología? Y aunque se aceptara esta interpretación interesada, si las relaciones de producción originan ideologías de clase esgrimidas como matriz explicativa y patrón de conductas excluyente, ¿por qué cuando la clase explotada se hizo del poder y cambió las relaciones de producción, no pudo imponer su ideología en interioridad y de forma duradera?

Toda visión simplista que deduzca del estancamiento económico del socialismo la raíz de su metamorfosis olvida, nada menos, dar cuenta de por qué se produjo el estancamiento. Y si se privilegia la lucha ideológica como lo determinante del “desvío”, se soslaya la cuestión del Poder, fundamental en la política, y se distorsiona cualquier interpretación histórica.

Veamos ahora el funcionamiento y niveles que operan al interior de los Ma.P. y que hacen a la dinámica de la vida en sociedad.

b) Los micro Poderes (mi.P.)

La vida en sociedad está surcada por una multiplicidad de relaciones de dominio que pasan inadvertidas en la mayoría de los casos. Por su carácter microscópico respecto del conjunto social las indicamos con el nombre de micro Poderes (mi.P.). En estos también se pueden hallar distintos niveles a lo que se debe agregar el carácter impreciso de sus fronteras. El nivel primario está referido al marco directo donde operan, por ejemplo la familia, el aula, la oficina, etc. El nivel secundario, tanto o más importante, es el que los liga a los Ma.P. como receptores y productores de comportamientos colectivos.

Ayudándonos con una figura y apelando a la fisiología, vendrían a ser como los nervios que reciben los impulsos y transmiten las sensaciones de y hacia el sistema nervioso central (o sea los Ma.P.). Sin los mi.P., las órdenes no se transmiten ni aquéllos reciben la sangre que precisan.

El ámbito en que funcionan es siempre cuantitativamente reducido. Pero su efectividad es inversamente proporcional a lo que abarca en forma directa. Porque su eficacia se basa en el efecto amplificado y de interconexión, como si fueran células que se transforman en tejido.

Ellos encarnan las relaciones de dominio a micro escala, a la vez que conforman la placenta nutriente del sistema general de poder.

Sería como una recreación, a nivel celular, de los comportamientos colectivos. Pero no se debe confundir con una diminuta réplica de éstos pues ofrecen aristas originales. Entre ellas, constituir el reservorio primario de las energías psíquicas y del deseo de los individuos.

En este nivel corresponde aplicar el concepto de Freud del componente agresivo de la psiquis humana y de su fuente energética, las pulsiones de muerte. Se introduce así un elemento nuevo a tener en cuenta en la determinación de factores que inciden en la conformación de los mi.P. Con esto solo queremos efectuar un señalamiento y dejar abierto el tema a la discusión.

c) Explotación y dominio. La regresión.

Ahora debemos distinguir la diferencia entre los conceptos de explotación y de dominio. El primero remite directamente al modo de producción material de la existencia humana en sociedad y a las relaciones de producción que engendra, a la alienación del trabajo y a la apropiación del excedente que exige la explotación de los productores; territorio magistralmente tratado por Marx y núcleo relevante de sus grandes aportes.

En cambio el dominio, en su acepción más general, significa superioridad sobre las personas. Si bien la explotación incluye necesariamente relaciones de dominio, éste no siempre supone la explotación. Verbigracia: el padre respecto de los hijos, el maestro con sus alumnos, Rasputín sobre el Zar...

Todo modo de producción se caracteriza por sus relaciones de explotación y de dominio. Es el dominio, a través del ejercicio del Poder, lo que garantiza la explotación y ésta es inimaginable sin aquél. Lo cual es un terreno insuficientemente explorado por Marx. Brillante en la consideración de las formas históricas de dominación pero inadvertido, a la vez, de sus implicancias específicas que van más allá de su maridaje con los regímenes de explotación.

Por eso presupuso que se lograría el pase a la sociedad sin clases al abolir la explotación. Lo que habilitaba la tesis sobre la extinción del Estado que no se verificó y que, en contraste con esa presuposición, mostró su independencia al enclavarse en el “socialismo realmente existente”.

El Estado socialista redujo sustantivamente la explotación al socializar los medios de producción. Pero no pudo destruir las relaciones de dominio. Y a caballo de ellas se fueron regenerando distintas formas de explotación que concluyeron desembocando en el capitalismo impudicamente asumido hoy. Y no es casual que entre los titulares de dominio, los dirigentes del partido y del Estado, se constituyera esta nueva burguesía que emergió públicamente luego de un subrepticio y largo período de gestación y tras un sordo proceso de recomposición socio-económica.

Es indiscutible que el capitalismo es una máquina altamente perfeccionada para la explotación y por lo mismo, eficientísima desde el punto de vista de enmascarar las relaciones de dominio. No importa que resulten evidentes para quienes asimilaron los beneficios de su giro copernicano y lograron el necesario consenso social para generar la regresión. Lo más destacado, quizá, consista en su capacidad de operar de un modo invisible.

Al respecto, pensemos qué implica **el concepto de orden**. En ese molde se mezcla la necesaria articulación y organización de la actividad humana junto a relaciones de dominio que aparecen como su única garantía. A su vez, produce una instintiva adhesión por lo que tienen de común respecto de los hábitos individuales. En general su contrafigura, el desorden, crea sentimientos de inseguridad y por lo tanto de resistencia. Por eso cuando se ataca el orden establecido subyace una fuente regeneradora oculta.

¿Cómo se ancla la ideología burguesa en el proletariado? ¿Es sólo producto de la ignorancia frente al dominio cultural de la burguesía? ¿Alcanza para sostener un espejismo que burla las condiciones materiales de existencia del explotado?

Esto no se compadece con las experiencias que debieran emanar de los procesos socialistas. Pues, en la etapa revolucionaria existió un develamiento cultural, saber socializado sobre la naturaleza de la explotación. En esa instancia el discurso dominante ya no era el de la ideología burguesa, al menos de acuerdo a sus típicas características. Sin embargo, ¿cómo y por qué sobrevivió?

Si es por la supervivencia de formas productivas capitalistas y sus hábitos “contagiosos”, éstos no podrían contrarrestar el peso de las nuevas formas que abarcaron a la mayoría de la población y en especial a los obreros que pudieron percibir, junto a su calidad de productores, su condición de no explotados.

Si es por inercia cultural, a qué papel secundario quedó relegada la “conciencia” cuando el proceso revolucionario significó una “toma de conciencia” colectiva. Y si ésta es reversible, como ha quedado demostrado en los hechos, por qué la “cultura proletaria” no caló en los propios interesados o ni siquiera llegó a constituirse. Ya es hora de abandonar el mito de las deformaciones y también el de la “socialización de la miseria” con su maniqueísmo incluido.

Entendemos que la línea a investigar pasa por comprender que las revoluciones socialistas modificaron de manera sustantiva las relaciones de explotación pero mantuvieron intangibles, en esencia, las relaciones de dominio. Éstas fueron la matriz donde anidaron y fecundaron los gérmenes sobrevivientes de la explotación, independientemente de la voluntad y vocación libertaria de los grandes revolucionarios de nuestro tiempo. Fenómeno del que no fueron conscientes, para utilizar su misma expresión. Subestimaron o sencillamente ignoraron la trascendencia y eficacia de las relaciones de dominio incorporadas a la existencia individual, las que alimentadas por los factores inconscientes influyen en los comportamientos colectivos y brindan el terreno fértil para la propagación del dominio ideológico que, a su vez, asegura el efecto.

Pensamos que el divorcio entre las condiciones señaladas explica la hibridez de la experiencia socialista también alcanza a su

modelo: el de la primera fase. Sostenemos que a nivel teórico esto se expresó en la contradictoria brillantez del análisis de los modos de producción y sus relaciones de explotación frente a las dificultades para plantear la problemática y las respuestas a la naturaleza de la dominación. Léase la extinción del Estado, el papel del partido y las vanguardias con relación a las masas y la dictadura del proletariado.

Para crear un orden nuevo se recurrió a fórmulas prestadas con una cobertura clasista que no soportó las experiencias reales. El recurso de la representatividad como vínculo orgánico entre lo individual y lo colectivo, la apelación a la democracia más amplia como fundamento de la dictadura, fueron nociones que adquirieron prestigio al calor del titulado pensamiento dialéctico con su manifiesto sesgo omni-explicativo. No obstante, la absolutización de la dialéctica terminó anclada en el término de la regresión.

El individualismo es la “filosofía burguesa” por excelencia, su connatural ideología. Se mueve como pez en el agua de los impulsos personales con su gran espejo narcisista hechos a la medida de la imposición de dominio. Contra esto, un colectivismo solidario desprevenido y amparado en una visión idealista que no percibió las raíces del emparentado dominio que incluía, empezó a padecer el contrabando interno que fue socavando los grandes objetivos humanitarios anti-explotadores propugnados.

Cómo explicarse, sino, el paulatino y luego abrupto divorcio entre las conducciones y las masas. Fenómeno que tampoco pudo eludir la Revolución China, que levantó la bandera de la línea de las masas y la política y la ideología al mando, para terminar incurriendo en la misma falta: dio por presupuesta su condición clasista con auto extendida carta de inmunidad que luego en la práctica fue desvirtuada. Y ya en la propia consigna se insinuaba el síntoma de la enfermedad latente. Mando es inescindible del dominio que alude.

La importancia del conflicto colectivo al poner en tensión todos los factores de poder, impidió ver lo oculto en dicho conflicto que

lo trasciende. De ahí la tácita confusión entre las condiciones de explotación y de dominio cuya articulación subrepticia se expresa en la concepción sobre el Poder. La que, a su vez, es la usina generadora de la política que hasta hoy y despojada de sus máscaras, significó la acción deliberada de los hombres y de las clases para imponer la dominación. Y parafraseando a Marx, podríamos decir que los revolucionarios no lo sabían pero lo hicieron...

La pregunta acerca de cómo encaminarse hacia una sociedad sin clases prescindiendo del Estado, queda condicionada entonces por una cuestión previa: **¿es posible concebir un Poder que excluya las relaciones de dominio?** Si nos dejáramos llevar por los resultados obtenidos hasta ahora, deberíamos negarlo sin necesidad de mayores explicaciones. Empero, aún a riesgo de caer en lo especulativo, debemos profundizar esa cuestión para intentar resolver los obstáculos señalados. Luego, procuremos clarificar la relación poder-dominación con vistas a superar ese vínculo tradicional que, en los hechos, ha frustrado los procesos emancipatorios.

Preguntas - Taller:

- a) Para un proceso de liberación, tomar el poder del Estado, ¿resulta un boomerang?
- b) ¿Qué diferencias existen entre la explotación y la dominación y qué vínculos tienen?

5. La Sociedad Civil

“¡Y sin embargo, para pensar, en primer lugar habría tantas cosas que desaprender!”

“Es preciso comenzar todo de nuevo; no puede fundarse nada sobre los recuerdos de la víspera.”

Gastón Bachelard

“...estos nuevos contenidos de los NMS (Nuevos Movimientos Sociales) tienen una raíz común en ciertos valores que no son de ninguna manera nuevos en sí mismos, aunque cobran un énfasis y una urgencia nuevos en el contexto de los NMS. Los más preeminentes de dichos valores son la autonomía y la identidad, con sus correlatos organizativos tales como la descentralización, el autogobierno y la democracia radical o de base (en oposición a la manipulación, la jerarquía, el control, la dependencia, la burocratización, el centralismo, etc.).”

Jorge Riechman

Pensar en términos de sociedad civil para analizar las contradicciones y conflictos que se desarrollan en una sociedad, abre un curso poco frecuentado por las concepciones de raigambre marxista.

Obviamente no nos referimos a la concepción dominante que toma al Estado como representante de la sociedad en su conjunto y a la sociedad civil como el lugar donde las diferencias son producto de las iniciativas individuales que premian o castigan el ejercicio

de la igualdad de derechos y oportunidades. De donde las grandes inequidades e injusticias son responsabilidad de todos y los beneficios patrimonio de unos pocos. La falsa unidad enmascara el poder que la legitima como discurso pero que la viola en el ejercicio de sus privilegios.

Proponer a la sociedad civil como referente político implica una visión menos compartimentada de la sociedad de la que se desprende del modelo clasista tradicional. Es otra manera de ver lo político y lo social. Marca un distanciamiento entre “la sociedad política” (partidos, gobierno, Estado) y las diversas expresiones de la vida social. E implícitamente incita a reflexionar sobre el poder de un modo diferente al consagrado por las experiencias revolucionarias contemporáneas. Adoptar uno u otro punto de vista se liga a cómo se conciben las luchas políticas. Y tanto uno como otro remiten a perspectivas distintas, dignas de ser evaluadas.

Cuando se habla de la sociedad civil, en general se alude a las relaciones sociales de carácter no gubernamental. Vale decir, se contraponen la sociedad al poder político que es, en cierta manera, una forma de situarlo afuera. Paralelamente, se interpreta a los conflictos como un enfrentamiento entre los intereses de la sociedad y el poder que la subyuga. Tal orientación tiende a destacar a los movimientos sociales como los nuevos protagonistas de los cambios.

Este enfoque pone en discusión el papel de las clases como lo determinante de la dinámica social y eje de los conflictos. Y, correlativamente, se minimiza el rol de los partidos como agentes de transformación y principales referentes de las luchas reivindicativas. Se instaura así una nueva problemática del poder que origina diversos interrogantes acerca de los protagonistas y las modalidades de la transformación.

Al contrario, quienes ven en los partidos a los motores del cambio y como la máxima expresión de la lucha de clases, consideran la toma del poder como el único medio para producir cambios sustantivos, vale decir, para que el control del Estado sea asumido por

las clases desposeídas como paso previo a su extinción. Y valoran a los movimientos sociales como expresiones populares incapaces, por sí solos, de prosperar políticamente. Esta concepción tradicional cuenta con respuestas que se apoyan en la experiencia vivida pero esa misma experiencia traslada los interrogantes a las garantías para que el cambio de manos sea real y no una manifestación distinta de viejos privilegios.

Sobre la base de esta interpretación opinamos que el fondo del asunto no pasa por la discusión del encuadre sociológico de las manifestaciones opositoras sino de dilucidar con qué concepción se encara el poder y se piensa la política para producir cambios sustantivos en la sociedad.

Según nuestro entender, la sociedad civil debería tomarse como una figura que engloba los conflictos de clase excediéndolos. Y ese exceso vinculado a la problemática del poder es un obstáculo, insalvable hasta hoy, con el que han tropezado todos los procesos emancipatorios a pesar de sus logros. La lucha entre los distintos actores por sus intereses materiales queda sobredeterminada por la cuestión del poder, donde éste no constituye un ente exterior sino que es intrínseco de la sociedad y se manifiesta en un doble plano: en un sentido fuerte, el que emerge de la institucionalidad dominante reglada por el discurso hegemónico y de una manera velada, el que brota del interior mismo de las gestiones que aspiran a la emancipación. De ese modo los antagonismos de clase aparecen mediados por una tradición histórica que incluye a las relaciones de dominio como si se tratara de un fenómeno de la naturaleza humana. En mayor o menor medida todos sentimos el peso de esa cultura atávica como una imposibilidad de convivencia si no hay alguien que imponga orden. Y ese “alguien” es inexorablemente la figura del poder.

Entonces, lo que estamos debatiendo no es el grado de operatividad de las distintas formas organizativas, ni la pertinencia de los objetivos de las acciones, ni la validez de los variados intentos por

establecer relaciones más justas e igualitarias. Estamos tratando de responder a una pregunta que resume y desborda lo anterior. **Por qué luego de la multiplicidad de luchas y sacrificios que involucraron a tantas generaciones se ha fortalecido un sistema tan injusto y depredador como el capitalista.**

Así, la polémica acerca del papel que deben cumplir los movimientos sociales y los partidos en la lucha política, cobra sentido si se referencian a la problemática del poder en el interior de las organizaciones revolucionarias. En suma, remite a la pregunta de cómo responden esas formas organizativas a las relaciones de dominio que fundamentan el poder.

Esa cuestión se ha mostrado mucho más compleja de la que brota de las relaciones de explotación. Éstas han resultado más visibles y evaluables. La distribución desigual de la riqueza y la apropiación privada de los medios de producción no ofrecen mayores dudas, al menos después de Marx. Tampoco las atribuciones de quienes dirigen y las formas en que éstas se manifiestan. Aunque, cuanto mayor es el desarrollo capitalista aumentan las dificultades para apreciarlas en directa proporción a la intrincada red de poder que se fue creando.

Pensamos que manejarse en términos de sociedad civil significa ubicar en situación de paridad a los distintos actores. Por lo tanto, la oposición a los grupos hegemónicos no exige privilegiar tal o cual sector sino que es mucho más abarcativa y también más difusa. Asimismo, cuestiona la idea de la representación de clase y la auto atribución de pensar en su nombre.

El enfrentamiento entre las clases y el modo como se lo entendió y se llevó a la práctica, produjo resultados importantes durante un vasto período. Pero ahora si se pretende, con la misma concepción, establecer quiénes son los principales explotados del régimen y ponderar su fuerza social en potencia para poder realizarla políticamente, surgen las paradojas de nuestro tiempo. Tratemos de resumirlas.

De acuerdo al punto de vista clásico quien ocupa ese lugar es la clase obrera, de allí el rol principal que se le asignó en las luchas revolucionarias. Sin embargo, hoy emergen contradicciones que oscurecen su importancia. Consideremos las que nos parecen más relevantes.

- a) La clase obrera se ha debilitado notoriamente en relación a su proverbial antagonista, la burguesía. b) Los vínculos que cohesionaban a la clase dentro y fuera de la fábrica también se debilitaron. c) La solidaridad internacional se ha desvanecido junto al campo socialista a lo que se suma la presión que imponen los movimientos de capital creando condiciones de competencia entre los asalariados que empalidecen las de su protohistoria. d) El proletariado dejó de ser la principal víctima del sistema, categoría que hoy ocupan cientos de millones de personas marginadas del circuito productivo y con pocas oportunidades de retorno [esto no se ajusta al viejo concepto de lumpen proletariado]. e) Declinación de los sindicatos en las luchas reivindicativas e inadecuación frente a los requerimientos de las nuevas formas de organización productiva. f) Pérdida de identidad de los partidos políticos que tradicionalmente representaron al movimiento obrero.

Quienes persisten en el enfoque clasista convencional consideran a las circunstancias actuales como un problema coyuntural donde la hegemonía manifiesta de la gran burguesía representa un momento de la lucha de clases. Se trataría entonces de redefinir las características del enfrentamiento para hallar los caminos que reviertan la situación. De ese modo queda en pie el modelo tradicional que sólo debe adaptarse a los cambios contingentes.

Pero si se piensa, como pensamos, que dichos cambios involucren al modelo mismo que definió nuestra práctica, se produce un corrimiento que fuerza a situarse en otro lugar. O sea, ya no resulta

convinciente pensar que la liberación de la clase obrera es la antesala de la liberación de la sociedad y la garantía de que ésta se produzca. La resolución de la contradicción burguesía-proletariado está mediada por componentes que exceden a tal polarización. Y estos se desenvuelven al interior de los protagonistas y de los conflictos abarcando al conjunto heterogéneo de la sociedad. Diríamos que no hay liberación de uno en nombre de todos sino de todos en nombre de cada uno.

Esta nueva mirada involucra también a otra figura tradicional: el sujeto de cambio. Si el proletariado no se ha constituido en el sujeto histórico que preveía el marxismo, por extensión queda cuestionado el concepto mismo de sujeto social. Esto no implica desterrar los factores subjetivos en aras de un estructuralismo mecanicista. Supone reformularse los términos en que fue imaginado el carácter de sujeto social y se corresponde con otra visión del modo en que se verifican las contradicciones de la sociedad.

Lo anterior no significa ignorar los antagonismos ni borrar la existencia de beneficiarios y víctimas de este orden de inequidad generalizado. Cada situación injusta reconoce distintos responsables y comportamientos. También exige respuestas y el compromiso de quienes luchan contra ellas y que, por lo tanto, se erigen en sujetos de cambio en los lugares donde actúan. Asumir la pluralidad de situaciones y de protagonistas está en correspondencia con abandonar la imagen de un sujeto social privilegiado de cuyo destino dependen los demás. Imagen reforzada por el sujeto del sujeto: el partido y su vanguardia. Y también significa revalorizar el rol de las personas respecto de la importancia atribuida a su extracción de clase. Naturalmente ésta incide como incide el entorno familiar y cultural donde se desenvuelve cada uno. Existe un marco condicionante y no un determinismo mecanicista. Y esto también es válido para las clases sociales a pesar de los criterios que definían su capacidad revolucionaria en función de la conciencia alcanzada. Verdad a medias que desconocía el reverso de la trama, los factores

inconscientes y la ambición de poder que “humaniza” a los miembros de la clase y los confronta al ideal imaginario.

El techo al que hemos llegado está determinado por la vigencia actual del régimen capitalista. Ya no se trata simplemente de verlo como a un enemigo de la humanidad sino que es el modelo universal al que se referencia la humanidad hoy. Pero la humanidad no es un todo cohesionado sino un complejísimo mosaico de situaciones con una similar diversidad de lugares y desequilibrios. La sumatoria de desigualdades y conflictos atraviesan al sistema que sintetiza la coherencia de lo incoherente. La globalidad que propone y realiza es la unidad de la fragmentación que orbita alrededor del gran capital. Y nadie sabe cuánto combustible alberga el núcleo de su estrella.

El desarrollo del capitalismo ha ensanchado los espacios intermedios a la vez que tiende a aumentar el número de marginados. Éstos son excluidos del sistema a quienes no les asigna ninguna función útil dentro del circuito del capital. Segregados económica y culturalmente constituyen un peligro diseminado en el interior de esta sociedad de la riqueza selectiva.

Hoy, la diferenciación más característica y nítida del régimen surge de la distancia existente entre los sectores capitalistas hegemónicos -los representantes del capital concentrado bajo cualquiera de sus formas- y el resto de la sociedad. En cambio, la complejidad mayor proviene de quienes se desenvuelven en el ámbito de lo que mencionamos como espacios intermedios. Se diría que los comportamientos paradigmáticos de clase se manifiestan claramente en el polo hegemónico, a pesar de sus diferencias sectoriales. Mientras que en el resto, la variedad de estratos sociales y de interconexiones controladas por el discurso dominante desdibujan el perfil de las conductas clasistas tradicionales.

Tal fenómeno tiene que ver con el proceso de acumulación que genera el crecimiento del área de servicios -la tercerización de la economía- y la pérdida de importancia de la especialización en la

producción fabril que va unida a la polivalencia de funciones y a la tendencia a sustituir el trabajo manual por el intelectual plasmado en el avance de la automatización. También la desocupación y la precarización laboral agrede política y sindicalmente a los asalariados en tanto que la rotación de funciones y de oficios debilita su fuerza organizativa. Asimismo, la creciente desprotección social y la “privatización” del Estado como resultado de la ofensiva del gran capital internacional, tiende a igualar situaciones por abajo afectando al conjunto de la sociedad a pesar de las diferencias sectoriales.

Y por este otro camino volvemos a encontrarnos con la figura de la sociedad civil. Se han desarrollado los vasos comunicantes que vinculan la suerte de múltiples segmentos de la población en la misma proporción en que aumenta la concentración de la riqueza de una minoría que acrecienta su poder a la par que reduce su número. Y el límite a este persistente proceso sólo puede surgir de las entrañas de la sociedad civil. Cuando decimos esto estamos pensando en la esclerosis del sistema político que acompaña, en lo fundamental, a este fenómeno hegemónico. Se ha devorado a las formas tradicionales de oposición política en cualquiera de sus extremos.

El pasaje de posturas críticas a posiciones de gobierno suele mostrarse como un viaje sin retorno: termina, encubierta o manifiestamente, asimilándose a los intereses del establishment. Se puede decir que los variados niveles de complicidad que alberga el “negocio” político se han impuesto socialmente aunque bajo protesta. Protesta que se traduce en un malestar y escepticismo colectivos que todavía no halla formas de expresión que signifiquen cambios profundos.

Y este reconocimiento es tanto una conclusión como un disparador de interrogantes. Si abandonamos las muletas de la clase redentora con sus profetas, los partidos y sus líderes, nos encontramos frente al espacio abierto de la sociedad civil. Pero este espacio

abierto hoy tiene dueño: la gran burguesía internacional y la nativa a ella asociada. Sus dictados se propalan a través de los medios entre los que se destaca la televisión que es el más penetrante de todos. Mas, la ficcionalización de la política y el reinado de la imagen tropieza con un escollo: la experiencia vivida que no es una realidad virtual. Y es la que se desarrolla en el espacio múltiple de la sociedad civil. Espacio enajenable como lo muestra el consenso que obtiene el régimen. Pero esa enajenación está tensionada por su forzamiento sistemático de la realidad. En una época que exalta lo discursivo por sobre los hechos, éstos se reintroducen tercamente en virtud de la multiplicidad de situaciones que problematizan los discursos falaces.

El destino de millones de personas decidido por control remoto en las oficinas de los ejecutivos del FMI se plasma en dolorosas cuotas de sufrimiento humano. Las agobiantes decisiones de los burócratas encuentran múltiples resistencias en el seno de la sociedad civil de parte de quienes la sufren y de sus variadas expresiones políticas. Y si bien se da la interminable serie de situaciones controladas y digeridas hoy por los poderes hegemónicos, surgen reiteradas marcas insumisas de un futuro impredecible.

Preguntas - Taller:

- a) La amplitud y diversidad de la sociedad civil, ¿puede constituirse en el ámbito principal de la lucha política?
- b) ¿Cuáles serían las características de los protagonismos a desarrollarse?

6. Cultura: un concepto polémico

Este artículo parte de las ideas que expuso Susan Wright en su trabajo “La politización de la ‘cultura’” que está en sintonía con nuestro pensamiento.

El núcleo central del pensamiento de Susan Wright acerca del concepto de cultura, se puede sintetizar en estos párrafos que transcribimos: “He distinguido dos conjuntos de ideas acerca de la cultura en la antropología: un conjunto de ideas más viejo, que equipara a ‘una cultura’ con ‘un pueblo’, que puede ser delineado con un límite y una lista de rasgos característicos; y nuevos significados de ‘cultura’, no como una ‘cosa’, sino **como un proceso político de lucha por el poder para definir conceptos clave, incluyendo el concepto mismo de cultura.**” (remarcado nuestro) Acorde con ello, en otro pasaje señala la “dimensión política de la construcción de significado”.

La comparación que hace entre las viejas y nuevas ideas de cultura ofrece aristas más que interesantes. En primer lugar, problematiza el concepto de cultura como rasgos exclusivos pertenecientes a un pueblo. Esa exclusividad, que nunca se ha dado en la historia, según explica en su trabajo, deriva en una visión que asocia la cultura con el patrimonio de cada pueblo que lo diferencia de los demás. Lo cual oscurece la influencia de otras culturas que inciden en la conformación real de la cultura de un pueblo que así aparece cristalizada como una esencia propia. Al respecto afirma: “...las identidades culturales

no son inherentes, definidas o estáticas: son dinámicas, fluidas, y construidas situacionalmente, en lugares y tiempos particulares.”

Inferimos entonces que la concepción criticada tiende a una cosificación que prescinde de influencias “externas” y dificulta la comprensión de los factores dinámicos de cambio al fijar la identidad cultural de un pueblo. Esta absolutización adquiere resonancias políticas toda vez que favorece la fundamentación de oposiciones. Y no es que no se puedan diferenciar ciertos rasgos propios, en movimiento según los tiempos y contextos históricos, sino que el enfoque unilateral da pie a su empleo como razón de Estado y brinda sustento a las políticas discriminatorias, hoy tan en boga.

En segundo lugar, lo anterior acrece su importancia al destacar el papel que cumple la construcción de significados en las luchas por el poder. Ergo, se desmitifica el concepto “académico” de cultura y aparece implicado en los intereses que responden a las disputas entre los distintos protagonistas que luchan por establecer su hegemonía. Wright, coherente con esta tesitura, concluye su ensayo con una sugerencia para su propio campo, el de los antropólogos, cuando propone “intervenir más efectivamente nosotros mismos en la politización de la ‘cultura’.”

Política y cultura

Tomando un ejemplo sustantivo del empleo político del concepto de cultura, recordemos que a lo largo del siglo XX el campo capitalista contrapuso la cultura “occidental y cristiana” a la “nueva” cultura proletaria planteada por el comunismo. Ese fue un eje gravitante en la construcción del imaginario social que produjeron ambos antagonistas. Pero aquella concepción no resultó unívoca dentro del campo capitalista.

En él se desplegaron dos visiones dominantes opuestas aunque apoyadas en la matriz común del individualismo en oposición al colectivismo postulado por el ideario comunista. Mientras que las

llamadas democracias levantaban la bandera de la civilización occidental y cristiana, el nazi-fascismo exaltaba a la raza aria y la erigía en modelo cultural-político de la humanidad naturalizando su superioridad con todas las consecuencias conocidas.

Al carácter político del concepto de cultura que denota este ejemplo conviene añadirle su aspecto dinámico. Luego del fin de la Segunda Guerra Mundial que dirimió la supremacía entre ambos contendientes del régimen capitalista, los vencidos terminaron incorporados al paradigma “democrático” con todo su acervo cultural incluido. Lo que tampoco borró totalmente las resonancias cultural-políticas del nazi-fascismo que no sólo se da en los países derrotados sino que también asume formas afines dentro del bando vencedor, por más que sus expresiones sufran transformaciones y resulten minoritarias.

Y si observamos al campo socialista antes de su implosión, podemos rastrear fenómenos parecidos. El imaginario nacional, creación del capitalismo en el siglo XVIII, entraba en colisión con el planteo del “internacionalismo proletario”. Y esta contradicción no sólo se explica porque todas las revoluciones socialistas se dieron en el ámbito nacional, sino porque siempre sobrevivió aquella presencia en el registro cultural como un sonido de fondo que muchas veces adquirió un fuerte volumen. Vale recordar, a título ilustrativo, las invocaciones a “la gran patria rusa” tan exaltada en el film “Alejandro Nevski” de Einsestein. Ni qué decir de la resurrección del virulento nacionalismo que se produjo después de la extinción de la Unión Soviética.

Estos ejemplos dan fe de la importancia de la lucha política en la cultura que frecuentemente se disimula bajo un barniz “académico”. Del mismo modo hoy se exalta la “**globalización**” encubriendo los intereses político-económicos que se traducen culturalmente en una **cosmovisión globalista**. Ésta asume el desarrollo tecnológico y lo asocia a una ineludible “cultura”, irradiada desde los centros de poder mundial, que exhibe la tecnología despojada de la carga política que conlleva.

Así se opera sobre el sentido común cuando se compara el “no estar actualizado” a un simbólico “no existir”. Como nadie puede negar la relevancia de la ciencia y la tecnología actual y éstas han sido apropiadas fundamentalmente por el gran capital, la relación entre aquéllas y éste se oculta tras la figura de la globalización que se muestra como condición del “progreso” individual y colectivo.

El “no existir” es un fantasma cultural que desmerece socialmente y que se aviene muy bien a un régimen como el capitalista. Es que la tecnología aplicada a la producción ha potenciado la explotación y la dominación y hoy constituye un factor clave del sistema. Justamente por eso adquiere máxima relevancia y emerge como rasero y patrón de comportamientos sociales. Pero su control y usufructo se ancla en sectores francamente minoritarios que definen la orientación política en el planeta e inciden en la vida y destino de sus poblaciones. Claro está que esto genera fuertes y múltiples resistencias que se manifiestan en luchas de todo tipo.

Estas luchas se inscriben dentro de marcos cultural-políticos de distinto signo que cuentan con sus correspondientes historias. De allí que la construcción política de conceptos como el de cultura tenga tanta importancia. Su dinámica está vinculada a las disputas por la hegemonía y en tal sentido el globalismo hoy pugna por arrasar a toda cultura que pueda significar oposición a los intereses del gran capital mundial.

Sin embargo, ni aún el mismo globalismo ofrece un registro cultural unívoco. Dentro de la comunidad de intereses que lo impulsan se presentan diferencias que responden a las disputas de los propios sectores hegemónicos. Un ejemplo de la complejidad de las luchas cultural-políticas se da en la formación de la Comunidad Europea cuya unificación político-económica, además de conciliar los intereses en juego, debe asimilar las diferentes historias nacionales y culturales. Un caso de contradicciones no superadas es el Brexit, el divorcio de Inglaterra y la Comunidad.

Existen arraigos culturales fuertes como los de las religiones y las tradiciones nacionales, pero no son los únicos ni tienen la misma incidencia en los distintos países y ni siquiera al interior de ellos mismos. Sin embargo, se puede decir que constituyen referentes culturales de mucha importancia. Tal es el caso del “tercer mundo” donde las tradiciones nacionales funcionan como defensas y por lo mismo, representan un campo en el que el globalismo libra duras batallas para desvalorizar, suprimir o fagocitar sus tradiciones.

En ese sentido el aspecto medular de las ideas que expone Susan Wright está en sintonía con nuestras aspiraciones en pro de la formación de nuevas subjetividades. Pensamos que la lucha política irá gestando condiciones favorables a la creación de culturas políticas emancipatorias que, según sus distintas particularidades, se irán desarrollando.

La temporalidad que vivimos con la difusión y la vertiginosidad interactiva de los fenómenos que se suceden es un signo característico de esta época. Los innumerables y más disímiles hechos cuyas noticias nos invaden a diario, desfilan en medio de una multiplicidad de sesgos culturales que se entrecruzan y confieren su particular sentido a los mismos según sean sus intérpretes. Dentro de este complejo escenario se destaca la gravitante universalidad del capitalismo como orden social.

Es el terreno donde emerge la cultura política hegemónica, cambiante en muchos aspectos pero que conserva rasgos esenciales que se incorporan al imaginario colectivo. Como ser, individualismo recalcitrante, competitividad indiferente a la solidaridad, valoración humana según “tanto tienes, tanto vales”, etc. Desbloquear el “fatalismo” de esa hegemonía exige impulsar luchas culturales y políticas que, sin prisa y sin pausa, vayan modificando la situación presente.

La valoración de la desbordante fenomenalidad en que estamos inmersos, no sólo requiere definir el lugar de interpretación sino

que también exige establecer cuál es el criterio de selección empleado. Específicamente nos interesa aquello que se vincula con la formación de **culturas políticas emancipatorias**. Y a éstas las entendemos como procesos contradictorios de largo alcance, que deberán enraizarse y desarrollarse en lo micro como producto de tareas colectivas capaces de crear, a través de su praxis, nuevos conceptos y comportamientos sociales y políticos.

Sobre culturas políticas emancipatorias

Asumir ese enfoque conlleva **la paradoja que supone la constitución de un poder emancipatorio que al mismo tiempo resulte su negación**.

Antes de reflexionar en torno a esta paradoja que nos incumbe, trataremos de indagar más acerca de lo que se desprende de las concepciones del poder más o menos tradicionales. Y con ese fin, apelaremos ahora al desarrollo del concepto de cultura ligado a la dura matriz del poder, esencial en toda definición política.

Coincidiendo con el enfoque de Susan Wright, pensamos que “los nuevos significados de cultura” se relacionan con “un proceso político de lucha por el poder”. Es que la gravitación de la cultura en la conformación de las subjetividades y del imaginario social es sustantiva. El estrecho vínculo entre poder y cultura no sólo problematiza la idea tradicional de cultura sino que la inscribe en una dinámica muy poco favorable a las absolutizaciones. Ergo, contribuye a oponerse a la fetichización del poder que se sustenta en una óptica del tipo de “que siempre ha sido así” o de que es algo constitutivo de la naturaleza humana, lo que viene a significar lo mismo.

Entonces, el primer paso que habilita rebeldías es reconocer que estamos condicionados por una tradición cultural-histórica, recrudescida en la actualidad, donde se considera al poder una necesidad ineludible de las relaciones humanas y por lo tanto se acepta como un lazo social inmodificable.

En cambio si apreciamos el poder desde la problemática de la emancipación, atentos a su añeja historia de luchas y frustraciones pero sin atarnos a ella, se suceden las preguntas que serían in formulables si el problema resultara un asunto cerrado por el absoluto del poder.

Si encaramos ese dilema y nos planteamos la necesidad de que se gesten culturas políticas que cuestionen el cerco establecido alrededor de la emancipación, cerco cultural, político y existencial, se instauro otro campo de posibilidad. Campo en el que resulta imprescindible adentrarse si es que se intentan crear vías alternativas.

Ahora haremos una abstracción provisoria: dejar en suspenso el gran poder actual del capitalismo y fijar la atención en las contradicciones internas del campo emancipatorio en tanto aspira a terminar con la opresión.

Con ese propósito, retomamos el concepto de cultura política como modeladora de comportamientos sociales lo que nos remite al largo plazo, tiempo propio de procesos de esta índole. Pero como se trata de una abstracción operativa, debemos aplicarla al presente que es “donde se hace camino al andar”.

La cultura política emana de las luchas por el poder y sus significaciones están asociadas a la praxis de los protagonistas de los enfrentamientos. Luego, debemos preguntarnos qué tipo de protagonismos albergan nuevas “simientes” referidas a la emancipación. Desde este punto de vista tendríamos que preguntar, a la vez, qué se entiende por dichas “simientes”.

Como el poder y las relaciones de dominio no son un absoluto de las relaciones humanas, podemos apuntar a la constitución de otro tipo de relaciones. O sea, **instalar la idea e impulsar en la práctica el desarrollo de relaciones internas de no poder, de solidaridad, apoyo mutuo e intercambiabilidad de roles.** Vale decir, renunciar a la concentración de poder dentro del propio campo sin que eso signifique perder efectividad en la lucha política contra la opresión y la explotación, que es la cuestión a resolver. Esa

opción, al margen de los grandes interrogantes que la acompañan, promueve otro tipo de relaciones que hace recaer en el colectivo la capacidad de dirigir, de mantener y de acrecentar su fuerza para enfrentar al poder dominante.

Esto parece inalcanzable desde el registro de la cultura en que estamos inmersos pero en términos racionales no existe impedimento alguno que desdiga la posibilidad de su realización. Depende fundamentalmente de la lucha político-cultural que se esté dispuesto a librar como requisito inicial de un trayecto azaroso y sin garantías finalistas. Asimismo, esto supone la construcción de colectivos de nuevo tipo.

Para transitar por este camino es imprescindible correrse de la lógica de la dominación que dictamina: “siempre habrá quien mande y quien obedezca”. Nuestra existencia cotidiana da fe de la vigencia de ese axioma firmemente arraigado en la tradición histórica, pero no hay rebelión posible si no se parte de cuestionar los principales fundamentos que sostienen a todo orden basado en la opresión y la explotación y cuya expresión más perfeccionada es la capitalista.

Enfocando ahora la situación presente, tenemos que determinar las principales figuras simbólicas de la cultura política imperante. Por su gravitación y dado el sentido que les confiere el imaginario hegemónico, descuella la democracia.

La democracia, la globalización y lo nacional

La **democracia** genera múltiples interpretaciones y sentimientos ambivalentes. Considerada desde los poderes dominantes, hoy constituye un pilar en el que se apoyan instrumentándola. Capitalizan el prestigio de su figura al igual que sus antecedentes milenarios. Pero a poco de profundizar la cuestión, surge el contraste entre la realidad y la ficción. Y esa contradicción alcanza mayor relieve al valorar sus efectos en el campo popular y en especial si nos ceñimos a la situación de Latinoamérica.

En nuestra región la democracia fue vivenciada como una solución frente a los sangrientos episodios que dejaron los reiterados golpes y dictaduras que asolaron a nuestros países. Al principio se afianzó su prestigio confrontada a la violencia ejercida sobre nuestros pueblos para imponer la hegemonía de las minorías cómplices de la potencia rectora de la política continental, los EE.UU. Ese largo período de sometimiento con sus vivencias frescas aún, explica su amplia aceptación desde comienzos de los ochenta pero luego, y en general al servir a los mismos intereses que auspiciaron las anteriores dictaduras, fue paulatinamente desacreditándose.

No obstante, a principios de siglo e imprevistamente, surgieron en Sudamérica varios gobiernos populares que abrieron una fisura en la hegemonía neoliberal. Fenómeno que se dio en nuestro país, en Brasil, Venezuela, Bolivia y Ecuador, aunque a posteriori se viva todo lo contrario (salvo en Bolivia y en la agredida Venezuela). Vale decir, el feroz resurgimiento de la derecha al calor de los golpes blandos y/o elecciones disfrazadas por la posverdad y potenciada por el poder mediático dominante.

Así se ponen en evidencia las contradicciones y limitaciones de la democracia “realmente existente”. Éstas remiten a los alcances de su significación política que fuerzan a reflexionar acerca de la **democracia representativa**. Es que la misma bajo la hegemonía de los grupos que responden a los intereses del capital concentrado interno e internacional, exhibe la fuerza de las corporaciones que imponen sus intereses expresados políticamente por sus gobiernos afines. De allí que **la representación**, vía electoral, resulta una pantalla de la no representación de los intereses reales de las mayorías populares que sufren las crisis económico-sociales engendradas por la derecha.

Atentos ahora a los sectores en pugna con sus matices internos, se contraponen dos concepciones cultural-políticas: **la globalista**, a la que ya nos referimos, y la que adhiere a **la tradición nacional**. Se oponen al tiempo que conviven pues comparten el mismo

régimen social: el capitalista. La primera, responde a los intereses del gran capital financiero, de las transnacionales y de los grupos económicos locales. La segunda, expresa a sectores capitalistas de menor peso y más ligados al mercado interno, que reivindican al Estado nacional que es su base de apoyo. Esta caracterización, aunque resulte una simplificación, no debe atribuirse a un reduccionismo economicista sino que enfoca la esfera donde el capitalismo ejerce su predominio y que constituye el suelo común de ambas construcciones a pesar de sus divergencias.

El globalismo no reniega formalmente de la tradición nacional de los países en los que opera, sino que la adapta a un mensaje transcultural que la transfigura y cuya versión “internacionalizada” se difunde con los recursos mediáticos que en lo fundamental controla. Su objetivo principal consiste en bloquear toda idea que se relacione con la gestación de políticas nacionales independientes pregonando la “imposibilidad real” de contrariar las “leyes inexorables del mercado”, o sea, de oponerse a los intereses del gran capital.

Está claro que una política de corte nacional, por limitada que sea, es más favorable a los requerimientos del campo popular. Pero a partir de aquí surgen los interrogantes. Los que deben remitir a cada situación concreta si se quieren evitar conclusiones erróneas.

Ligando la cuestión al desarrollo de tendencias emancipatorias, no debemos desentendernos de la historia y las tradiciones. Por ejemplo, la incidencia en el imaginario colectivo de los senti-pensamientos acerca del peronismo en Argentina, el chavismo en Venezuela, el castrismo en Cuba... Lo cual no significa silenciar las críticas que correspondan en base a los principios y la política que impulsamos quienes sostenemos la emancipación.

Consideramos que el régimen capitalista impone su ley que no se puede vulnerar ateniéndose a sus reglas de juego. Por eso no pensamos que se den soluciones duraderas favorables al campo popular basadas en la emergencia de un “capitalismo nacional”.

Según nuestra opinión, **valoramos lo nacional como un ámbito de lucha donde desplegar prácticas e ideas creadoras que desde lo micro y en situación vayan gestando oportunidades de cambio en un doble movimiento.** O sea, sin desestimar los cursos favorables que se han abierto y puedan abrirse, es necesario gestar una nueva cultura política emancipatoria que los resignifique. Se trata de tiempos distintos, por un lado las luchas presentes, por otro, la generación de esa nueva cultura política donde lo nacional debe ser tomado como un momento de un proceso anti hegemónico y no como un fin en sí mismo.

Ahora bien, apreciando el horizonte actual, es preciso hacerse cargo de la inexistencia de alternativas políticas visibles que comprometan al orden capitalista. Esta carencia explica la fuerte tensión existente entre las demandas inmediatas y las posibilidades de su inscripción en trayectos emancipatorios que no terminan de crearse, diríamos que se hallan en una etapa “experimental”.

Para cerrar estas reflexiones, haremos un sintético balance. Partimos de valorizar el concepto de cultura en términos políticos y al margen de pautas académicas. Asimismo, este nuevo enfoque cuestiona varias de las presuntas verdades consagradas en el campo tradicional de izquierda. Y en base a los argumentos desarrollados, pasamos ahora a enumerar conclusiones:

- 1) las distintas ideas y experiencias que se oponen al orden establecido y que a la vez objetan la reproducción del imaginario socialista relativo al poder, son las simientes de una nueva cultura política; 2) no se toma al Estado como eje de las transformaciones a futuro las que deberán surgir del seno de la Sociedad Civil; 3) se jerarquiza la lucha política en la formación de hábitos culturales contrarios a los inducidos por el poder dominante. Se valorizan los espacios micro al alcance de las actividades individuales y grupales. Esto acentúa la importancia de la vida cotidiana como lugar de creación y sedimentación de una nueva cultura política; 4) se cuestiona el sentido elitista incorporado al concepto de cultura y se

remarca el aspecto político en la construcción del conocimiento y los saberes desnudando las condiciones actuales de su apropiación.

Lo anterior implica, como contradicción a resolver, la coexistencia prolongada de esa nueva cultura política en formación con la estructura estatal y con las organizaciones políticas conformadas a su imagen y semejanza. Asumida esa contradicción, se plantea la exigencia de ligar el presente con el futuro de manera indisociable lo que demanda una vigilia permanente acerca de las acechanzas del poder internalizado para que no desbaraten el desarrollo de alternativas emancipatorias.

Preguntas - Taller:

- a) En el registro cultural-político, ¿qué implica la construcción de significados?
- b) ¿Cuáles son las significaciones y la gravitación del término Democracia en la sociedad actual?

7. Hegemonía (quién prevalece en la dominación)

Consenso

Desde la emergencia de la democracia en 1983 se ha prestigiado y extendido el término *consenso* como una cualidad sustantiva de la política llamada “progresista”. Diríamos que constituye un término simbólico que funciona como reactivo y antítesis de las dictaduras militares y también se relaciona con el concepto de *hegemonía*.

Al margen de su verdadero significado como consentimiento compartido, surge una dualidad entre lo que se predica y lo que se actúa. Así como el consenso se ha afianzado en el imaginario social como virtud ciudadana, cuando remite a las luchas políticas funciona en sentido inverso. Conversión oculta en busca de adhesiones en la batalla simbólica intentando aparecer como auténticos demócratas. Ahora, obviando los “fuegos de artificio” y las simulaciones, vayamos a la sustancia del asunto.

Aclaremos que una cosa es el consenso si se trata de acuerdos libremente realizados en base a la participación real de quienes intervienen y otra muy distinta es su implicancia en un orden social sustentado en la explotación y la dominación, verdaderas causas de los conflictos político-sociales que generan las resistencias de los oprimidos.

Por cierto, las luchas de clases e intersectoriales ofrecen un panorama con tantas variaciones como situaciones se presentan. Sin embargo, hay una matriz común que es necesario transparentar si se pretende esclarecer el enmascaramiento señalado. Nos referimos a las diferencias constitutivas del capitalismo que se disimulan al hablar de la igualdad de oportunidades, en verdad inigualables. A tal fin, extractamos los párrafos siguientes que ilustran sintéticamente la característica señalada:

“...la integración social dentro del Estado nación no es sino un proyecto; y un proyecto siempre cuestionado y amenazado desde los hechos mismos de la diferencia material –las relaciones reales de la civilización burguesa–” (...) *“El capitalismo no sólo es una economía, es un conjunto regulado de formas sociales de vivir.” (...)* *“Una dimensión central –estamos tentados de decir, el secreto- del poder del Estado es la manera como funciona dentro de nosotros.”* (*“El gran arco: la formación del Estado inglés como revolución cultural” de Philip Corrigan y Derek Sayer*)

Si de cara a la sociedad se hicieran visibles las relaciones de explotación y de dominación, pasando del padecimiento existencial a la comprensión del fenómeno, se deslegitimaría el orden social elevando la inestabilidad del sistema al comprometer los equilibrios que la construcción del consenso tiende a garantizar. Es por ello que dichas relaciones al ser naturalizadas se invisibilizan. Pero éste no es un mero problema cognitivo sino que el mismo está atravesado por la lucha política que es donde pueden tomar cuerpo el conocimiento y las ideas o esterilizarse según los resultados de los enfrentamientos.

En el largo período de proscripción del peronismo, mediado por los recurrentes golpes militares, predominaron nítidamente el antagonismo y la confrontación. En esas circunstancias, exaltar el consenso como emblema político era absurdo (recordar cómo terminó la trampa del Gran Acuerdo Nacional de Lanusse).

La consigna del “luche y vuelve” era una franca y mayoritaria expresión del antagonismo vigente en la Argentina en tanto que el socialismo a secas y “el socialismo nacional” eran invocados por amplios sectores de la militancia. Es que durante ese lapso los grupos de poder dominante no habían logrado “domesticar” a los distintos sectores populares que mantenían la beligerancia a pesar de sus divisiones internas. Fue necesaria la ferocidad de la dictadura genocida, preludiada por la Triple A de López Rega y el desgobierno de Isabel, para producir un corte profundo en nuestra historia política.

El posterior derrumbe de la dictadura del Proceso, víctima de su propia ceguera e ineptitud en la guerra de las Malvinas, abrió paso a la instauración del período democrático. En realidad, consumado el genocidio, deteriorado el movimiento obrero, desbaratadas las guerrillas, devastada la militancia y desdibujado el peronismo, la gran burguesía ya no necesitaba las botas. En cambio, cuando juzgaron propicia la oportunidad para terminar de moldear el orden social a su medida, impulsaron el incruento golpe económico que desató la hiperinflación y terminó con el tibio y fluctuante gobierno de Alfonsín.

Luego, corroído el peronismo por sus inveteradas contradicciones, emergió el gobierno de Menem como albacea de los intereses del gran capital interno e internacional. Y en ese entonces los mentores del establishment no le endilgaron el mote de “populista”, mientras que hoy exhumaron el término con la intención de desprestigiar a los gobiernos díscolos de Latinoamérica que no gozaron de su “consenso”. Lo que no fue más que un reflejo a nivel simbólico de los realineamientos producidos en nuestro subcontinente que ahora ha vuelto a girar hacia la derecha. Referente a tal fenómeno, consensos incluidos, se destaca otra categoría de significativa importancia en la política, *la hegemonía*.

Hegemonía³

“El ejercicio ‘normal’ de la hegemonía en el terreno devenido clásico del régimen parlamentario se caracteriza por la combinación de la fuerza y el consenso, que se equilibran en formas variadas, sin que la fuerza rebase demasiado al consenso, o mejor tratando que la fuerza aparezca apoyada por el consenso de la mayoría que se expresa a través de los órganos de la opinión pública –periódicos y asociaciones–, los cuales, con ese fin, son multiplicados artificialmente.” (Antonio Gramsci)

Hegemonía es un concepto clave que en el primer tercio del siglo XX acuñara Antonio Gramsci. Y más allá del rico legado del gran revolucionario sardo, aquí intento destacar la vigencia política e ideológica del concepto de hegemonía. Acerca del mismo quiero señalar ciertas incongruencias en torno a sus alcances referidas a las variadas luchas que se libran en la actualidad.

La idea que busco remarcar apunta a **las relaciones entre poder, representación y hegemonía** que integran el orden social del que forman parte. Es dentro de ese marco donde alcanza significación política el concepto de hegemonía que se desdibuja si se desvalorizan las relaciones mencionadas.

Un concepto vinculado al de hegemonía es el de **realidad**, tan evanescente como controvertido. Deviene de la interpretación de los hechos, sucesos y procesos políticos históricos y actuales referidos a una sociedad. En la disputa entre las distintas versiones de la realidad, quienes imponen la suya se erigen en sus intérpretes dominantes. Desde ese lugar se dictamina quiénes se adecuan a su discurso y quiénes quedan afuera. Y si se tiene poder suficiente, esa suerte de apropiación se instala como parte del *discurso dominante*.

3 **Hegemonía:** Supremacía que un Estado ejerce sobre otros. //2. Supremacía de cualquier tipo. (Diccionario de la R.A.E.)

La distancia entre los hechos y el discurso configura una brecha variable que llega hasta la mistificación. Es el campo en el cual las interpretaciones y los discursos integran los enfrentamientos político-ideológicos cuya resolución construye hegemonía.

Su problemática conduce indefectiblemente a las relaciones de poder, las cuales, a su vez, se insertan en los múltiples niveles de la actividad humana e imprimen su sello sobre la gran diversidad constitutiva de la sociedad. Tal diversidad es prácticamente inabarcable, no así sus características estructurales ni las situaciones determinadas que son objeto de interpretaciones polémicas como parte de las luchas políticas.

De hecho, las disputas hegemónicas atraviesan las distintas sociedades de la historia y en la actualidad están a la orden del día en todo el planeta. Tamaña extensión geográfica es producto del desarrollo del gran capital que hoy reina en el mundo con sus diversas modalidades. Fenómeno contemporáneo vinculado a la implosión del campo comunista y movimientos afines cuyo imprevisible derumbe marcó la culminación de un largo proceso de acumulación y concentración del capital a nivel internacional.

Dicho proceso significó la gran expansión del mercado mundial verificada en el siglo XX y que terminó por absorber las experiencias revolucionarias que gestara el comunismo que no superó las relaciones mercantiles y que no llegó más allá de un capitalismo de Estado.

De **las relaciones de poder** surge **la representación** de quienes deciden “en nombre de” los otros, sea sobre naciones, gobiernos, pueblos, clases... Asimismo, la importancia de la praxis de los distintos protagonistas en la resolución de sus luchas, es una clave aunque varíen la intensidad y las características de los conflictos. Dentro de esa tónica, la acción política desde los lugares de poder donde se actúa fortalecen o no la hegemonía ejercida. Se trate del rol en los directorios de grandes corporaciones, la gravitación de importantes funcionarios de un Estado, etc. Tales efectos se inscriben en la construcción del andamiaje que soporta el orden social.

Las clases o sectores dominantes del mismo, procuran eternizar dicho orden apelando a la violencia abierta cuando deben superar crisis agudas que hacen peligrar su hegemonía. En cambio, la violencia encubierta demuestra fortaleza pues brinda mayor estabilidad al régimen que busca invisibilizar la explotación y el sometimiento de los oprimidos.

La hegemonía en el sistema capitalista

El capital supone una relación social entre sus poseedores y el resto de la sociedad, en especial los trabajadores/as que son sus nutrientes indispensables. Y por más recursos “filosóficos” que se aduzcan, en la actualidad el capitalismo se ha consolidado urbi et orbi.

El poder del capital es el basamento de su hegemonía y esto no admite mayores objeciones. En cualquier orden social -ni qué decir en el capitalismo- se da la lucha entre los distintos sectores y agentes por imponer su política sobre el conjunto de la sociedad. Ése es el terreno en el que se disputa la hegemonía con toda su dinámica que remite e implica a los diversos actores y momentos, a sus liderazgos y alianzas, a sus pugnas que incluyen los distintos niveles que entraman la vida social. Dentro de dichos niveles, en el sistema capitalista se destacan las relaciones económicas que, sin ser excluyentes, son de gravitación decisiva.

No es casual que en la esfera mundial se imponga la hegemonía de las grandes corporaciones que directa o indirectamente controlan la política de la mayoría de las naciones, comenzando por las principales potencias, lo cual no significa que desaparezcan las luchas y enfrentamientos; todo lo contrario: cuanto mayor es el peso de la dominación, más crecen los conflictos y las resistencias aunque, si éstas son aplastadas, se genere la hibernación de las mismas. Mas, las resistencias no se extinguen y no bien aparecen brechas y/o crisis, resurgen con menor o mayor fuerza.

En este siglo se dieron en Latinoamérica grandes movilizaciones y emergieron varios gobiernos populares que crearon fisuras políticas al reinado del gran capital, dominador absoluto en los noventa. Esto, en lo coyuntural, muestra que las luchas pueden perturbar la hegemonía omnímoda del gran capital. Sin embargo, es clave comprender que dichos gobiernos, aún los más radicalizados, no rompieron con el orden sistémico del capitalismo. Por tanto, se mantuvo la hegemonía económica de los grupos concentrados. Y la actual regresión a la derecha en el subcontinente ratifica tal hegemonía.

Ahora bien, una singularidad histórica del sistema capitalista es su gran dinamismo y creatividad en la esfera económica y de la producción. Singularidad que le confiere gran potencialidad que contribuye a inocular serias formas de adicción consumista en el seno de la sociedad, su mejor señuelo para la integración al sistema. Como resultado de su vertiginosa e indiscriminada expansión, provoca un consumo irracional que produce enormes desperdicios a costa de la naturaleza y del género humano.

En toda sociedad existen, básicamente, tres niveles que se articulan generando claros efectos en la vida de sus habitantes. En primer lugar, **la política** es donde se dirimen las luchas por el poder y expresa los alcances de la dominación. **El económico** establece las bases materiales sobre las que se erige la hegemonía estructural del capital. **El cultural-ideológico** es el campo donde se conforma la subjetividad que prevalece en la sociedad; integrado por los medios de comunicación así como las instituciones formadoras de “conciencia”: instituciones educativas, religiosas, estéticas, científicas, culturales y demás expresiones.

Caracterizar las formas de dominación y de hegemonía exige determinaciones en torno a lo coyuntural y a lo estructural que se entrelazan según los momentos y particularidades de que se trate. En general, lograr la hegemonía requiere alianzas intersectoriales salvo si la dominación de los que conducen es tan fuerte como excluyente.

Ideas fuera de la lógica sistémica

Las disputas hegemónicas, en sentido amplio, son producto de la lucha de clases. Sólo que éstas caen fuera de los “saberes” tradicionales que ya no satisfacen las exigencias emergentes de los cambios producidos. Cambios que, por ejemplo, hicieron más compleja la categoría de clases sociales, con la caída del protagonismo que se le atribuyó al proletariado, la ascendente participación del nuevo “cognitariado”, etc.

En suma, la hegemonía se inscribe en las disputas de poder inherentes a la política, vale decir, en las disputas sectoriales por dirimir quién o quiénes conducen al conjunto de la sociedad. Y aquí se abre un abanico de distintas instancias, verbigracia, si se refieren a lo artístico, lo científico, lo cultural, lo mediático, etc.; ámbitos que inciden de distinto modo y gravitación en la lucha por la hegemonía.

¿Qué pasa si se impulsan procesos de participación colectiva que reviertan las tradicionales relaciones de poder? ¿Es irreversible la hegemonía política de las minorías dominantes? ¿Por qué no desarrollar rotación de funciones y responsabilidades en torno a las tareas comunes constitutivas de la vida social?

Frente a desafíos de ese tenor, el juicio ampliamente mayoritario es descalificar aquellos planteos estigmatizándolos como utopías irrealizables, ingenuidades, etc. Y para no extenderme en la crítica a ese dictamen tributario de la cultura hegemónica, recurro a una metáfora sencilla: sería como descalificar el proceso de construcción de un nuevo auto de carrera porque todavía no compete.

No sólo la historia futura está por escribirse sino que muchos acontecimientos políticos sorprendentes surgieron con un alto grado de imprevisibilidad: Mayo del 68 en Europa, el Caracazo del 89 en Venezuela, la rebelión zapatista del 94, el ascenso de Chávez en Venezuela en el 99, el 2001/02 en Argentina, las guerras de El Alto y del gas en Bolivia, el triunfo de Evo (primer indígena presidente

de una nación) y en general, las aperturas políticas en Sudamérica y nuestro país en este siglo. También las rebeliones populares en el norte de África, el surgimiento de Podemos en España...

Estos sucesos no agotan los múltiples fenómenos relevantes y de impredecibles consecuencias en su momento. A los que se pueden sumar impredecibles de signo opuesto, la caída del muro de Berlín en el 89 y a poco la implosión de la ex U.R.S.S., el ascenso de China “comunista” al podio del poder mundial erigida como segunda potencia... capitalista.

En cuanto a las nuevas ideas políticas vale mencionar una consigna zapatista de alto valor simbólico. La misma expresa un enfoque original sobre el poder y la hegemonía: “**mandar obedeciendo**”. Esa consigna que es un verdadero oxímoron, proviene de una de las aperturas y experiencias más ricas en la búsqueda de nuevos caminos emancipatorios.

“Mandar” sintetiza el poder de quien se hace obedecer subordinando a los otros. Mas, si lo hace “obedeciendo”, se invierte el sentido y ese poder recae en el otro que podría ser el pueblo, los oprimidos, los de abajo, la sociedad o como se prefiera designar al común. Y aquí emerge la cuestión de **la representación** entre esos extremos aparentemente incompatibles pero que provocan la rotación de quienes deciden.

El mandar como forma de dominación se transforma en un mandato reversible. La representación en esos términos deja de ser el trampolín de quienes concentran poder y pasa a constituirse en un atributo del colectivo. La dupla tradicional hegemonía-dominación, se desarticula y pierde su significación histórica. Surgen así ricas posibilidades para generar culturas contra hegemónicas que potencien la participación y ensayen la rotación de funciones.

Hoy, la indiscutible dominación mundial del capitalismo reclama nuevas ideas y nuevos sujetos para la construcción de un campo contra hegemónico capaz de crear alternativas emancipatorias. Tarea tan difícil como convocante.

Preguntas:

- a) ¿Cómo se ligan la hegemonía y el consenso?
- b) La representación, ¿puede transformarse en un antídoto contra la dominación?

8. La posverdad, los golpes blandos y la nueva derecha

La posverdad

Definiciones de la verdad del diccionario de la Real Academia Española: “1. Conformidad de las cosas con el concepto que de ellas forma la mente. // 2. Conformidad de lo que se dice con lo que se siente o se piensa. // 3. Propiedad que tiene una cosa de mantenerse siempre la misma sin mutación alguna. // 4. Juicio o proposición que no se puede negar racionalmente...”

Como se desprende de las definiciones precedentes en torno a la palabra **verdad**, se ofrecen una serie de precisiones que a su vez encierran ambigüedades. O sea, brindan una claridad que también conlleva una significación evanescente que mueve a la interpretación. Empero, esto no es una exclusividad de ese término sino una característica del lenguaje.⁴ Veamos.

Acerca de la acepción “1”: la conformidad es relativa en tanto no defina a qué mente se refiere. El concepto de un científico sobre

4 (1) “**El lenguaje** tiene un lado individual y un lado social, y no se puede concebir el uno sin el otro. (...) En cada instante el lenguaje implica a la vez un sistema establecido y una evolución; en cada momento es una institución actual y un producto del pasado.” (“Curso de lingüística general” de Ferdinand de Saussure, pág. 50)

la cosa difiere de la creación que de ella hace un poeta. La “2”: aquí la ambigüedad es manifiesta, depende de la subjetividad. La “3”: la inmutabilidad puede cuestionarse, por ejemplo, desde la Teoría de la Relatividad. En todo caso requiere determinaciones adicionales. La “4” pareciera la más concluyente. Sin embargo, la dificultad se traslada a la problemática de la racionalidad.

Este rodeo apunta a enfocar la significación y empleo de la llamada **posverdad** que se está imponiendo en el actual escenario político-ideológico. Los recursos del lenguaje y su ambigüedad intrínseca brindan su andamiaje para la invisibilidad de conceptos como los de explotación y dominación, realidad esencial para el capitalismo. Mentiras existieron siempre, pero la posverdad innova generando nuevos códigos que manipulan el significado de la “verdad” para adecuarla a los intereses del poder dominante. Éste emplea en su política un lenguaje falaz que difunde en el seno de la sociedad. Disfrazan así sus ideas esenciales de modo tal que encubren sus verdaderos designios instalando **la sistematización de la mentira**.

Lo anterior no sería viable si no fuera obra de un poder capaz de imponerla en la población. Para lograrlo, dicho poder debe asentarse en determinados pilares. En lo económico, la aquiescencia de las grandes corporaciones; en la comunicación, el manejo de la prensa oral y escrita; en lo político, la instrumentación del Estado; y para licuar resistencias legales y atacar enemigos, el control del Poder Judicial. Hoy, el gobierno de Macri, o sea el de los CEOs, reúne esos requisitos y uno de sus principales objetivos es **ir construyendo una subjetividad social acorde con sus intereses**.

Los golpes blandos

La consolidación de la derecha se apoya en el poder que detentan los sectores hegemónicos para operar y desplazar a quienes los enfrentan o los molestan. Existen diversos niveles entre los países

que conforman el campo internacional. Simplificando, se puede dividir ese vasto espectro entre los de mayor poder y desarrollo del capital (antes, el primer mundo) y los más débiles, los periféricos (antes, las naciones dependientes). Y al interior de tales agrupamientos también aparecen diferencias apreciables. Abarcando ahora a la esfera mundial, se produjeron cambios sustanciales de imprescindible consideración.

Hace más de treinta años y aún al margen de sus importantes diferencias, existía en el planeta el campo comunista surgido de grandes revoluciones que negaban al capitalismo y le disputaban su hegemonía en el mundo. Etapa signada por la existencia de esos dos bloques que explicaban la inestabilidad política reinante. Las tensiones entre ambos llegaron a bordear la tercera guerra mundial. Dichas tensiones se transmitían a los países periféricos según su importancia.

En las últimas décadas de ese período, el principal recurso de los grupos hegemónicos capitalistas para frenar las luchas populares y destituir a sus gobiernos afines, fue propiciar los golpes militares. Así las Fuerzas Armadas constituyeron el reaseguro de los intereses del poder económico concentrado y de su principal referente externo, los EE.UU. Es que, por entonces, los mismos no lograban el consenso de suficientes adherentes a su causa como para ganar elecciones.

Luego, tras la implosión del comunismo se consolidó el orden imperial y se produjo la “resurrección” de la democracia representativa como instrumento dócil a sus designios. Mas, le brotó un imprevisto “forúnculo” en Sudamérica que se engendró a raíz de la elección de gobiernos de signo popular en los inicios de este siglo (en Venezuela, dos años antes). Esto originó un cambio político considerable en nuestro subcontinente.

Se dieron procesos, con sus diferentes alcances y matices, que conformaron un núcleo de países donde el control del Estado fue alcanzado por distintas expresiones de las fuerzas populares. No

obstante, éstas convivían y conviven con un acechante “Caballo de Troya” cuya existencia proviene de las relaciones capitalistas internalizadas. Relaciones que por ahora no se han podido superar. Y ya orillamos la antesala de **los golpes blandos**.

Previo al brote del “forúnculo”, la derecha pensó que ya no pe-
ligraba su dominación económica y social y dejó de propiciar los
clásicos golpes militares⁵. Es que no se comprometían sus ganan-
cias ni el libre juego de las corporaciones. Los roces eventuales con
algún gobierno “progresista” podía llegar a molestar pero no altera-
ba sus negocios. Entonces, se abandonó el recurso de las dictaduras
abiertas ya que ese feroz remedio dejaba heridas profundas que
con el tiempo amenazaban con volvérselos en contra. Así ocurriría
después cuando la resistencia popular desembocó en la consagra-
ción de los gobiernos opositores. Sucesos también alimentados por
las crisis económicas, de variable intensidad, vinculadas al ciclo
del capital.

Al ser ya innecesarias las dictaduras que declinaban tras su
misión cumplida, se dieron las condiciones para el resurgimiento
de la **Democracia Representativa**. En ese proceso también emer-
gieron gobiernos obsecuentes como el de Carlos Saúl Menem en
Argentina o el de Fernando Henrique Cardoso en Brasil que ali-
mentaron las resistencias y favorecieron el posterior triunfo de los
gobiernos populares.

Ese giro regional, durante unos quince años, fue generando en
la derecha un agudo malestar pues no lograba el poder político
necesario como para poner la democracia a su servicio exclusivo.
Contradicciones del capitalismo periférico que no paría una bur-
guesía nacional independiente y tampoco conseguía consolidar el

5 El llamado “Proceso de Reorganización Nacional” (la dictadura genocida Argentina (1976-1983); derrocamiento del gobierno socialista de Salvador Allende en Chile por el golpe despótico de Augusto Pinochet (1973-1990); derrocamiento de João Goulart en Brasil por la dictadura que inició Castelo Branco en 1964 y concluyó con João Figueiredo en 1985, etc. etc.

control estatal de parte de las grandes corporaciones internas y extranjeras.

Tal situación exhibe las vísperas del cambio de estrategia de los sectores hegemónicos del gran capital. La democracia ambivalente no les servía. Tenían que transformarla en una institución fiel a su política pero que les permitiera disimular el ejercicio de su dominación. Para eso debían adueñarse del control del Estado, principal soporte del “populismo”, y así destruir sus realizaciones y domeñar a cualquier eventual opositor.

Esa mentada estrategia incorpora **los golpes blandos** en la medida en que no funcionen la cooptación ni los procesos electorales digitados. Semejantes golpes significan el control del Estado, el uso del poder mediático y la “Justicia” puesta a su servicio. Un mayúsculo ejemplo resultó la destitución de Dilma Rousseff y el escandaloso encarcelamiento de Lula. Esos sucesos son tan burdos que no resisten análisis ni admiten tapujos que los disimulen.

Distinto es nuestro caso pues la derecha logró legitimarse adecuándose a los requerimientos formales de la “democracia realmente existente”. Mas, su gobierno es un buen exponente del empleo y difusión de la posverdad para ganar conciencias, gestar subjetividad social e impunidad en el desarrollo de su política reaccionaria.

Semejante giro demanda la mayor rigurosidad posible para evaluar los errores y las contradicciones del campo popular que le abrieron las puertas al macrismo. De hecho, una suerte de golpe blando “legitimado electoralmente.” O sea, gana mediante votos; sin embargo, lo que en verdad se elige es un discurso ficticio en tanto que la política y los intereses reales que encarna, se ocultan.

Resumiendo, en las diferentes variantes de los forzados cambios de timón, las Fuerzas Armadas ya no son sus protagonistas porque dichos cambios se disimulan tras aparentes mecanismos legales manejados por el poder dominante. Lo cual también manifiesta el debilitamiento de los movimientos populares.

La “nueva derecha”

No sé hasta qué punto corresponde la calificación de “nueva” derecha. En rigor, se trata de un giro que más bien refleja distintas circunstancias que inciden en determinados sectores que integran el campo de la derecha. En realidad no varía lo que caracteriza a los más recalcitrantes. Vale decir, su desprecio por los de abajo, su discriminación con los migrantes que huyen de las pésimas condiciones de vida en sus países, más su desembozado empleo de la violencia para imponer su política. Luego, ante las variantes que componen las circunstancias actuales, me remitiré al caso de Brasil por ser un ejemplo paradigmático de gravitación continental y por su proximidad a nuestro país.

Indiscutiblemente, la nación hermana es la de mayor peso en Centro y Sud América. Lo que allí ocurre repercute en las demás. El hombre que encabeza su gobierno actual es Jair Bolsonaro, un capitán retirado del ejército con notorias afinidades ideológicas al facho-nazismo. Pero lo más significativo remite al proceso que desembocó en la viciada elección que lo erigió en presidente de la República.

Dicho proceso transitó por un golpe blando que produjo la destitución de Dilma Rousseff a pesar que su política había virado hacia el neoliberalismo. Golpe que se completó con la descarada movida que concluyó con la prisión y la exclusión política de Lula. Todo gracias a la presión del establishment y la intervención de la “Justicia” que contó con los buenos oficios del juez federal Sergio Moro, ahora premiado con el cargo de Ministro de Justicia.

Producida la destitución de Dilma, asumió la presidencia provisional el vicepresidente Michel Temer quien brindó los favores de su gestión ara consumir esa sucia maniobra. Tal fue la plataforma de lanzamiento que culminó con la elección fraudulenta de Bolson...aro.

En las presentes circunstancias, “lo nuevo” vendría a ser que frente a gobiernos populares insumisos, cualquiera fuesen sus alcances, el poder del gran capital ya no necesita recurrir manifiestamente a las tradicionales dictaduras militares, al menos por ahora. Mediante los golpes blandos obtienen efectos semejantes con menor derramamiento de sangre. Gozan los beneficios de la explotación y mantienen el sometimiento de los de abajo. Similar efecto, aunque con mayor disimulo, proviene del falso discurso de la posverdad que posibilita ganar elecciones “limpias” en apariencia.

Aquí emerge una doble cuestión. Una, la aquiescencia de amplios sectores de la sociedad. La otra, cierta diferenciación en las cúpulas de la derecha. Esta relativa diferenciación justifica la idea de “la nueva derecha”. En tanto supone la declinación de las clásicas dictaduras militares, la calificación de “nueva” tiene cierto asidero dado los niveles de violencia discursiva explícita del gobierno, el impulso al armamentismo de la represión y la intimidación a sus opositores. A esto se suman sus posturas ideológicas afines al nazi-fascismo y su aval al poder concentrado del capital. Cristaliza la reconfiguración en marcha de tamaña movida al obtener el status de legalidad.

Ese recrudecimiento de la violencia instaurada como política oficial muestra la otra cara de la moneda. La debilidad del movimiento popular frente a semejante ofensiva que testimonia las fallencias pasadas y presentes del PT. Algo que salvando las distancias, se viene dando en nuestro continente con la reasunción de la hegemonía política de la derecha a través de las diversas derrotas sufridas. Se acumulan así los interrogantes que invitan a reflexionar a fondo la situación presente y promover un amplio debate en busca de abrir nuevos horizontes.

Política de nuevo tipo se necesita...

“En el 68 recuperé mi adolescencia de esa forma, sin estructuras, con la solidaridad, la juventud, la alegría de vivir y las ganas de cambiar el mundo (en el Mayo Francés tenía 30 años y había comenzado a militar a los 14). (...) la creación existe en lo no académico, en la no repetición.” (Entrevista a Marin Karmitz, histórico productor francés; produjo a Kiarostami, Kieslowski, Loach, Resnais, Godard, etc... (Página 12 del 17/04/18).

Lo que reproducimos de Karmitz en su entrevista, exhibe una frescura digna de asumirla en estos tiempos en que vivimos tantas “pálidas” que nos predisponen al pesimismo. Y éste ensombrece nuestra rica historia de luchas que también incluye falencias y derrotas que no la desvirtúan. Los errores e insuficiencias que padecemos, demandan un pensamiento crítico capaz de engendrar ideas creativas y prácticas afines si es que deseamos asimilar el pasado y cambiar esta etapa retrógrada.

Hoy padecemos el gobierno de los CEOs, del cual ya señalamos algunos aspectos en el punto anterior. Lógicamente, se produjeron errores que aportaron al triunfo de Macri en las elecciones. El principal protagonista de la derrotada oposición fue el kirchnerismo. Esto devino del papel que cumplió impulsando la causa popular durante los doce años que gobernó y que no pudo o no supo sostener.

Las limitaciones, nos guste o no, alcanzan a todos los que integramos el campo del pueblo, sean partidarios K o quienes impulsamos distintas aperturas que no alcanzan a gestar nuevas alternativas. No hemos podido construir una nueva política que supere la realmente existente atada al orden sistémico. Claro está que ésa es una tarea a largo plazo que porta problemas de distinta naturaleza.

En primer lugar, no ignorar las coyunturas y las acuciantes demandas de los sectores populares que sufren seriamente la política

reaccionaria actual. Esta visión conduce a una divisoria de aguas entre los mismos que sostenemos una concepción antisistema. Desde nuestro enfoque, hay que articular ambos momentos. Y aquí sentimos la presión del “día a día” que, como si se tratara de un oxímoron, oscurece el destino de la política realmente existente. El quid de la cuestión recae en la articulación. ¿Cómo responder a las justas demandas y a la vez construir una política emancipatoria?

La otra visión, taxativamente, borra las diferencias que existen en la política realmente existente ubicándolas en bloque en el campo del enemigo. Así se “soluciona” el problema de la articulación pero emerge otro, tanto o más grave. Construir una alternativa emancipatoria, todavía ausente en todo el mundo, desmereciendo las luchas del campo popular.

Como surge de lo expuesto, la situación actual trasluce un nivel general de retroceso signado por una mezcla de fuerzas tan diversas como cuestionables. En resumen, resulta tediosa la tarea de enjuiciar los aportes de la falsa “oposición” a este giro copernicano que produjo la derecha. Sea por complicidades previas facilitadoras de su triunfo por más que ahora se muestren “críticos”. Sobran los ejemplos de los oportunistas que viraron 180°, llámense Patricia Bullrich o Miguel Ángel Pichetto...

Para concluir, propongo un cuestionario tentativo acerca de los interrogantes que afectan a todos los que nos preocupa (y ocupa) el bienestar de nuestra sociedad. Dichos interrogantes remiten a una problemática tendiente a la gestación de **políticas de nuevo tipo**. La intención es poner en foco interrogantes referidos a una construcción superadora del estancamiento actual o del eterno retorno de la política realmente existente. Con ese criterio esbozaré algunas preguntas que me parecen significativas en esta etapa donde la derecha es protagonista.

- La revolución tecnológica que potencia al capital, ¿promete un porvenir próspero o puede llevar a la asfixia del sistema?

- ¿Cuáles son los ejes para constituir un campo político común?
- ¿Cómo enfocar las diferencias para que aporten y no frenen la actividad conjunta?
- ¿Cómo articular los objetivos a corto y a largo plazo para que exista correspondencia y no resulten trabas el uno del otro?
- Si los procesos de liberación nacional no funcionan dada la hegemonía mundial del capitalismo, ¿sobre qué bases deberían desarrollarse las luchas liberadoras en los países periféricos?
- ¿Qué características tendría que reunir hoy un sujeto revolucionario?
- ¿Cuáles son los alcances de las clases sociales y en particular, los de la clase obrera?

Esta opinable selección de interrogantes es un llamamiento a una participación colectiva que abra nuevos espacios de reflexión política y de acción. Espacios que contribuyan a despojarnos del auto conferido rol de “dueños de la verdad”, en estos tiempos en que prevalece la incertidumbre. Por contraposición, la misma puede resultar un incentivo para no bajar los brazos y revalorizar la historia de lucha de nuestro pueblo que sumada a las que hoy se libran, nos proyecten hacia un futuro mejor. Historia viva que debe alimentar la creación de nuevas alternativas.

Preguntas – Taller:

- a) ¿Cuáles son los ejes para constituir un campo político común?
- b) ¿Cómo articular los objetivos a corto y a largo plazo para que exista correspondencia y no resulten trabas el uno del otro?

9. Sujeto y Potencialidad Revolucionaria

La consolidación de la hegemonía del gran capital en el mundo vino aparejada al fin de una gran ilusión que abarcó alrededor de la mitad de la población mundial. El siglo XX fue testigo de las grandes revoluciones como la de octubre en Rusia que en sus albores anunciaba el advenimiento de un mundo más igualitario y justo. En él se pudo escuchar el ruido de “rotas cadenas” en medio del fragor de las dos terribles guerras interimperialistas, mas concluyó su ciclo en un crepúsculo que no fue el de los dioses sino el de las experiencias que habían conmovido al orden burgués.

El capital, al imponer universalmente su ley, engendró lo que podría denominarse una “crisis de civilización” pues al expandir su dominio a todo el orbe y sin enemigos serios a la vista, agudizó el deterioro humano y del planeta afectando a todos los órdenes de la vida social y del medio ambiente. Lo cual ha creado una incertidumbre generalizada alimentada por esta suerte de crisis “crónica” que no tiene plazos ni finales previsibles y donde la gravitación política de la clase obrera, sujeto histórico para el marxismo, se eclipsó.

Su rol revolucionario, fundado en el antagonismo burguesía-proletariado, hizo girar la política en torno a la explotación con

las características propias de la 1er. y 2ª. Revolución industrial. Mientras que hoy, con la Revolución tecnológica, los cambios en la organización industrial y en el proceso de acumulación, sumada la implosión del campo socialista, se manifiestan políticamente en la carencia de alternativas como producto de la hegemonía mundial del sistema capitalista (la “Globalización”).

Frente a ello, creemos necesario un giro copernicano que resig-nifique las luchas emancipatorias y sus fuentes de inspiración para poder encarar las nuevas contradicciones y modificar esa situación adversa. Con ese propósito y dada su importancia, retomamos la categoría de **sujeto** y la cotejamos con la idea de **potencialidad revolucionaria** que nos parece más apropiada y fecunda.

También habría que pensar si la que consideramos crisis de civilización, por su envergadura y amplitud, puede erosionar las bases del régimen capitalista diferenciándola de las clásicas y recurrentes crisis ligadas al ciclo del capital que resultan funcionales al sistema pues responden a su modo traumático de sanearlo.

Como es en el campo económico donde reside la máxima potencia del capitalismo, en éste se asienta el soporte fundamental de su poder político. En consecuencia, para crear políticas efectivamente liberadoras, los sujetos que pretendan impulsarlas deberán correrse de su lógica económica y combatir la cultura mercantil que hace simbiosis con las modalidades del poder de la burguesía.

Ejemplo de la importancia de tamaño obstáculo a superar se dio en el capitalismo de Estado que funcionó de hecho en los países del “socialismo realmente existente”. Ese intento cobijó un germen doblemente antirrevolucionario: en lo económico, quedó preso de relaciones mercantiles y en lo político, alimentó una estructura jerárquica que dirigió la producción y que incubó el desarrollo de un Estado opresor.

Al considerar al sujeto según el lugar ocupado en la producción (distinción de clase en función económica), se establece un antagonismo estructural que le atribuye a determinadas clases

el protagonismo en la ruptura del orden social existente, la clase obrera por caso. Queda así fijada a priori en aquéllas la condición fundante de la transformación por más que se la supedite al nivel de conciencia alcanzado. De ese modo se fetichiza el rol revolucionario con sus correspondientes atributos.

Si nos remitimos a la experiencia concreta, **la clásica vanguardia** (sujeto real) se nutrió de la intelectualidad con escasa incidencia proletaria. Ahora, para salvar esa externalidad teórico-práctica, la vanguardia se proclamó representante de la clase obrera y de su esencia revolucionaria –extrapolación del imaginario económico–, y creó una serie de representatividades que resultaron una ficción política derivada de los supuestos asumidos y que luego fueron desmentidos por los hechos.

Ese desplazamiento no sólo oscureció el carácter real del sujeto de cambio sino, y lo que es peor, enmascaró la naturaleza del poder naciente. Entonces, si al sujeto se lo reconoce como tal en función de su potencialidad concretable en actos con independencia de su soporte socio-económico, no se preadjudica el rol y éste asume un carácter condicional y dinámico. Por eso hablamos de potencialidad revolucionaria.

Por otra parte, hasta ahora, la auto asumida vanguardia presentó dos momentos bien diferenciados: protagonista y motor de los hechos revolucionarios y a posteriori, su anquilosamiento como resultado de su excluyente representación del proceso de ruptura abierto. Así, la vanguardia al investirse con “la representación” de la clase explotada, aparece como presunta garantía de unidad y cohesión de todos los oprimidos, pero esa investidura falla por atribuirse una representación exclusiva.

Sostener la condición social indefinida del sujeto remite a su potencialidad revolucionaria, sólo verificable en la consecuencia de sus actos, lo cual no significa anularlo. En rigor, lo relativiza si impulsa la circulación del poder que le otorga un mandato transitorio. Simbólicamente, expresa un pluralismo incondicionado que

apunta a neutralizar los privilegios que acechan a quienes impulsan la ruptura.

Sin negar su papel de motor político, se plantea una condición interna y definitoria para que en la realización efectiva del rol asumido no se falsee lo que determina su razón de ser. Entonces, no correspondería hablar de sujetos revolucionarios mientras su oposición al sistema no incluya los recaudos necesarios como para impedir el surgimiento de un nuevo “amo rector del cambio.”

Lo planteado abre el siguiente interrogante: *¿en qué consistiría el carácter del sujeto (o sujetos) de la ruptura de las relaciones de dominación existentes sin que se erija en una nueva figura de poder opresor?*

Frente a semejante problema, comenzaremos por distinguir dos niveles: uno, el relativo a todo proyecto político que cuestione los atributos inherentes al poder; el otro, la metodología de construcción de tales proyectos, lo cual exige coherencia entre medios y fines. Y en la articulación de estos dos niveles se inscribe la categoría de potencialidad revolucionaria. Ésta debe constituirse, en todo momento, como praxis interna tensada por las acciones que se proyectan al exterior camino a la emancipación sin que dichas acciones regeneren nuevas formas de sometimiento.

Vale decir que la potencialidad se irá concretando en tanto y en cuanto la realidad de lo actuado en las luchas ratifiquen y afiancen los objetivos del proyecto asumido. Y aquí aparece en escena el vínculo entre el sujeto (s) de cambio y **la metodología de construcción.**

¿Se trata de sujetos múltiples con funciones intercambiables capaces de enfrentar a los poderes constituidos sin erigirse en un nuevo poder alienante?

Si esto último se toma como el objetivo principal, queda definido todo el campo político y por tanto la necesidad de la referida concordancia entre medios y fines. De allí que la metodología sea indisociable de los medios empleados en correspondencia con el

fin propuesto. La instrumentación en la práctica de la resolución concreta de las relaciones de poder internas y externas, no debe desvirtuar el objetivo señalado. Recíprocamente, es inviable cumplir tal fin si no queda incluido en el trayecto, o sea, en el proceso de construcción.

Quede claro que no imaginamos a dicho proceso como un desarrollo lineal sino como una larga y contradictoria lucha creativa, un duelo permanente entre las propias limitaciones derivadas de la cultura de la dominación que todavía nos involucra y tiende a erosionar tal determinación. Desde esta óptica adquiere relevancia la propuesta de sujetos múltiples con funciones intercambiables pues plantea un curso de acción que responde al objetivo trazado.

En esa sintonía emerge el mencionado requisito entre la concordancia de medios y fines lo que, a título de ejemplo, configura la antítesis de la vieja consigna que enuncia “el fin justifica los medios”. La que, en buen romance, postula que en aras de la revolución es válido emplear cualquier tipo de recursos. De lo señalado se desprende un problema de fondo: cuál sería la política que calificaría a los sujetos de una política que evite que se erijan en nuevos agentes de dominación. ¿Qué es lo que evitaría reproducir las experiencias conocidas?

Aquí se presenta un terreno sumamente farragoso pues aparece la irresuelta problemática del Estado con todo el peso de su existencia actual e histórica. Es indudable que el antes lo incluye. Pero la respuesta marxista de la transición al socialismo como nexo hacia la extinción del Estado como fin, devino en una sucesión de experiencias frustradas. Creemos que es tan improcedente la acción política ignorando al Estado como la ilusión de su auto-extinción. De allí la crítica a la concepción de la toma del poder del Estado como condición ineludible para el cambio del orden social capitalista. Pero esta negación nos sitúa frente a uno de los mayores dilemas políticos actuales.

La personalización a priori de los sujetos revolucionarios

Ese dilema remite a la cuestión de la ruptura revolucionaria, realizable en situación, dentro de contextos históricos concretos y donde su viabilidad recién se podrá establecer a posteriori. A su vez, todo proyecto político requiere objetivos y metodologías interrelacionadas, opciones que se dan en apuestas sin amparos deterministas cuyas “garantías” sólo responden a ilusiones imaginarias.

Aquí surgen, básicamente, dos visiones contrapuestas. Las que identifican a los sujetos a priori en función de determinadas cualidades y circunstancias que lo fundamentan o las que, como es nuestro caso, le atribuyen un carácter móvil a la condición de sujeto que sólo se define en situación y de acuerdo a lo actuado. Implícitamente, esto conduce a que el poder circule evitando su anclaje en determinados grupos y/o personas.

En la primer concepción funciona el a priori que designa lo que debe ser como si ya fuera. Una construcción ideal que pretende dar respuesta a los desafíos que no pudo resolver el socialismo y que todavía se hallan “en espera” de resolución. Los distintos sectores oprimidos que abarcan a la mayoría de la sociedad, son víctimas de la explotación y la alienación capitalista y no por eso se convierten en sujetos de cambio. Es confundir la energía social que albergan y cuya liberación es requisito ineludible para las rupturas que originen transformaciones de fondo, con la políticas emancipatorias capaces de generar situaciones revolucionarias y por tanto, indispensables para liberar y encauzar esa energía. Así tampoco se distinguen las necesidades elementales insatisfechas de la capacidad y voluntad para superarlas.

Y éste es un punto crucial: a qué se apuesta en nombre de una causa emancipatoria. Porque como objetivos y sin riesgo de equivocación, siguen vigentes las tres banderas de la Revolución Francesa, tan exaltadas como pisoteadas y tan encubridoras como esperanzadoras. Por eso, e incorporando las experiencias del “socialismo

realmente existente”, ¿qué significa hoy la idea de sujeto revolucionario después del colapso de las grandes revoluciones? ¿Puede considerarse ruptura a lo producido si luego aquélla fue suturada? Las vanguardias erigidas en los motores de la revolución en su devenir se transformaron en su antítesis.

En tren de generalizaciones y asumiendo nuestros propias insuficiencias, optamos por tomar a la “**sociedad civil**” como nutriente de sujetos revolucionarios. Si bien esta figura es ambigua políticamente, la adoptamos porque se adecua a la apertura que ensayamos.

Para explicar esa elección, enumeramos algunas razones. Primero, exhibe una clara diferenciación respecto del aparato del Estado y los partidos políticos que lo replican. Segundo, es el ámbito en el que se verifica la irresuelta contradicción entre una política emancipatoria y su relación con el Estado. Tercero, no privilegia a ningún sector ni erige sujetos a priori. Cuarto, referirse a la Sociedad Civil considerada como vivero de sujetos, no significa atribuirle a ella ese carácter. Quinto, por ese motivo deja abierta la cuestión política definitoria de sujeto (s) en sintonía con nuestro enfoque.

No queremos escudarnos en esta categoría para disimular la carencia de alternativas que hoy aflige al campo popular y a nosotros como parte de él. Mucho menos ignorar las grandes diferencias, conflictos y tensiones inherentes a su existencia real. Simplemente resulta una figura cuya ambigua pluralidad contiene en potencia a sujetos revolucionarios, determinables en situación y sin prefiguraciones arbitrarias. Luego, la cuestión pasa por la toma de posición respecto de las políticas emancipatorias y según sean las apuestas y sus resultados recién se podrán calificar los protagonismos.

Ruptura o evolución, niveles situacionales e influencia del Estado

Una divisoria de aguas para ubicarse frente a los desafíos del capitalismo deviene de la antinomia que existe entre asumir una **perspectiva de ruptura** o la adscripción a las concepciones afines al **evolucionismo**. A partir de esta disyuntiva se define una primer instancia desde donde concebir la política, un punto del que surgen rumbos divergentes.

Convengamos que hoy, en función del poder y la hegemonía mundial capitalista, aludir al concepto de ruptura pareciera un ejercicio de ciencia ficción. Sin embargo y si no se suscribe “el fin de la historia”, plantear esa problemática es insoslayable para poder comenzar a definir qué se entiende por políticas emancipatorias.

El **evolucionismo** es un enfoque filosófico que proviene de la biología y que se refiere a un proceso de cambios que va de lo simple a lo complejo con un vector definido que incluye la idea de progreso. Los movimientos y alteraciones que se operan en la sociedad, signados por la complejidad de las relaciones humanas, se expresan en tiempos distintos a los de una ruptura y tienen una morosidad que puede tomarse como su opuesto. Esto conjuga con las visiones evolucionistas que rechazan la idea de ruptura y entienden las transformaciones sociales y políticas como pasajes graduales que modifican la naturaleza de un orden sin alterar las leyes que lo regulan.

Lo esencial de la diferencia consiste en la política que se asume frente a la legalidad del sistema y eso no tiene que ver con el ritmo de los cambios, poco perceptibles en lo social pero acelerados y vertiginosos en los momentos de ruptura.

Quienes despliegan su praxis cuestionando la legalidad del sistema, promueven su desestructuración para crear relaciones radicalmente distintas. Mientras que **los evolucionistas conciben su política como modificatoria de la estructura pero ceñidos a su misma ley**. Aplicando esta postura al capitalismo, proponen la alteración de su carácter a poco que se lo despoje de sus “aspectos

negativos”, ya sea mediante la “humanización del capital” o de un “progresismo” barnizado de socialismo, lo que generará cambios en el sistema lográndose un nivel de mayor equidad y justicia.

Tampoco resuelve la disyuntiva apelar a la ley de la transformación de la cantidad en calidad pues, aunque formulada desde la dialéctica, funciona como un recurso mecánico y determinista al atribuir la dinámica de los cambios a una ley universal preestablecida. Prueba de ello fue lo ocurrido con el socialismo puesto que la sumatoria de contradicciones y conflictos que desembocaron en la revolución no produjeron realmente una “calidad” nueva.

Como supuesto nuevo orden social, demostró que se puede resolver el problema de las necesidades fundamentales de cualquier sociedad carenciada, pero no pudo romper la lógica de la dominación y por ello pagó tributo con su propia implosión. En consecuencia, **si se adhiere a políticas emancipatorias sin superar la contradicción entre necesidad y poder, sigue sin salvarse la distancia entre las necesidades a satisfacer y el poder que las resuelve.**

Luego, al tiempo que se constituye un poder hegemónico que “soluciona” las necesidades materiales, surgen otras relacionadas con la concentración de las decisiones que suprimen libertades y se arrogan representaciones que rehabilitan el círculo vicioso del par dominación-explotación. Así, sin zanjar este problema, cualquier intento por bien inspirado que esté no tiene chances de superar al capitalismo, tenderá a ser fagocitado por éste y terminará siendo reproductor de lo mismo.

En síntesis, **plantear la ruptura supone la constitución de un afuera en oposición al marco impuesto por el sistema.** Mientras que éste, por más dinámico y cambiante que sea, debe conservar y reproducir las propiedades esenciales que determinan su existencia. Por lo tanto, luchar contra el orden social impugnado implica liberarse de las condiciones que éste impone y romper con sus leyes de funcionamiento.

Mas, lo expresado sólo alcanza para diferenciar campos y determinar la orientación de los proyectos políticos que intentan desarrollarse. Y eso resulta tan claro como oscuro se presenta el panorama en tren de situarse frente al Estado y al poder del gran capital. Pero éste no es el desafío del evolucionismo dada su política de adaptación que es tan inoperante como funcional a la continuidad del orden existente. El desafío real es para las políticas emancipatorias que atacan los fundamentos del régimen capitalista. Y aquí surge un dilema para toda política independiente que busque desarrollarse al margen del Estado.

La hegemonía mundial del capitalismo que ya hemos caracterizado, origina **una situación general** que sobredetermina a la multiplicidad de situaciones particulares. O sea, dicha situación englobante significa que, a partir del eclipse del socialismo, las relaciones sociales en el mundo están regidas de modo principal por las leyes inherentes al régimen capitalista y bajo la enorme presión del poder del gran capital. Debido a ello los innumerables conflictos y enfrentamientos que se producen localizadamente en el mundo y no obstante su inabarcable diversidad, presentan ciertos rasgos comunes que los atraviesan.

Debemos apreciar las tendencias que se manifiestan en el campo internacional para evaluar su incidencia sobre los Estados y establecer diferencias. De la consideración de cada uno de ellos, con los agrupamientos y semejanzas que pudieran corresponder, surgirán las determinaciones que definen cada espacio situacional concreto. Y según su posición en el concierto mundial se podrá evaluar el grado de deterioro de la soberanía nacional alcanzado y aventurar, en cada caso, las posibilidades de reversibilidad o no de esta manifiesta tendencia.

Las fuertes contradicciones que existen en el interior de una nación intervienen continuamente en el movimiento global del sistema, imponen una dinámica de cambios interactuantes que tensionan los mecanismos de regulación y abren la instancia de lo

imprevisible y de los acontecimientos que se leen “el día después”. Y éste es el terreno de lo conjetural y de la toma de partido.

Si ponemos en foco al **Estado “Nacional”** (con todas sus variantes), configura el referente general que enmarca e influye en las múltiples y dinámicas situaciones que, a su vez, van actualizando su fisonomía y remodelando su perfil. Y allí se despliegan las luchas, los protagonismos, las interacciones, la imprevisibilidad y el azar que hacen del campo de la política un ámbito que no admite destinos manifiestos. Y aquí surge el arduo problema de concebir e impulsar transformaciones radicales que se desarrollen por fuera del Estado. Lo cual implica, para nosotros, abrir las posibilidades de **una política independiente a distancia del Estado**.

Con tal enfoque no queremos ceñirnos a valoraciones de casos determinados sino que aquí procuramos esbozar ideas que resulten útiles al desarrollo de aperturas políticas que generen condiciones para superar el estancamiento actual.

En esa tesitura y dada la hegemonía mundial del capitalismo, **apostamos a lo micro** que deberá expandirse en tanto proliferen en el seno de la sociedad impulsando el desarrollo de trayectos emancipatorios. De esto dependerá la gestación de una nueva política que tienda a romper con el status quo imperante. Y concebimos dicha política como un proceso asociado a **la resolución de conflictos en situación**, pero con una orientación común capaz de sumar energía social. Desde luego que se trata de un proceso a largo plazo que debe articularse con las exigencias emanadas del corto plazo.

A esta orientación no la concebimos propiciando la unificación de mandatos ni la erección de un centro rector. Significa una apuesta en pos de una construcción abierta derivada de una práctica metodológica que ensaye formas de controlar las relaciones de dominio internas y que haga circular la capacidad de decisión. Aunque es previsible que la resolución de situaciones demandará, durante un tiempo indeterminable a priori, que ciertas personas,

debido a su capacidad reconocida por el conjunto, sean reiteradamente convocadas a dirigir un colectivo.

Será responsabilidad del colectivo crear condiciones favorables a la generalización de dichas capacidades de modo tal de impedir la fijación de lugares donde se ancle el poder. A este momento podríamos calificarlo como de transición lo cual exige, para poder avanzar, creatividad de medios y clara conciencia de los fines. De ese modo se irá consolidando el carácter colectivo de las nuevas organizaciones las que, sin poner en práctica ese requisito básico, mal podrán gestar nuevos trayectos emancipatorios.

Asumida esa postura se plantea la necesidad de ir concretando una política a distancia del Estado, lo que no excluye a quienes se desenvuelven como agentes del mismo. Esto parece una contradicción en sus propios términos, pero deja de serlo en la medida en que se subordine el lugar “geográfico” a la política desplegada que es lo determinante.

Un proyecto no es sinónimo de garantía, pero sin proyecto ¿en base a qué se orienta la acción? Si se lo concibe como un diseño de la sociedad futura, se incurre en ilusiones deterministas. Mas, si enuncia objetivos y metodologías como soporte de apuestas políticas que deberán ser convalidadas por las acciones que promueve, se transforma en algo vivo. Y en ese sentido surgen interrogantes fuertes en torno a lo planteado.

Dada la milenaria existencia del Estado y la necesidad de coordinar la actividad de millones de personas, ¿cómo compatibilizar las necesidades y libertades desde ese poder concentrado que históricamente viabilizó la dominación? La política a distancia del Estado, ¿es viable o implica un viaje de ida y vuelta? Estas preguntas y las que surjan de lo expuesto, forman parte de una búsqueda que demanda ideas originales y participación colectiva. Y éste es un desafío que invitamos a compartir.

Preguntas-Taller:

- a) ¿Qué alcances tiene la determinación a priori de sujetos revolucionarios?
- b) La política a distancia del Estado, ¿es viable o implica un viaje de ida y vuelta?

10. La incertidumbre. Proyecto político y modelo.

“Es evidente que el progreso no está asegurado por ninguna ley de la historia. En todas partes reina el sentimiento de lo incierto. En todas partes se instala la conciencia de que no estamos en la penúltima etapa de la historia. Han desaparecido las balizas que marcaban el camino hacia el futuro. Se debe abandonar la idea simplista de que el progreso técnico-económico es la locomotora que arrastra tras de sí el progreso social, político, mental y moral.” (Edgar Morin)

“Pero su poder se basa también en nuestras fallas. A la falta de propuestas alternativas nuestras, ellos ofrecen la continuidad de la pesadilla.” (Subcomandante Marcos)

La incertidumbre

La incertidumbre, asimilada como categoría en el pensamiento político-filosófico de izquierda, promueve efectos contradictorios. Por un lado, contribuye a desestructurar las certezas que esclerosaron su creatividad intelectual y frenaron el surgimiento de nuevas ideas. Pero, por el otro, amenaza perder su potencial fecundidad si deviene en una figura retórica subordinada al dominio cultural del

capitalismo. La búsqueda de respuestas a la crisis del socialismo ilustra la primera alternativa mientras que el peso de la hegemonía del capitalismo da pie a la segunda. Analicemos ahora esta contradicción para volver sobre algunas categorías que empleamos cuando procuramos explicarnos las causas del eclipse del socialismo.

El desmoronamiento del campo socialista estimuló una actitud crítica que se hizo cargo del fin de las certezas. Bajo esa óptica se tomó conciencia de una serie de presupuestos que eran apreciados como incuestionables “verdades objetivas” de la teoría marxista tal como se la asumía entonces. Eso posibilitó “ver” lo que resultaba invisible dentro del campo conceptual anterior.

Ahora bien, qué pasa si de la necesidad se hace virtud. Este deslizamiento es el que motiva nuestra preocupación. La duda como motor del conocimiento es un instrumento que se ha probado eficaz en el campo científico y también en el terreno filosófico-político. Sin embargo, si observamos lo político desde el ángulo de la concreción de objetivos, la cuestión ofrece algunas dificultades.

En primer lugar, la voluntad de cambio pareciera debilitarse en la medida en que la duda no contribuya a aportar nuevas conclusiones que generen la suficiente energía social como para impulsar una actividad política transformadora. Si de la incertidumbre no se logra pasar a la construcción de un nuevo campo conceptual operativo, se transforma en un freno que se manifiesta en la falta de certezas tomada como un fin en sí mismo.

Se abre así el siguiente interrogante: ¿es pertinente pensar un nuevo campo conceptual que relativice y condicione las certezas pero sin renunciar a ellas? Para intentar una respuesta introduciremos dos categorías interrelacionadas. Nos referimos a la de *apuesta* y a la de *proyecto*.

La “apuesta” incluye al azar como componente indisoluble de la actividad humana que, a su vez, debe asumir el grado de indeterminación operante en la práctica social y obliga a pensar la situación que será objeto de una práctica transformadora como un

espacio de lucha abierto y sin final prefigurado. Partimos de la idea de que la creación de todo *proyecto* debe incluir a éste como parte de una apuesta que cuestiona al orden establecido y que no tiene garantías más allá del compromiso de quienes lo construyen.

Ahora bien, si nos remitimos a la política y optamos por la idea de proyecto como una apuesta a favor de un cambio profundo, la contradicción asume otras características. O sea, se incluye el azar y lo polifacético de la actividad política dentro del marco de la acción deliberada que supone todo proyecto. Así se relativiza la absolutización del mismo que puede ir mutando enriquecido por los resultados de la interacción con el medio social. En primera instancia esto parece estar contemplado en el tradicional concepto de praxis. Sin embargo, éste no se adapta a los conceptos que ahora tratamos de asociar: el de proyecto político y el de modelo social.

Proyecto político y modelo

Opinamos que todo proyecto político sustantivo tiene un referente imaginario que es un modelo social. Contemporáneamente podríamos sintetizarlos en dos modelos básicos: el capitalista y el socialista. Cada modelo ha dado lugar a diversas sub variantes pero, en lo esencial, significan un modo diferente de considerar las relaciones sociales. Como todo modelo se trata de formulaciones ideales que delinear las características determinantes de la vida social. Lo cual va mucho más allá del diseño de las relaciones económicas, con sus intereses en juego, y se extiende al complejísimo campo de lo cultural en el sentido amplio del término.

La hegemonía absoluta del capitalismo parece descalificar no sólo al modelo socialista sino a cualquier proyecto político que intente oponerse a los presupuestos del modelo dominante. Pensamos que la no diferenciación entre proyecto y modelo contribuye a la confusión y a desalentar todo planteo crítico que cuestione el orden impuesto.

La hegemonía es tan fuerte que las resistencias que ofrecen los sectores populares a la agresividad del capitalismo transnacional remiten como referente al modelo del cual son víctimas. Se abre así un gran abanico cuyo común denominador es morigerar las consecuencias de la feroz ofensiva desatada a escala mundial y hallar modelos más “humanitarios” de lo que se ha dado en llamar capitalismo salvaje. Ya no se trata de plantear procesos intermedios a la manera de lo que durante una época se caracterizó como revolución democrático burguesa -en tránsito al socialismo- y que estaba en función de los desarrollos históricos nacionales y de las relaciones de fuerza existentes.

Hoy se acepta el modelo de los opresores por más retoques y salvaguardas que se propongan. Quedan entonces los proyectos políticos opositores atrapados en un círculo vicioso: si su accionar prospera y se accede al gobierno, terminan inmersos en los efectos que cuestionaron inicialmente y, si no se resignan a ello, tienden a ser desbaratados presos de la red de poder cuyas condiciones importaron junto al modelo.

Al identificar el modelo con los proyectos políticos, se santificaron a éstos en nombre de aquél. Así se perdió de vista la naturaleza del poder que se estaba gestando amparado en el modelo ideal. Y éste, bajo cuya advocación se desarrollaron los proyectos políticos, fundamentó la justificación de los mismos. De ese modo la política real tuvo el escudo del ideal que era reiteradamente violado. Por eso, mientras se confundían los planos, se construyó algo muy distinto a los fines enunciados. El resultado quedó a la vista. En nombre del modelo se terminó reconstruyendo las bases del mismo edificio que inicialmente se aspiraba a derrumbar. Esto significó toda una sorpresa histórica de cuyo desconcierto aún no se ha salido.

Esas experiencias con su falsa identidad plena de finalismo y determinismo mecanicista, originaron una reacción generalizada de diverso signo. Situados dentro de ese amplio espectro, ahora

nos interesa reconsiderar nuestras ideas acerca de las categorías expuestas.

Convencidos de las funestas consecuencias del determinismo mecanicista y de la rigidez y esquematismo de las construcciones universales ideales, quizá no apreciamos debidamente las diferencias entre proyecto político y modelo. Considerando al capitalismo se puede afirmar que a pesar de la variedad de propuestas se trata, en lo esencial, de un mismo modelo. La diversidad se muestra en la variedad de proyectos políticos que tienen que ver con las contradicciones sectoriales de intereses, las luchas por la hegemonía y el momento histórico.

Después de la desestructuración del campo socialista, se desdibujó el modelo que propuso y los proyectos políticos de gran parte de los antiguos antagonistas se sumaron a las variables que convergen hacia el modelo capitalista. Por lo tanto no se superó un techo, vale decir, el desarrollo de nuevas formas organizativas que resuelvan la contradicción entre la horizontalización del poder y la efectividad de una política que cuestione el poder omnímodo que brota de las entrañas del régimen capitalista.

Es necesario precaverse de las universalizaciones cuando éstas sacralizan las prácticas políticas y “legitiman” la existencia de “dueños de la verdad”. Esto favoreció las peores consecuencias del modelo socialista derivadas de las políticas regresivas que prosperaron a su amparo. Pero lo paradójico de la cuestión es que hoy no existe, de hecho, un modelo alternativo respecto del que es tributaria toda la humanidad. El mismo constituye el referente de la gran mayoría de los proyectos políticos que proliferan en el planeta.

Aquí es donde pensamos que nuestra crítica no diferenció bien los planos. Si se subestima la importancia del modelo respecto de los proyectos políticos y se mezclan los niveles, surgen los equívocos. Porque, **si no se apuesta por un modelo alternativo, los proyectos políticos opositores quedan girando en vacío y tienden a ser fagocitados por el modelo vigente.** Es lo que está ocurriendo

en la actualidad y se aprecia notoriamente en lo cultural-político donde la intelectualidad quedó atada a las propuestas hegemónicas al no recrear un referente propio y apostar por él. **Esto sitúa hoy a lo teórico en el terreno de la necesidad política.**

Es tan fuerte la incidencia del modelo capitalista que cerca el horizonte cultural y lo circunscribe, fundamentalmente, al terreno económico que es la base de sus éxitos y de su propuesta. A lo cual contribuye el descrédito de las experiencias de concepción piramidal-paternalista de las políticas que impulsaron el modelo socialista. Concepción que no cortó el cordón umbilical que lo unía a la visión jerárquica del poder instaurado por la cultura dominante. Y quienes hoy la siguen sosteniendo como si nada sustancial hubiera ocurrido, lo hacen desde una posición anacrónica que no asimila las experiencias vividas lo cual supone un alegato político estéril, ajeno a los profundos cambios producidos.

Cualquiera sea la forma que asuman los procesos y como parte de ellos, deberán plantearse preguntas y ensayar respuestas en busca de otro modelo. **Qué tipo de relaciones sociales se promueven; qué formas organizativas las amparan; qué principios éticos-culturales se conciben y practican; cuáles son los vínculos entre el poder, la producción y la vida diaria; cuál es el papel del individuo y lo colectivo dentro del tejido social; qué tiene que ver el Estado en este proceso; cuáles son los alcances de la “globalización” frente a las realidades nacionales.** Estos y otros interrogantes de carácter histórico son algo dinámico, inacabado por naturaleza y sujeto a una apuesta en busca de concreción. Donde el referente de un modelo deberá proveer orientación pero no garantías de logros ya que éstos son el resultado de los proyectos políticos que se llevan a la práctica.

Pensamos que la ausencia de un modelo condiciona, a mediano y largo plazo, a todo proyecto político emancipador. Éste debe partir de la situación concreta proponiéndose caminos e inmerso en el accionar colectivo lo cual es de un orden distinto al modelo en

su carácter de referente. Pero renunciar a éste, a la necesidad de su creación en perspectiva, es aceptar el vacío inherente a la crisis y someterse a la tiranía del modelo impuesto por el capitalismo. En la articulación de los distintos planos juega la experiencia histórica, la voluntad de cambio y las luchas de los protagonistas. Todo lo cual plantea el problema de los tiempos y el arte de la política que a su vez influye sobre el modelo cuyo tiempo propio es el futuro. Nos referimos, naturalmente, a una propuesta de cambio, no a la ratificación de lo existente.

Entendemos entonces que la carencia de un modelo se liga, en última instancia, a la carencia de política. Lógicamente ambos no surgen de la nada. En los actos individuales creativos los procesos inconscientes juegan un papel esencial. En las manifestaciones colectivas, las luchas opositoras y las experiencias que surgen de ellas cumplen un rol análogo de potencialidad creadora. El tránsito de la potencialidad a la consumación de la obra se mide siempre después. De allí el carácter de apuesta de todo proyecto político. Proyecto que debe hacer parte con la construcción de un modelo por el que se juega y que nunca se alcanza porque el tiempo futuro se corre siempre.

La acción concreta busca aproximarse al modelo y mientras lo va encarnando en hechos reales, lo modifica. Sería como un blanco móvil que demanda correcciones de puntería con el continuo aporte de nuevos tiradores. Pero sin blanco, por más móvil que sea, no existe direccionalidad del esfuerzo o, en todo caso, existe una direccionalidad que se pierde en el vacío.

En definitiva, pensamos que negar la importancia y posibilidad de un modelo alternativo no es una virtud sino una manifestación de desorientación política y una limitación de la capacidad creadora.

La cultura de la época ciñe a las personas dentro de un marco estrecho que las sujeta a las relaciones existentes. Y cuanto más sólidas son éstas, cuanto mayor es el poder hegemónico, se consolida

el sentimiento de imposibilidad de cambio. Entonces los proyectos políticos no pueden superar la frontera del presente que se eterniza en las proyecciones de futuro cortándose el vínculo entre proyecto y modelo. La puesta en práctica de un proyecto político, así circunscripto, queda limitado a matices de lo mismo y lo mismo es lo que consagra el orden vigente.

Lo precedente no significa que haya que desestimar los matices, sobre todo en los períodos de crisis y de alto grado de incertidumbre. Porque en las prácticas políticas colectivas de resistencia, aun limitadas por proyectos que giran en órbita ajena, van surgiendo simientes de lo nuevo, hechos que desbordan el marco, actitudes que escapan a las reglas del juego establecidas, insatisfacciones y experiencias que abonan el terreno de una racionalidad contraria a la impuesta por los dueños del poder. Sin este suelo propicio no van a germinar las semillas del cambio.

Empero, no se puede confiar en que broten por sí solas y renunciar a un papel activo, de allí la importancia de la creación de nuevos proyectos que operen en pos de otro modelo que vaya constituyéndose en un referente de los oprimidos. Y decimos *de* los oprimidos y no *para* los oprimidos.

El zapatismo, una rica y original apertura

Analicemos ahora lo que aporta *Chiapas* en este sentido. En primer lugar, como toda apuesta política significativa, es original. Y en su originalidad existe un componente de universalidad que le confiere trascendencia. Abre un nuevo espacio y establece una lectura distinta sobre un punto clave de nuestra época: *la cuestión del poder*.

Lo vemos como clave y que está a la orden del día, puesto que contra ese límite chocó el intento de liberación más rico que produjo la humanidad -el socialismo- con su propuesta y experiencias

a favor del fin de la explotación y el sometimiento.

También, y de un modo no menos relevante, hay que incluir la incertidumbre que plantea la hegemonía planetaria del sistema capitalista, la nueva distribución de poder a escala internacional, la transformación que están sufriendo los Estados nacionales y la crisis del sistema político de las democracias donde se profundiza el abismo entre la sociedad civil y las instituciones políticas tradicionales.

Para referirnos a la apertura zapatista citaremos algunas de las ideas que expuso el Subcomandante Marcos en un reportaje de Juan Gelman y otras que menciona nuestra compañera Elsa González en el informe de su viaje a Chiapas:

“Cuando no hay, como no hay, un espacio democrático de confrontación de las propuestas políticas con los afectados, que son los gobernados, no importa qué sistema social impere, tarde o temprano va al fracaso. Con la caída del Muro de Berlín, con el derrumbe del campo socialista, lo que se produce no es el fracaso de un sistema social y el triunfo de otro, el fracaso del socialismo y el triunfo del capitalismo; en realidad se trata del fracaso de una forma de hacer política. Pensamos que lo que está fallando es una forma de hacer política, que hay que encontrar una nueva que no tenemos una puta idea de cómo sea esa forma nueva, pero sí de cómo no debe ser, y que para dar con esa forma nueva necesitamos otras voces y otros pasos.” (citado por E.G.)

“Pocas veces un pensamiento ha sido más rico y creativo, como el -de la izquierda en el llano y pocas veces tan cerrado y torpe como tuvo al llegar al poder.” (citado por E. G.)

“Nosotros apostamos a una premisa fundamental: no a la toma del poder, no a los cargos gubernamentales, no a los puestos de elección popular, y vamos a ver qué tipo de políticos produce una

organización de esa naturaleza.” “Hoy Paz, Justicia y Democracia sólo son posibles juntas. Cualquier esfuerzo de la sociedad civil por construirlas es importante, hay que hacerlo. El esfuerzo ciudadano no partidario, su interés no es una cuota de poder ni un tiempo en los reflectores porque es desinteresada, es vital.” (citados por J. G.)

De estas pocas citas se desprende un corrimiento sustancial en el modo de considerar el poder y de pensar la política. También se hace una lectura distinta del derrumbe del campo socialista al desvincular la validez del sistema social de la política que lo encarna y a la que él considera fundamental.

Vale decir, **plantea la distancia existente entre el sistema social y la forma de hacer política. El quiebre entre estos dos planos sería lo que dio por tierra con el socialismo.** Además, hace extensiva la cuestión a cualquier sistema social y podríamos añadir, dentro del mismo espíritu, deslegitima a todo modelo de emancipación impulsado por una política que no resuelva las formas de opresión que genera el poder. Efecto que ejemplifica cuando habla del antes y el después de la toma del poder al enjuiciar certeramente la esclerosis post-revolucionaria del pensamiento de izquierda.

Asume la incertidumbre al reconocer la oscuridad acerca del qué hacer futuro, hace una apuesta concreta negando las formas de hacer política instauradas hasta el presente por toda la tradición revolucionaria cualquiera haya sido su ideología. *Ese no*, es toda una definición que abre un nuevo espacio de búsqueda. Donde se valoriza la participación de la sociedad civil y se marca la distancia que la separa de las instituciones políticas vigentes.

Coherentemente, abre otro sesgo fecundo al renunciar a postularse como dueño de la verdad, de vanguardia esclarecida a la que hay que seguir. Al respecto dice: *“No nos sigan. No sigan al EZ, no sigan a Marcos, no nos idealicen. Somos hombres y mujeres como cualquiera con nuestras bajezas y egoísmos, con nuestras debilidades y desaciertos. No somos el hombre nuevo. El zapatismo no es mundo*

nuevo. El zapatismo es un esfuerzo de intuición, unas ganas de luchar por cambiar todo, incluso a nosotros mismos. Organicen según su propia esperanza.” (citado por E. G.)

Por otra parte, la experiencia zapatista ilustra los cambios profundos sufridos en un proyecto político que nace de una tradición revolucionaria clásica que se transforma visceralmente bajo la influencia de una cultura social distinta. Pero de allí no surge una corriente indigenista como tantas otras. Sin dejar de responder a la situación local, paralelamente, se gesta un nuevo lenguaje con fuertes contenidos universales que prende en culturas tan diversas como las del primer mundo o como la nuestra.

En el desarrollo de este mutante proyecto político se van enfrentando situaciones y planteándose temas que están en el centro de la problemática contemporánea. También se percibe la prefiguración de otro modelo, muy difuso aún, por oposición al modelo dominante. En su negación y en la práctica que la avala, está la simiente de lo nuevo. Algo que va mucho más allá del éxito puntual de tamaño empresa. Es una voz que surgió de escuchar pese al inmenso ruido que produce el discurso del poder hegemónico.

Nos resulta muy difícil sopesar la influencia de la cultura indígena en esta fresca y original forma de considerar al poder. Pero tomando las propias palabras de Marcos y los efectos atípicos de esta guerrilla en cierto modo negadora de sí misma, la influencia parece indisociable.

Tal experiencia muestra que para el imaginario social y la vida de relación de las comunidades indígenas, el peso de lo colectivo es muy fuerte en tanto que los vínculos de poder, las jerarquías, parecen débiles. De acuerdo a ello, se presenta una oceánica diferencia con la cultura de tipo capitalista que hoy reina en el mundo. Sin embargo, al incluirse ese proceso local dentro de la esfera política de influencia geopolítica de los yanquis, se establecen conflictivas relaciones con la realidad internacional y su correlativa dependencia nacional. Y aunque esa apertura responde a una situación

particular, por su potencia, genera efectos que trascienden su propia especificidad.

De esto surge una doble lectura: ni se deben extrapolar experiencias ni se puede ignorar el aporte a la problemática del poder que instaura. Lo cual remite a la enorme dificultad de imaginar una nueva forma de hacer política y de encarar la cuestión del poder dentro de culturas fuertemente condicionadas por el capitalismo, con sus hábitos incorporados individual y colectivamente, donde se nutren y potencian las relaciones de dominio. Característica que también alcanzó, con sus matices, a todas las experiencias socialistas.

Pero aún en la diversidad existen rasgos convergentes. Del seno de esta cultura occidental, por sintetizarla bajo un mismo nombre, fluyen poderosas contradicciones que han puesto la cuestión del poder en el orden del día. Y no es casual que la fuerza del zapatismo, en virtud de su proyecto político y de su puesta en acción, ha logrado una notable repercusión que se expandió a la esfera internacional. Y aunque el fenómeno a escala global no sea masivo, tiene la suficiente difusión como para instalar una nueva mirada acerca del poder en los ámbitos más disímiles.

Pensamos que la experiencia del EZLN evidencia cómo un proyecto político puede variar en su desarrollo y también muestra su interacción con las ideas que procuran crear otro modelo de relaciones humanas. Y aquí cabe hacer una distinción entre sistemas y modelo social. **Los sistemas sociales** nacen del desarrollo de las luchas históricas e implican relaciones sociales que determinan las condiciones de vida de las personas. Esto se verifica tanto en el pasado como en el presente.

En cambio, un modelo es una propuesta ideal abierta al futuro y cuya ligazón con lo real proviene de los proyectos políticos que lo toman como referente y crean situaciones que, al calor de las distintas experiencias, ponen distancia e influyen sobre el modelo.

El intento de puesta en práctica del modelo socialista, de transformarlo en una realidad presente, ejemplifica el carácter ideal de todo modelo. Creemos que la articulación entre modelo y proyectos políticos permite la búsqueda de convergencia hacia objetivos comunes sin renunciar a la diversidad ni a lo particular de las situaciones. Y que también puede contribuir a reforzar los anticuerpos contrarios a la enfermedad del sectarismo y la exclusión propias de la tradición de izquierda.

Concebimos a un auténtico proyecto político emancipador como inescindible de su metodología de construcción. Esta última pone en evidencia el carácter de aquél y confronta la práctica concreta respecto de los enunciados. Los cuales, sin el aval de dicha práctica, resultan una cáscara vacía, pura retórica. Creemos que en el estadio actual de la humanidad y en base a las experiencias aportadas por el socialismo, no se podrá superar la frontera impuesta por el capitalismo si no se asume la problemática del poder como algo interno, inherente a los proyectos políticos que se desarrollen en pos de un modelo de sociedad más justo y libre. Prueba de ello es que los grandes objetivos del socialismo fueron reiteradamente desvirtuados a través de una práctica política que concedió al poder el mismo lugar que se pretendió destruir mediante la revolución.

Éste es un punto donde la experiencia del zapatismo plasma uno de sus mayores aportes. Probablemente sean los primeros que construyeron formas de poder en permanente vigilia y estado de sospecha. Tratan de abrir el espacio privilegiado de “vanguardia” que no asumen, al interior de la sociedad civil. Y su propia confesión de que “no tenemos una puta idea” de cómo hacerlo, no sólo es una manifestación de honestidad, sino que reviste el carácter de una proclama política de renuncia al papel de amo y un llamado a la participación en esa toma de conciencia. También es válida su instigación a no idealizarlos, a no copiar su mismo derrotero. El que abrieron ellos es uno de los caminos posibles. Que se abran otros,

cuantos más, mejor. Obviamente, las dificultades son inmensas. Pero lo que alcanzaron ya es trascendente: intentan, en los hechos, compatibilizar su metodología de construcción con la idea de poder que sostienen.

Preguntas-Taller:

- c) ¿Qué contradicciones referidas a la política porta la incertidumbre?
- a) ¿Qué diferencia y ligazón existen entre modelo y proyectos políticos?

11. Acerca del desarrollo nacional⁶

“Sobre la base de los principios fundacionales de la ISI, antes mencionados, es imposible erradicar la restricción externa y convertir a la industria en la correa de transmisión de la ciencia y la tecnología a la producción de bienes y servicios. Esa ISI está históricamente agotada y en contradicción cada vez mayor, con las transformaciones del orden mundial.” (del art. de Aldo Ferrer “Nuevos principios de la estrategia industrial” Cash del 16/08/15, en Página 12)

Final de la Industrialización Sustitutiva de Importaciones (según Ferrer)

Sorprendente planteo de uno de los más destacados exponentes del desarrollismo por un doble motivo. Por el abandono de la “vieja” concepción de la Industrialización Sustitutiva de Importaciones (ISI) y también por los “nuevos” principios que enuncia.

Éstos parecieran una descripción de lo que ha venido sucediendo en el centro dominante del capitalismo mundial acorde al proceso de acumulación y concentración del capital (nuestro país estaría entre los catalogados como “periféricos”).

6 Se tomó la base del artículo “Alcances del Desarrollo Nacional” de septiembre de 2015 con sintética actualización sobre los sucesos posteriores. Vale decir, el avance continental de la derecha a través de los golpes “blandos” y en nuestro país, el inédito triunfo electoral de la derecha explícita del gobierno de Macri, luego codirigido por el FMI.

Veamos algunos fundamentos referidos a la descalificación de la ISI en un período en el que varios gobiernos populares, en particular el nuestro, la asumieron como su política económica (peculiaridades aparte). **Paso entonces a reseñar las principales causas del agotamiento según plantea Ferrer:**

- *“El déficit en el comercio internacional de manufacturas de origen industrial es la causa dominante de la insuficiencia de divisas, vale decir, **la restricción externa.**”*
- *“En los últimos doce años, la recuperación del empleo y producción industriales, es notable. Pero ha vuelto a reaparecer la restricción externa precisamente vinculada a **las debilidades de la estructura industrial.**”*
- *“Sustituir importaciones actuales, sin anticiparse a los cambios, en la oferta y la demanda, determinados por el progreso técnico. Es decir, sustituir el pasado. De ese modo, las importaciones de nuevos bienes excedieron el ahorro de divisas producido por la producción local de importaciones del pasado.”*
- *“Dedicarse esencialmente al mercado interno, sin proyectarse, al mercado mundial para generar, al menos, las divisas necesarias para abastecer de insumos y equipos importados al propio sistema industrial.”*
- *“**Esa ISI está históricamente agotada** y en contradicción, cada vez mayor, con las transformaciones del orden mundial.”*

De esta breve reseña de las argumentaciones de Ferrer se desprende su lapidaria conclusión citada más arriba y a la que agrega otra de gran significación política: **“El concepto mismo de ‘sustituir importaciones’ debe ser abandonado porque reduce la industrialización a abastecer el mercado interno.”**

Lo último es justamente el eje político-económico de varios gobiernos populares latinoamericanos (desecho el término “populista” pues resulta una ambigüedad apta para cualquier uso). Dichos gobiernos privilegian al mercado interno como motor del

desarrollo y recurren al legado keynesiano apoyándose en el control del Estado.

En este punto no entraré en la problemática del “modelo” nacional y popular, neodesarrollista, keynesiano o como se lo quiera llamar. Sólo me remito a la postura de Ferrer que, criticable o no, aporta razones que invitan a la reflexión. Asimismo, marco un dato y una omisión de su discurso que me parecen importantes. El dato se refiere a la ponderación del nivel de extranjerización de nuestra economía: *“La industria argentina es una de las más extranjerizadas del mundo. Las filiales generan más del 80% del valor agregado de las mayores empresas.”* Su omisión: soslaya en lo fundamental explicitar el carácter de los distintos sectores de clase, su incidencia en las luchas político económicas y su peso en las relaciones de poder interno-externas.

Vayamos ahora a su mencionada propuesta con sus nuevos principios.

Los “nuevos” principios

1º) *“Sustituir el futuro, no sólo el pasado”*. En buen romance, convertirnos en un país generador de innovaciones tecno-industriales de punta con un fuerte impulso en I.D. (Investigación y Desarrollo).

2º) Plantea no resignarse a las manufacturas simples frente a las dificultades que presentan las producciones de alta complejidad. Aquí da un ejemplo antitético. Propone empresas argentinas integradoras de la industria automotriz, típico caso de la ISI y a la vez señala las industrias vinculadas a las tecnologías de la información y la producción de bienes de capital (sector I). La primera (el pasado) de fuerte gravitación en nuestra economía contrasta con el débil desarrollo de la segunda.

3º) *“Aumentar las exportaciones de manufacturas, incluso en las actividades de mayor contenido de valor agregado y tecnología.”* Luego indica que esto constituye el componente más dinámico del comercio internacional.

4º) *“Fortalecer el protagonismo y el entramado de las empresas nacionales, en todas sus dimensiones, Pymes y grandes. No se construye un **empresariado nacional** y el desarrollo del país, delegando el protagonismo en las filiales de las corporaciones transnacionales”*. Y pone como ejemplos a China y Corea del Sur que son casos diferentes e incomparables con el nuestro y con los procesos latinoamericanos.

5º) *“Ampliar las bases del cambio tecnológico y la innovación propias. Los gastos de investigación y desarrollo, en las empresas, las universidades, los organismos públicos pertinentes, son las inversiones de mayor impacto en el desarrollo económico y social. Este quinto punto contiene, implícitamente, parte de lo que sostiene en los otros.*

Como ya he dicho, esos principios semejan algunos aspectos relevantes del desarrollo de los países centrales del sistema y de la constitución de las grandes corporaciones mundiales. Para constatarlo basta con remitirse a las características históricas que jalonnaron los diversos procesos. No es casual entonces que en el inicio de su propuesta afirme: *“Se trata, en definitiva, de formar un sistema industrial integrado y abierto sobre la base de principios que están en las antípodas de los de la ISI.”*

En verdad, los que están en las antípodas son los países según el lugar que ocupan en el concierto de las naciones. Los Estados hegemónicos que apadrinan a sus poderosísimas corporaciones frente a las naciones subordinadas al gran capital internacional. Antes, se transparentaba esa polaridad con la consigna “Imperialismo o Dependencia”. Después, con el triunfo mundial del capitalismo, se la encubre con el término **“globalización”**.

No obstante, los conflictos y las luchas contra la dominación continúan con sus diferencias y variaciones de amplísimo registro. Desde el surgimiento de nuevas ideas y experiencias hasta fisuras políticas generadas por luchas masivas en Sudamérica que derivaron en la asunción de varios gobiernos populares. Y aquí tiene relevancia la crítica al enfoque de Ferrer pues se relaciona con los sucesos actuales y con el debate abierto sobre el futuro inmediato-mediató.

Al respecto, un punto clave es la omisión señalada, o sea, la falta de caracterización real del “empresariado nacional” hoy. Ese gran ausente, factor gravitante en toda sociedad capitalista, deja sin soporte concreto a sus nuevos principios.

Los alcances de lo nacional y la encrucijada de los gobiernos populares

Los grupos económicos locales (GEL) tenían la hegemonía de la cúpula empresaria hacia 1995 y luego comienzan a vender a las trasnacionales muchas de sus empresas en pos de la valorización financiera a la par que generan un fuerte proceso de fuga de capitales. Ya en 2001 es clara la hegemonía de las trasnacionales. Los datos que consignamos (X) permiten apreciar la desnacionalización de lo más relevante de la cúpula empresaria, ya sea por la participación directa del capital extranjero o por el travestismo que representan los intereses dominantes de los GEL ligados al mercado mundial, sobre todo a través del circuito financiero y del comercio exterior.

Esos grupos son expresión de un importante sector que en todo momento impulsaron las políticas neoliberales que los favorecieron perjudicando al país. Es más, en su momento, como proveedores del Estado, embolsaron jugosos beneficios con sobre precios del orden del 30%. En suma, la burguesía nacional brilla por su ausencia más allá de pequeños y medianos productores de escaso peso político en las decisiones macroeconómicas.

Aquí voy a parafrasear un ilustrativo fragmento de un artículo de Mónica Peralta Ramos (“El mito de Sísifo y la deuda externa argentina”) publicado el 24/09/14 en Página 12. Me parece una buena síntesis de las relaciones mundiales existentes que contradice la propuesta de Ferrer bastante antes de que éste la planteara:

“La expansión global de la acumulación del capital ha dado lugar a la integración compleja de las grandes corporaciones multinacionales y a una nueva división internacional del trabajo basada en la desintegración del proceso productivo a nivel local y en su integración a nivel global en cadenas de valor, cuyos segmentos estratégicos son controlados por el capital trasnacional. Un conjunto de empresas multinacionales concentra hoy las decisiones y el poder tecnológico y controla los sectores más dinámicos de la industria. Al mismo tiempo, existe una enorme fragmentación y dispersión del proceso productivo a nivel local y los Estados nacionales pierden progresivamente su capacidad de planificar políticas en su territorio. Los países en desarrollo se encuentran hoy integrados en cadenas de valor global y son totalmente vulnerables a decisiones que surgen de la lógica de la acumulación global del capital trasnacional. Dentro de esta lógica, la exportación de tecnología juega un rol crucial.”

Vale agregar a la síntesis extractada, la notable incidencia del capital financiero que a partir de la liberalización de regulaciones que supuso la creación de los Bancos de Inversión, cuadruplicaron su relación con el capital productivo y generaron enormes burbujas especulativas. Éstas estallaron en la crisis de 2008 que se inició en EE.UU. contagiándose al epicentro del sistema y extendiéndose a la esfera mundial con variables efectos.

Ahora bien, dentro del Orden Mundial existente tomaré a nuestro país como caso testigo de las expectativas nacionales que se generaron en Latinoamérica, en este siglo, debido al imprevisto surgimiento de varias aperturas políticas de distinto rango. Las mismas han instalado un cúmulo de interrogantes y diversas polémicas.

De lo apuntado más arriba se infiere que hablar de la **burguesía nacional** resulta una formulación vacía de contenido. En cuanto a los sectores medios y pequeños de la producción local, las Pymes, representan el 44% del PBI. Sin embargo, esa considerable

magnitud es inversamente proporcional al poder político que pueden ejercer, fundamentalmente, por la dispersión y volumen individual de capital. Sin embargo, son la principal fuente de trabajo formal y con manifiesta incidencia en los conflictos laborales que tienden a atenuarse toda vez que baja la desocupación aunque subsistan los problemas salariales. Su oscilante comportamiento es objeto de disputas por ganar su apoyo o neutralizarlo.

Para una política de corte nacional, resolver el tema económico comporta una sustantiva prioridad. El control del aparato estatal de los gobiernos populares es indispensable para dar batalla al poder del capital concentrado. Obviamente que en la sociedad intervienen distintos factores: culturales, sociales, ecológicos, mediáticos, internacionales, regionales, etc. etc. Empero, en el capitalismo se destacan las relaciones económicas que tienen gran relevancia política porque constituyen el factor clave del sistema y su razón de ser. Tiñen, en variable medida, las otras instancias al calor de la pugna de intereses. No es casual entonces que en ese nivel se asiente el poder real cuya máxima expresión es la “corporativización” del orden mundial. Lo cual refleja la pérdida de significación de lo nacional por más que constituya un irrenunciable soporte para las aspiraciones populares.

Enfoques e interrogantes

Enfoquemos ahora la problemática nacional de nuestro país. En un primer plano se ubica el gobierno popular kirchnerista que izó esa bandera a lo largo de su gestión. No entraré en los consabidos balances escritos por “contadores” interesados. Sólo mencionaré unos pocos hechos que considero suficientes para validar la auto calificación K de “nacional y popular”. Me refiero al rechazo del ALCA, la reestructuración y gran quita de la deuda externa, la estatización de la ANSES y la nacionalización de Aerolíneas y de YPF. Descarto las objeciones y diatribas de una oposición que me parece

paupérrima en general y reaccionaria en buena parte de sus representantes. Lo cual no desdice la crítica a las limitaciones y contradicciones del kirchnerismo.

Ahora voy a abordar la cuestión nacional desde dos lugares con enfoques diferentes que conllevan sus respectivos problemas y limitaciones. Uno, la visión anticapitalista de la que participo y que implica un largo proceso emancipatorio y dos, la postura nacional y popular que encabeza el kirchnerismo pero sin alterar estructuralmente el orden capitalista.

Respecto del primer enfoque, la hegemonía mundial del capitalismo constituye una formidable barrera de imponderable duración, presumiblemente muy dilatada. Luego, plantear un salto o un pasaje a una sociedad más sana, igualitaria y justa que logre el fin de la explotación y la dominación propias del capitalismo, implica inciertos recorridos y procesos de impredecible futuro. Esas aperturas, como todo lo que aspira a innovar, deben enfrentar grandes obstáculos y resolver numerosos interrogantes. Y en tanto se oponen al sistema, cargan con el calificativo de utopía cual encarnación de una ingenuidad extrema.

Mas, si a tal utopía⁷ se la considera un no lugar del orden existente, devienen interpretaciones muy distintas. Esto no contradice las definiciones de la R.A. porque se trata de un inexistente para el orden social dominante que la excluye de su construcción de la "realidad". Y que sea "*irrealizable en el momento de su formulación*" no invalida el proyecto emancipatorio como toda formulación que remite a un proceso.

Empero, más allá de la semántica, lo que importa es su significado político de rechazo al capitalismo. Exige construcciones de largo aliento, nuevas ideas y gran creatividad. Por ejemplo, el cuestionamiento al Estado, a las vanguardias y liderazgos clásicos, a las relaciones mercantiles cosificantes, etc., etc.

7 Utopía: lugar que no existe. Plan, proyecto, doctrina o sistema optimista como irrealizable en el momento de su formulación (D.R.A.).

Resolver las dificultades para la construcción de nuevas alternativas políticas emancipatorias recae en los que planteamos vías anticapitalistas ya que no es responsabilidad de quienes tienen otra visión dentro del campo del pueblo. Luego, es necesario el debate ideológico en torno a la importancia de la oposición a este orden injusto y sobre la construcción colectiva de alternativas emancipatorias. Caso contrario, el capitalismo seguirá prevaleciendo indefinidamente.

A propósito del campo del pueblo ahora enfocaré la otra postura, la nacional y popular. Ésta se halla ante una aguda contradicción: alterar los efectos que genera un sistema injusto y explotador para, sin romper con el mismo, conducir los destinos de la nación y generar un proceso en el que prevalezca la justicia social.

La realización de semejante tarea exige el control del Estado Nacional, requisito indispensable pero no suficiente. Y éste es el teatro de las actuales batallas. Batallas que no se limitan a las pujas sectoriales internas sino que éstas se hallan mediadas por las relaciones internacionales donde dominan las grandes corporaciones y los países hegemónicos que condicionan la estructura económica que es la base principal del poder en el capitalismo.

A poco más de un mes de las elecciones nacionales de 2015 arreciaron los enfrentamientos, el juego sucio y las maniobras de todo tipo, fundamentalmente de la oposición. Su gran objetivo era desplazar al kirchnerismo del gobierno y quitarle así su principal apoyo, el relativo control del Estado. Liderazgos y vanguardias son emergentes históricos que, en distintas ocasiones gestaron transitorios momentos disruptivos. Los cuales, al no lograr desplazar al poder dominante fueron derrotados o sucumbieron ante la potencialidad sistémica.

La ruptura de un orden social como preludeo del surgimiento de otro, supone transformaciones sustanciales de la sociedad. Esto nos vuelve a situar en la contradicción acerca de los dos enfoques, la llamada utopía que plantea la emancipación y la política

reinante que se desenvuelve de acuerdo a la “legalidad” del sistema capitalista.

Sin embargo, el panorama político es mucho más complejo que un reduccionismo de las contradicciones si se pretende evaluar situaciones concretas. Por caso, el kirchnerismo produjo una insospechada reacción frente a la ofensiva mundial del gran capital externo-interno y engendró una fisura política sobre la hegemonía que ejercían los personeros del gran capital.

La contracara vino después, el triunfo electoral de Macri (sin fraudes ni proscripciones) con su vertiginoso arrasamiento de los avances de carácter popular generados por el kirchnerismo. Como súper síntesis de su gobierno de CEOs, de los desmadres y de la crisis que produjo, tuvo que recurrir al apoyo del FMI que hoy co-gobierna. Lo cual exhibe, sin tapujos, la política tradicional de las corporaciones y las potencias hegemónicas de las que el macrismo es expresión por más posverdad que emplee para disimularlo.

Acerca del primero de los dos enfoques, la emancipación del orden capitalista como objetivo legítimo e irrenunciable, supone un extendido proceso temporal. Mas, a partir de este aserto desfilan los interrogantes. El principal se refiere a los cómo. Éstos incluyen una variable multiplicidad: qué senderos deben transitarse; los alcances de la política a distancia del Estado; qué praxis desarrollar para la gestación de una nueva subjetividad social; la política K, ¿favorece un proceso emancipatorio o lo ralentiza por su adecuación al sistema?; qué enseñanzas deja la implosión del comunismo, y así siguiendo.

Yendo ahora a la problemática nacional que asume el movimiento K, vale tener en cuenta que una fisura, al no prosperar, tiende a sellarse con mayor o menor dificultad. Y el gobierno de Macri es una confirmación más de ese aserto. Es que una política de carácter popular que tienda a la independencia nacional debe enfrentar fuertes obstáculos.

En nuestro subcontinente vivimos un período francamente retrógrado producto de la proliferación de golpes blandos, enmascarados o no. Brasil es el mayor ejemplo con el ascenso a la presidencia del milico-facho Bolsonaro y su viciado triunfo electoral. Precedido por el golpe judicial-político que destituyó a Dilma (al margen de su desteñido rol), seguido de la proscripción y encarcelamiento vergonzoso de Lula. Sumando lo que pasa en Argentina, Ecuador y los temblores de Venezuela (tan lejos del gobierno de Chávez), exhiben el triunfo de la derecha, excepto el caso de Bolivia. Prácticamente Sudamérica pasó de ser un territorio que hacía alentar esperanzas respecto de la independencia nacional, a ser un reservorio del neoliberalismo y de las ofensivas antipopulares.

En la actualidad rige el encumbramiento político de quienes representan el poder concentrado del gran capital. A su indiscutible hegemonía económica, suman el manejo del Estado, el control del Poder Judicial y del poder mediático. Cartón lleno. No obstante, por la misma razón, la resistencia popular está creciendo, al menos en nuestro país, con las movilizaciones de distintos movimientos sociales, lo más combativo del sindicalismo y los sectores políticos que se oponen a esta ola depredadora, una versión actualizada de la oligarquía tradicional.

Crece entonces la necesidad de que se gesticone un proyecto nacional que deberá enfrentar a fondo el poder del gran capital que hoy reina urbi et orbi. Esta problemática comprende un entramado de cuestiones más que complejas y crecen los interrogantes. ¿Es viable lo nacional sin enfrentar a las grandes corporaciones y al capital financiero local e internacional? Y dada su gravitante influencia en la subjetividad social, ¿cómo deconstruir la lógica mercantil, el exitismo y el recalcitrante egoísmo propios del orden capitalista? ¿Acaso debemos considerar al “hombre nuevo” como un fósil?

La “globalización” capitalista, consumada realidad, representa la antítesis de la idea liberadora que suponía “el internacionalismo proletario”. Empero, éste resultó otra de las grandes frustraciones.

Pesado antecedente pues ese proyecto se licuó a consecuencia de la praxis de los partidos comunistas y sus Estados. Éstos terminaron asumiendo el rol nacional como instrumento de las luchas políticas que provocaron enfrentamientos y hasta guerras en el propio campo.

Esta difícil etapa que se avecina requerirá aunar fuerzas dentro del campo del pueblo promoviendo una auténtica participación popular. A tal fin y preservándose de actitudes sectarias, es necesario generar amplios debates de ideas en torno a la problemática nacional y a la emancipación.

Preguntas-Taller:

- a) ¿Es viable lo nacional sin enfrentar a las grandes corporaciones y al capital financiero local e internacional?
- b) En esta etapa, ¿qué estrategia debería desarrollar el campo popular para oponerse a semejante hegemonía?

CUADRO DE REFERENCIA:

Argentina. Cantidad de empresas y participación porcentual en las ventas agregadas de los distintos tipos de empresa en la cúpula empresaria*, 1991-2008 Valores absolutos y porcentajes										
	1991		1995		2001		2005		2008	
	Cant. %		Cant. %		Cant. %		Cant. %		Cant. %	
	Emp.	ventas	Emp.	ventas	Emp.	ventas	Emp.	ventas	Emp.	ventas
Estatal	19	28,9	5	3,3	1	1,6	4	1,5	7	2,3
Privada Nacional	105	34,6	94	37,1	59	25,3	57	23,2	53	23,5
Extranjera	56	22,5	56	27,8	92	55,1	106	61,5	117	58
Asociaciones	20	14,0	45	31,8	48	18,0	33	13,8	23	15
Total	200	100,0	200	100,0	200	100,0	200	100,0	200,0	100

* Se trata de las 200 empresas más grandes del país (según sus montos de ventas anuales).

Fuente: elaboración propia con base en información del Área de Economía y Tecnología de la Flacso. (Ibid. de Aspiazu, Manzanelli y Schorr)

Tabla publicada en el artº "Concentración y Extranjerización del Capital" de la Comisión de Economía y Política del Colectivo x la Justicia social.

12. Populismo y emancipación (diferencias y afinidades)

Economía y política

La dependencia de la política a la economía en el capitalismo se explica porque lo esencial sobre lo que se asienta el poder en este orden social es la economía. Vale decir, responde a su capacidad productiva y a su potencia financiera y comercial. Por eso cuanto más desarrollado está el sistema, mayor es la gravitación política de las grandes corporaciones. Hoy, estos gigantescos capitales imponen sus intereses incidiendo y manipulando la política del variado y amplio espectro de los Estados nacionales.

Lo descripto exhibe a la economía como el nivel principal del sistema pero, obviamente, no es el único. Lo cual no significa que lo económico sustituya a la política en el capitalismo pues ésta garantiza y motoriza su dominación. En el polo opuesto, las políticas emancipatorias anticapitalistas promueven la superación de este injusto orden social. Aquí la cuestión se complejiza al considerar la política “realmente existente”. Es que lo estructural está atravesado por los particularismos y su múltiple variedad de situaciones e historias concretas. Luego, es preciso evaluar la influencia

de los diferentes actores y las luchas sectoriales sobre la señalada polaridad.

Aquí es oportuno hacer la distinción entre **política** y **gestión** lo que no supone omitir su vínculo. Pues toda política que como tal disputa el poder, si triunfa, debe administrar los recursos de la sociedad. O sea, hacerse cargo de la gestión que, disimulada o expresamente, está prefigurada en esa política. Luego, ambas categorías son parte de la problemática del Estado. Mas, dicha institución porta un irresuelto y serio interrogante para toda apertura que promueve la emancipación: ¿cómo construir organizaciones que garanticen la real participación de la sociedad en decisiones sustanciales para su existencia?

Un problema semejante presenta el cuestionamiento a la vigente democracia representativa que legitima al poder dominante. Esto suscita otra pregunta: ¿cómo encarar las situaciones en que dicho poder muestra fisuras, sea por crisis y/o conflictos y luchas de quienes lo enfrentan sin romper con la legalidad sistémica? Este interrogante trae a escena al llamado “**populismo**” que es objeto de polémicas en nuestro medio y también en otras latitudes.

Acerca del “populismo” y la emancipación

Los mayores divulgadores del término “**populismo**” proceden de la derecha y de su poderoso aparato de propaganda, televisivo y del periodismo escrito. Lógicamente, lo cargan de un contenido insidioso y negativo para desprestigiarlo y anularlo políticamente. En nuestro medio esto es tan evidente que torna superfluo referirse a semejante prédica. Mas, descartada la misma, es conveniente pensar su relación con los movimientos que plantean la emancipación. Tal enfoque origina distintas interpretaciones y debates. Por lo tanto, abordaré someramente los alcances políticos del populismo. Y con esa finalidad haré una esquemática mención al conocido aporte teórico de Laclau.

Plantea Laclau: “*La ‘vaguedad’ de los discursos populistas, ¿no es consecuencia, en algunas situaciones, de la vaguedad e indeterminación de la misma realidad social?*” (“La razón populista”, pág. 32). Es válida su tácita afirmación considerando la multiplicidad de actores y sectores sociales. Cuestión que se articula con lo que después desarrollará respecto de las demandas equivalenciales. Las que, en conjunto y bajo el predominio de alguna/s de ellas, resultan la base simbólico-política del significante pueblo que a su vez establece una frontera insalvable con el poder dominante, digamos el “anti pueblo”.

La conjunción de las “demandas equivalenciales” son reclamos que remiten a necesidades sentidas al interior del abarcador “significante pueblo” que potencian la energía de los movimientos populares. Empero, hay síntesis más abarcadoras como ciertos enunciados simbólicos generales que expresan y condensan sentimientos y políticas de profunda raigambre popular y de gran capacidad movilizadora. Por ejemplo, las tres banderas del peronismo: “justicia social, independencia económica y soberanía política” que representaron la antítesis política de la “década infame”. También viene a colación consignas claves de otros momentos históricos como el lema “Paz, Pan y Tierra” que lanzaran los bolcheviques durante la primera guerra mundial y que culminó con la Revolución Rusa.

La cita y mi reflexión acerca del enfoque teórico de Laclau, es para situar lo que configura un vacío que ha dejado y deja el “populismo”. Según mi interpretación, este vacío marca la significativa omisión de lo estructural sistémico en su política que es un nivel fundamental para las corrientes emancipatorias con miras al mediano y largo plazo. Sin embargo, éstas aún no gravitan en la sociedad pues distan de crear alternativas superadoras en tanto que la mayor riqueza de su praxis deviene de las experiencias micro.

La diferencia teórico-práctica señalada, obstaculiza fructíferos intercambios entre ambos sectores que, en los hechos, enfrentan al mismo enemigo. Uno, inmerso en su política cortoplacista, pone

el acento en las exigencias del “día a día”. El otro, al que pertenezco, orienta su praxis a lo estructural a fin de superar la política realmente existente y potenciar las luchas actuales a través de una construcción con proyecciones a futuro.

Principales sucesos en la política actual

Llegados a este punto intentaré situar lo planteado resumiendo, esquemáticamente, los sucesos más importantes de la política actual.

En EE.UU., accedió a la presidencia Donald Trump con un discurso nacionalista y xenóforo que implementa con fuerza. En Inglaterra, se impulsa el Brexit y paralelamente, en Europa se fortalece el nacionalismo de derecha que inquieta al liberalismo reinante en la Unión Europea. No obstante, no creo que haya un cambio significativo en torno al poder mundial mediado por la decisiva influencia que ejercen las grandes corporaciones. Sí es esperable un reacomodamiento de su incidencia con relación a establishments gubernamentales que pretenden mayor peso en las decisiones en algunos de los países centrales. En esto juegan disputas por la hegemonía, los intereses nacionales y entre otros problemas, las secuelas que aún dejó la gran crisis de 2008.

Tal situación repercute en el resurgimiento de discursos nacionalistas de derecha que a su vez combate a la inmigración flagelada por las guerras genocidas que ellos mismos alimentan. También testimonia las dificultades que plantea el desarrollo tecnológico y la concentración del capital que tienden a ser expulsores de mano de obra asalariada. Fenómeno que se agudiza en los países periféricos con el aumento de la pobreza y las trágicas migraciones humanas que resultan el “pato de la boda”.

Las guerras selectivas como en Siria, afectan a toda el área y generan disputas entre las potencias. En Sudamérica se produjo el desplazamiento de varios de los gobiernos populares emergentes

en la primera década y media de lo que va del siglo y los que subsisten se ven asediados. En Brasil cayó el gobierno popular mediante un golpe blando seguido del triunfo electoral de la ultra derecha de Bolsonaro; Venezuela, desquiciada y rondando un golpe blando si no una invasión militar; Argentina, triunfo de los CEOs de Macri and company; Ecuador, Rafael Correa traicionado por el actual presidente Lenin Moreno, su ex vicepresidente; Bolivia, derrota de Evo en el referéndum que propiciaba su cuarta reelección consecutiva; el Mercosur en marcha hacia el “Merco-rporaciones”.

Ese panorama oscuro se oscurece aún más si pensamos en la carencia de alternativas al capitalismo en el mundo. Si bien los señalados gobiernos “populistas” produjeron hechos positivos, su retroceso actual constituye un testimonio de los límites estructurales propios del sistema capitalista.

Aclaremos que el término populismo que se puso tan en boga en la actualidad, abarca expresiones con diferentes matices de acuerdo a cada situación. Como ser el chavismo en Venezuela, los gobiernos K en Argentina, los de Evo en Bolivia, el PT en Brasil, en fin, las aperturas que desde el inicio de este siglo emergieron en Sudamérica perturbando la hegemonía neoliberal.

El “populismo”, al menos en nuestro país, ha mostrado una tendencia declinante. Basta considerar el nacimiento del peronismo y su gobierno en el período 1945/52, a su 2º mandato en declive e inconcluso por el golpe militar, comparados con las realizaciones posteriores que, salvo la excepción de los tres meses de Cámpora, siguieron con la declinación del tercer gobierno de Perón y, ni qué decir, del reaccionario de Isabel-López Rega y la del neoliberalismo desarrollado en la presidencia de Menem en los 90. Aún el resurgimiento de los 12 años K dista mucho de las realizaciones inaugurales. Claro, son otras las circunstancias pero eso mismo habla de las debilidades del “populismo”. En ese sentido, vale comparar los 18 años de la resistencia peronista y sindical (con sus disputas y antagonismos internos incluidos) ante el pobre espectáculo de nuestros días.

Esta etapa reclama ideas innovadoras y una sumatoria colectiva de esfuerzos para enfrentar la despiadada dominación del gran capital. Las luchas deben responder a la causa de los de abajo y a todos los que la asumen. En función de ello y sin renunciar a los principios, tenemos que ampliar la mirada. El “populismo” (discutible significativo) aporta numerosos luchadores que no debemos confundir con quienes usufructúan de las prebendas del Estado. Sumar fuerzas en las luchas concretas y al mismo tiempo, impulsar el pensamiento crítico en torno a las limitaciones del “populismo” y las que corresponden a las políticas tendientes a la emancipación.

La ambigüedad, ¿a quién favorece?

Ahora bien, con el paso del tiempo se puso en evidencia la erosión de las aristas más agudas de las luchas y formulaciones de carácter anticapitalista. El ejemplo mayor devino de la implosión del campo comunista. En nuestro continente, después de la Segunda Guerra Mundial, además de la Revolución cubana y la nicaragüense, surgieron movimientos nacionales que se opusieron al poder económico concentrado. Pero hoy, fortalecidos los grupos dominantes internos y externos, descalifican a sus opositores con el nombre de populismo que unifica diferencias y matices. Y en lo que va del siglo, englobaron también al llamado Socialismo del siglo XXI, proclamado en Venezuela, y a los gobiernos que no responden cabalmente a sus intereses.

De lo expuesto se infiere que el rótulo sirve de muy poco para definir las diferencias políticas entre las distintas experiencias que se desarrollaron en Sudamérica desde comienzos de este siglo. Y si tildamos de “populista de derecha” a Trump o a los pronazis actuales, se llega al extremo de perder el sentido del término. Porque se mezcla la captación de importantes masas humanas de la sociedad con los fines e intereses reales de quienes generan tal captación. Según ese criterio podríamos sostener que Margaret Thatcher era populista.

Referenciar el término a las masas empobrecidas de nuestro subcontinente, si bien delimita el campo, con ello aún no se supera la ambigüedad. Es que tal delimitación nada dice de las características propias constitutivas de las diversas políticas. Por ejemplo, no diferenciar al ex-gobierno de Lula del de Evo, mimetiza lo que es asistencialismo con políticas nacionales más radicalizadas.

Al mencionar las diferencias entre las distintas variables agrupadas como pertenecientes al “populismo”, tocamos un punto clave irresuelto. **¿Cuáles son los límites de su oposición al gran capital? ¿Hasta dónde se puede desarrollar una política independiente en este período hegemonizado por las grandes corporaciones?**

Respecto de la segunda pregunta pensemos que el gobierno de Macri desmanteló la “herencia populista” de 12 años K en unos pocos meses. Es que el orden social dominante, el capitalismo, conlleva un proceso de concentración que se manifiesta en el poder de las grandes corporaciones ligadas a la gravitación de las naciones hegemónicas. En tanto que el “neoliberalismo” es el nombre ideológico-político con que se identifica tal dominación mundial.

En los países periféricos el populismo, fundamentalmente, remite a lo nacional y a su lugar en el mundo. En ese plano, la **soberanía nacional** se sostiene en **la independencia económica** y ambas deben garantizar **la justicia social** (las **tres banderas históricas del peronismo**). La reivindicación de la soberanía nacional, reconoce distintos momentos con diverso grado de radicalidad.

En general se negocia con los organismos internacionales y las potencias hegemónicas sin llegar a someterse. En lo económico, plantea e impulsa **una política desarrollista**. La misma **no es antagónica al capital** sino que pretende regularlo desde el Estado. A la vez, promueve la creación de empresas estatales en sintonía con la expansión de la industria privada a cargo de la “burguesía nacional” pero que desde hace décadas brilla por su ausencia.

Partiendo de ese fenómeno, retorna la pregunta sobre la ambigüedad que supone la bandera del populismo. La mezcla de intérpretes y de posturas es funcional a la derecha porque, el unificar las diferencias, facilita su prédica que desacredita al bloque en su conjunto. Así, mientras magnifica las taras de lo más retrógrado, oculta o distorsiona lo que le preocupa, la política de los sectores que se le oponen. Y aquí se presenta el nudo de la cuestión. ¿Qué márgenes tiene lo nacional dentro de la llamada globalización? ¿Se puede “combatir al capital” aceptando las reglas del capital?

Combatiendo al capital

Ciñéndonos a nuestro país, se puede apreciar que desde el nacimiento del **peronismo** (simbólicamente el 17 de octubre de 1945), las luchas populares más importantes giraron a su alrededor. Tanto en momentos de alza de las luchas políticas y reivindicativas como en las conquistas gubernamentales, con sus retrocesos y traiciones. Es que su heterogénea composición incluye a un amplio abanico que va desde sectores revolucionarios hasta la peor resaca reaccionaria.

Lo que representa una significativa particularidad del peronismo, es **la resonancia de su legado histórico en el sentimiento y el imaginario de amplias masas populares**. Y esa característica, en su aspecto negativo, favorece a la parafernalia de políticos, sindicalistas, oportunistas, etc. que invocan su nombre en beneficio propio mientras lo vacían de contenido.

Soslayemos el lado fácil del diagnóstico, la miserabilidad señalada, y enfoquemos la política de los sectores kirchneristas y antimacristas en general. Diría que el eje principal de su discurso gira en torno a lo económico que se traslada a lo social. Actualmente prevalece una reiterada exposición estadística sobre la repercusión negativa para el país de las principales variables económicas, una radiografía del actual gobierno reaccionario de los CEOs.

Empezando por el brutal crecimiento de la deuda externa, siguiendo por el desempleo, el desmantelamiento de los organismos nacionales del Estado, la inflación, etc. Obviamente, son críticas justas y necesarias. Sin embargo, la paradoja anida en la pregunta de si esto significa combatir al capital. Y si lo es, ¿en qué medida y cuáles son sus proyecciones?

Aquellas críticas plantean una cuestión de grado en el cuestionamiento al capital. En términos económicos, tal enfoque implica revertir el proceso vigente lo cual redundaría en el bienestar de la población. Esto supone una redistribución más equitativa de la riqueza que es donde el “populismo” hace hincapié y en el que obtuvo sus mejores logros. Podría aceptarse que en esta etapa “combatir al capital” significa fortalecer al Estado mientras esté bajo control de gobiernos populares fieles a su legado.

Sin embargo, como vimos, esos logros fueron desmantelados en un corto lapso, fenómeno que tiende a reproducir la historia del peronismo. Ergo, “combatir al capital” sin adentrarse en la naturaleza del capitalismo, en su racionalidad interna y el carácter de sus ciclos, resulta un combate sin destino. Esos temas son básicos e insoslayables, dignos de reflexión y del debate que nos debemos, amplio y plural.

Si trasladamos la problemática señalada a **la construcción de la subjetividad social**, emergen las contradicciones. Basta con mencionar la exaltación del **consumo** para tomar conciencia de la subjetividad individualista y egoísta que estimula. “Casualmente”, el consumo configura una insustituible prioridad para la realización del capital. Sumemos otra muestra de condicionamiento psico-social: la vigencia de **“los mercados”** y del rol del **dinero**, teórico equivalente para el intercambio de mercancías. En verdad, resulta el potenciador de ambiciones personales y colectivas y el emperador del capital financiero que, en sus múltiples formas, domina el escenario mundial. Estas sustantivas objeciones retoman la pregunta sobre el combate al capital, aunque dirigida ahora a quienes sostenemos una posición definidamente anticapitalista.

Pues bien, nuestra impugnación fundamental deviene de desentrañar la naturaleza del capital y del Estado, raíces estructurales de distintas formas de explotación y dominación. Pareciera que esto nos exime de mayores comentarios pero, por lo mismo que se denuncia, actualmente se levanta un muro insalvable. Es producto de la hegemonía mundial del capitalismo y de la recurrente preeminencia del Estado para organizar la macro actividad social. Y aquí, ante semejantes obstáculos, se abren diversas instancias que suponen desafíos para nuestra política y la del denominado “populismo”. Es obvio que existen notorias diferencias entre ambas opciones, las que ya expuse. Empero, se presenta un campo común a transitar, la búsqueda de condiciones sociales sostenibles que mejoren la calidad de vida de los de abajo en procura de una sociedad más justa e igualitaria.

Cerrarse al diálogo y al intercambio de ideas sólo favorece a los amos del poder y del capital. El aislamiento y el sectarismo perjudican la causa de los de abajo, hoy preñada de interrogantes. Estoy convencido que es necesario el concurso, amplio y desprejuiciado, de todos aquéllos que defienden dicha causa y actúan honestamente en su campo. Cada cual sostiene sus convicciones y razones, lo cual es válido. Esto no debe impedir escuchas atentas y receptivas a otros aportes. Los obstáculos para alcanzar una sociedad más justa e igualitaria son tan grandes que requieren, más que nunca, derribar barreras e instalar un intercambio colectivo que fomente la creatividad. **Abramos bien los oídos para escuchar mejor otras voces.**

Tomemos conciencia de las limitaciones propias y ajenas. Nuestra apuesta por la emancipación hoy resulta tan irrealizable a nivel macro como es imprescindible seguir impulsándola a nivel micro. Vale decir, desarrollar un tejido político-social que conforme una red que entrame las luchas por la emancipación. Mientras que el “populismo” debe cuestionarse los alcances de sus logros que se

deterioran en cuanto el poder dominante supera sus crisis y reafirma su gravitación estructural. Y si sigue atado a las leyes del sistema, corre el riesgo de terminar abonando el campo enemigo. En suma, una construcción de lo colectivo implica tareas de largo aliento que conllevan convergencias que no son lo mismo que mixturas. Luego, frente a la penumbra política actual que incentiva las preguntas, la lucidez y la voluntad para que se creen nuevas alternativas liberadoras de nuestro pueblo resulta una tarea política convocante.

Preguntas-Taller:

- a) Para los sectores “populistas”, ¿cuál debiera ser el contenido programático para oponerse al poder hegemónico del gran capital?
- b) Las corrientes emancipatorias, ¿deben oponerse al “populismo” o establecer lazos a pesar de sus contradicciones?

